RUBÉN DARÍO

SEMBLANZAS

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN XV

Sig.: LIT.IBER. (NIC) DAR sem
Tít.: Semblanzas
Reg.: 6869
Cód.: 1003122

SEMBLANZAS

RUBEN DARIO

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN XV

SEMBLANZAS

BIBLIOTECA «RUBÉN DARÍO»

VILLAREJO DEL VALLE

ÁVILA (ESPAÑA)

R 6869
Ej. 1003122
Sig. LIT. IBER. (NIC) / DAR / dem

Es propiedad de la BIBLIOTECA RUBEN DARIO
Prohibida la reproducción y traducción.
Queda hecho el depósito que marca la ley en España y América.

Será clandestino todo ejemplar que no vaya sellado.

Ruben Darío Sanchez

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.-Mesón de Paños, 8.-MADRID

INDICE

Págs.

Prólogo, por Alberto Ghiraldo 9

SEMBLAZAS ESPAÑOLAS:

Miguel de Unamuno 26
Jacinto Benavente 35
Ramón Pérez de Ayala 39
Eduardo Marquina 43
Salvador Rueda 53
Ignacio Iglesias 57
Agustín Querol 65
Antonio de Zayas 69
Mariano Miguel de Val 75
Los hermanos Álvarez Quintero 81
G. Martínez Sierra 85
José Nogales 89

SEMBLANZAS AMERICANAS:

Roberto J. Payró 95
Amado Nervo 103
Balbino Dávalos 113
Fontaura Xavier 125
Santiago Argüello 135
Fabio Fiallo 139
Luis Bonafoux 147
Dulce María Borrero de Luján 149
Jorge Castro Fernández 153

Págs.

Carlos Reyles 157
José M. Vargas Vila 161
Los Borrero 167
Graça Aranha 175

SEMBLANZAS EXTRANJERAS:

Richepin 179
Maeterlink 183
Wells 185
José Leonard 191
León Bloy 201

PROLOGO

P R Ó L O G O

I

En este libro, mejor que en ningún otro de Darío, se revela completamente una cualidad extraordinaria del carácter del gran poeta: su generosidad, jamás desmentida.

Darío es, quizás, el escritor de su generación que más influencia tuvo en la juventud literaria de América. Y esa su generosidad, jamás desmentida, fué uno de los fundamentales factores de su influencia.

Su vida, como apóstol del arte, no tiene máculas. Podrá discutírsele en el terreno *humano,* podrán ponérsele tachas a todos sus actos ajenos a la labor puramente idealista; pero en ella, en esta labor, a la que dedicó sus más altas dotes, su acción es de una pureza esencial.

He aquí algunos ejemplos admirables de esa generosidad:

Dice de Unamuno: «Su mística está llena de poesía, como la de Novalis. Su pegaso, gima o relinche, no anda entre lo miserable cotidiano, sino que se lanza siempre en vuelo de trascendencia.»

Y cuando «los verdugos del encasillado, los que no ven que un hombre sirva sino para una cosa, estaban furiosos» porque Unamuno, «este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, que ha aprendido solo el sueco y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel», quería también remontarse, en vuelos de fantasía, sobre el ala del verso, Darío afirma que, «si poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos», pocos como ese vasco lo son, porque «pocos como él meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte».

Y esta afirmación, publicada por primera vez en *La Nación,* de Buenos Aires, y recogida hoy por nosotros en el capítulo inaugural de SEMBLANZAS, tiene la virtud de reconciliarlo con Unamuno, resentido por la frase de Darío, cuando en conversación con literatos había dicho, refiriéndose a su persona: «Un pelotari en Patmos».

«Le fueron con el chisme—dice Darío—, pero él supo, después, comprender la intención, sabiendo que su juego era con las ideas y con los sentires, y que no es desdeñable el encontrarse en el mismo terreno con Juan el vidente...»

Y fué este capítulo, *Unamuno, poeta,* que hoy

comentamos, el que puso fin al incidente literario feliz a que tuve ocasión de referirme en el *Prólogo* al *Epistolario* (volumen XIII de estas Obras Completas), donde está aquella carta de Darío, fechada en 1907, con la frase sugestiva, queja y reproche al mismo tiempo: «... Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta.»

Al ocuparse del teatro para niños, fundado por Benavente en Madrid, comenta: «Jacinto Benavente tiene un papá de mármol, que fué su papá vivo, el doctor Benavente, médico de los niños. Hoy se ve su monumento en el Retiro y su memoria se guarda aquí con veneración. Ese papá memorable, aprueba desde la eternidad la obra de su hijo, que da arte y gozo a los pequeños seres a quienes él dió salud.»

No puede hacerse en menos palabras un elogio más delicado y cordial de una obra de arte, mezclando al aplauso literario, dedicado al autor glorioso, la memoria paterna, tan noblemente evocada.

Para Pérez de Ayala son todas estas flores: «A orilla del Cantábrico he conocido a uno de los poetas más jóvenes que más honran hoy a la intelectualidad española. Es un poeta asturiano, pero que es castellano, pero que es cosmopolita. Joven, luego rico en primavera, luego sonriente, luego

ágil de pensamiento, luego amador de la libertad, luego soñador. Mas como traía un libro de Nietzsche en la mano, luego moderno, luego culto, luego ¡anticristiano!... Este es don Ramón Pérez de Ayala.»

Y siguen el comentario entusiasta, animador, casi ditirámbico, lleno de esa vibración alentadora, ese efluvio magnético que le poseía siempre que una preocupación artística le embargaba; el estímulo para la obra del joven poeta, para el autor de *La paz del sendero,* esa manifestación primigenia de una fragante alma; la lírica ofrenda al talento recientemente revelado, en párrafos de una comprensividad tan amplia, tan noble, tan generosa y tan pura, que conmueve e impregna los espíritus de amor por el objeto que inspira tan bellos y felices pensamientos.

Fuerza dinámica, pues, fuerza propulsora, fuerza creadora, que eso fué Darío en todos los ambientes donde le tocara actuar. Movíalo un poder secreto, oculto, pero latente en él y que hacía su aparición apenas encontraba el más leve pretexto de esparcimiento.

Al hablar de Eduardo Marquina halla ocasión para definir lo que él entiende por poeta civil. «Lo que se llama un poeta civil, en mi concepto—dice Darío—no es un poeta.» Y agrega: «Claro está

que, cuando tienden a ser poetas civiles los verdaderos poetas, no dejan por eso de serlo.» La aclaración, por fortuna, es halagadora para el propio Marquina, encasillado entonces como poeta civil, según el propio Darío, quien termina su digresión sobre el tema afirmando: «Para mí, Marquina no es un poeta civil; es, simplemente, un poeta, un gran poeta.»

Escuchad ahora la forma sintética en que abarca la personalidad literaria de Marquina: «Marquina—dice—pudo formar parte del grupo de poetas catalanes que con tanta savia propia sostienen el prestigio de su lengua, pero prefirió el castellano, seguramente por ansias de conquistar un mayor número de espíritus que lo comprendiesen. Sin embargo, en sus estrofas se creería escuchar, entre el canto, el acento del terruño original, como cuando se conversa con el poeta. Este desarraigado voluntario ha llegado a Castilla a renovar glorias de historias antiguas. Con una notable cultura, frecuente en la *élite* barcelonesa, arcaizando a las veces, ha hecho cosa nueva. Moderno, se ha nutrido de clásicos. Ha tomado de la indispensable Francia lo preciso y luego ha hecho hacer a sus musas españolas, después de Garcilaso, el viaje a Italia. Ha visitado los parnasos de todas partes y ha realizado, al retorno, felices aplicaciones.»

A Salvador Rueda, para quien escribió el *Pórtico* de un libro, *Pórtico* hoy más famoso que el propio libro, le llama homérida y pindárico; llevado de su entusiasmo por el autor español, a quien le unió el afán de la renovación en la métrica, exclama: «¡Es el último poeta lírico, sacerdotal y natural, que hoy existe en el mundo! Es decir, el que siente; que él es Eso; que *eso* es su sagrada misión sobre la faz de la tierra... Rueda es el consagrado de la Lira, el hombre que tiene confianza con el alma de las cosas, porque es una voz, un órgano de la Naturaleza. Yo no le encuentro en la Península parangón sino en Zorrilla. Vive en su nube de oro sonoro, de oro irreal. No es, pues, actual ni adaptado.»

Imposible formular el elogio de un compañero en forma más exaltadamente lírica.

Y conste que en este caso se trataba de un hermano en poesía, pero que era a la vez un émulo temible en el terreno del arte, en que ambos luchaban entonces como dos formidables campeones.

Pero es que Darío—como todos los seres verdaderamente superiores—no conoció nunca la envidia ni temió que le dañara el triunfo de los otros.

El estreno de la traducción francesa de *Les*

pies, la famosa obra de Ignacio Iglesias, le proporciona a Darío la oportunidad de ocuparse del teatro catalán en París y de la situación de los autores extranjeros en general, cuya defensa asume frente a las empresas logreras y excesivamente comerciantes.

He aquí el párrafo pertinente, digno de actual aplicación entre nosotros, y que, como se verá, no tiene desperdicio: «Después de la excelente acogida que ha tenido la comedia de que me ocupo, era de esperarse que se mantuviera en el cartel por no poco tiempo. En la segunda representación, según me ha referido M. Georges Billote (el traductor), hubo que rehusar entradas al público, pues el lleno era completo. ¿Por qué, pues, se suspende la obra? La razón es harto clara y convincente. Porque no se ha gastado lo suficiente, porque Ignacio Iglesias no es rico, ni tiene un empresario que pague las reclames acostumbradas y se entienda, sobre todo, con los directores de teatros, que desde luego son, ante todo, negociantes, muy principalmente cuando se trata de obras extranjeras; y no *marchan,* como se dice por aquí, sino con el negocio asegurado. Rusiñol, que hubiera podido desembolsar sus buenas pesetas, no ha querido hacerlo; y Antoine, que le tiene una pieza en el Odeón, desde hace no sé cuántos

años, la ha dejado para las calendas griegas. Valga o no valga la producción, se necesita, pues, dinero... En verdad, ¿no estamos en el siglo XX? El talento es una cosa de explotación, como una fábrica, como una mina. Sus acciones se cotizan como las del genio. Ya sabéis: Homero, Dante, Shakespeare, etc., C° Limited...»

A propósito del escultor Querol, narra Darío una interesante y sugestiva anécdota, reveladora de la modestia y sinceridad del artista.

Se trata del monumento a los Sitios, encargado a Querol por el Ayuntamiento de Zaragoza.

El artista ignora en detalle el hecho histórico famoso, y, en forma ingenua, manifiesta su desconocimiento de la historia al periodista amigo que le comunica la grata nueva del encargo.

El periodista, que es a la vez un poeta, pone de relieve entonces algunos episodios de la lucha heroica, y al evocar el cuadro de las mujeres zaragozanas que tanta participación tuvieron en la defensa de la ciudad inmortal, Querol, entusiasmado, concibe la idea fundamental de la obra.

Después, agradecido, en prenda de reconocimiento—dice Darío—, el escultor grabó el nombre del periodista en una de las bayonetas que aparecen en el monumento.

¡Lástima que al relatar la anécdota Darío se haya olvidado del nombre del periodista!

Y es que sólo por olvido ha podido fallar, una sola vez, su generosidad...

De Antonio de Zayas, el «poeta diplomático», dice: «Ese hombre de protocolo y ese hombre de mundo, tiene un respeto y una pasión profunda por la dignidad del pensamiento, por la fuerza del arte.»

De Mariano Miguel de Val, el organizador del Congreso Universal de la Poesía: «Mariano Miguel de Val, que también es poeta y que quiere el bien de los poetas, está en todo, es múltiple, es complejo, es universal, y si no fuese que en él prevalece sobre todo algo del caballeresco ensueño tradicional hispánico, merecería ser yanqui...»

De los hermanos Álvarez Quintero, a quienes llama «proveedores de alegría»: «Son dos, como los dióscuros. Son consonantes. Su fraternidad es gloriosa y provechosa... Son los que hacen ver bueno el vivir. Son unos bienhechores...»

Y, por fin, de José Nogales, el cuentista que nació a la fama en uno de los más sonados concursos de *El Liberal* madrileño, y con el que se cierra la primera serie de estas SEMBLANZAS: «En medio de la comedia literaria, era un sincero; decía con claridad y franqueza su sentir y su pen-

sar y daba a cada cual lo suyo... Hizo labor de periodista, sin dejar de ser lo que fué: un artista y un talento de primer orden... Su prosa era sana y flúida, quizá oliente todavía al terruño provincial y nativo. Y si atavismo buscarais, habría que dar el gran salto hacia Grecia, de donde parecía traer su pasión de luz y de prosa marmórea, el que pudiera ser considerado, a través de tiempo y de espacio, un español hemérida.»

II

Las SEMBLANZAS americanas comienzan con la de Roberto J. Payró, el notable escritor argentino, uno de los maestros indiscutibles con que hoy cuenta la cosmópolis bonaerense. Se trata de una página muy pintoresca y sugestiva, en la cual se revela el amor fraternal al gran compañero de juventud literaria y triunfante en la época en que Darío forjara las páginas deslumbradoras de *Los raros* y las estrofas mágicas y definitivas de *Prosas profanas.*

De Amado Nervo, ese otro hermano en poesía, a quien Darío amó siempre por sus versos y sus prosas, en que puso «lo profundo de su comprensión de la vida y del universo», se expresa así:

«En verdad os digo que muy pocos de nuestros líricos le igualarían en exquisitez y ninguno le superaría en sinceridad.»

Y aquí le toca el turno a otro diplomático poeta, el mexicano Balbino Dávalos, cuya personalidad compendia Darío en esta síntesis: «La cultura de este poeta es tan firme como variada. Conoce lenguas sabias y lenguas modernas. Posee un vocabulario rico y una airosa elegancia de composición. Es múltiple, y, sin embargo, personal. Es clásico, es romántico, es parnasiano, es simbólico en veces. Ha tenido el don de comprenderlo todo y de verter su alma según la iniciación del instante.»

Diplomático poeta lo es también el brasilero Fontaura Xavier, quien le da ocasión, al bosquejar su personalidad, junto con la del novelista Grasa Aranha, de ocuparse con simpatía de la literatura del país americano conquistado por Portugal para su idioma.

Otro novelista de quien habla con alguna extensión es de Carlos Reyles, el fecundo autor de *La muerte del cisne,* obra a la cual elogia por su construcción arquitectónica, demostrativa de «la virtud de un vigoroso cerebro». Lo que no encuentra la aprobación del comentarista es la tesis de la novela, vale decir, «la intención del poeticida». *La*

muerte del cisne... «Después de todo—termina Darío en defensa del ave simbólica, el pájaro mágico y regio, que dijera en sus *Prosas*—, el cisne no ha muerto, pues si eso fuera verdad, el eminente uruguayo firmaría solamente cheques y no libros.»

Habla, además, en estas SEMBLANZAS, de dos altos poetas de América, Santiago Argüello, el nicaragüense, y Fabio Fiallo, el dominicano.

Del primero dice: «Es un productor de belleza; un sembrador de orquídeas; en una palabra, un corazón.»

Y del segundo: «Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El *Deus* para él no tiene que ver con escuelas, ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra... En sus versos, como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta.»

III

Con cinco brochazos admirables—Richepin, Maeterlinck, Wells, Leonar y León Bloy—ciérrase el libro, en forma que recuerda la usada con tanta fortuna en *Los raros,* ese breviario de literatura moderna, que fué en su hora, para la juventud de

América y de España, la revelación de sensibilidades extraordinarias, vistas a través de la imaginación esencialmente lírica del exégeta sutil, entusiasta, sagaz y profundo, que fué Darío.

ALBERTO GHIRALDO.

SEMBLANZAS ESPAÑOLAS

MIGUEL DE UNAMUNO

UNAMUNO, POETA

Cuando apareció el tomo de poesías de Miguel de Unamuno, hubo algunas admiraciones e infinitas protestas. ¿Cómo, este hombre que escribe tan extrañas paradojas, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, que ha aprendido solo el sueco y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel, quiere también ser poeta? Los verdugos del encasillado, los que no ven que un hombre sirva sino para una cosa, estaban furiosos.

Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía.

Ciertamente, Unamuno es amigo de las paradojas—y yo mismo he sido víctima de alguna de ellas—; pero es uno de los más notables removedores de ideas que haya hoy, y, como he dicho, según mi modo de sentir, un poeta. Sí, poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos. Y pocos como ese vasco meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte. Su mística está llena de poesía, como la de Novalis. Su pegaso, gima o relinche, no anda entre lo mi-

serable cotidiano, sino que se lanza siempre en vuelo de trascendencia. Sed de principios supremos, exaltación a lo absoluto, hambre de Dios, desmelenamiento del espíritu sobre lo insondable, tenéis razón si me decís que todo eso está muy lejos de las mandolinas. Pero las mandolinas no son toda la poesía. Mandolina y viola de amor tocan para las horas que pasan en lo ligero de la vida. Y cuando suene la trompeta final, la aún simbólica y apocalíptica trompeta, tened por seguro que no existirá un solo rosal plantado sobre la tierra.

A muchos nos ha perseguido la obsesión del enigma de nuestro ser y de nuestro destino futuro, y por eso quizá nos hemos refugiado en lo que a la tierra atañe, en el amor de la primavera y de la alegría, buscando después, en las angustias de lo porvenir, los ojos a lo alto, el lucero de Jesucristo.

Un día, en conversación con literatos, dije de Unamuno: un pelotari en Patmos. Le fueron con el chisme, pero él supo comprender la intención, sabiendo que su juego era con las ideas y con los sentires, y que no es desdeñable el encontrarse en el mismo terreno con Juan el vidente.

Es lo que él se considera: escultor de niebla y buscador de eternidad. Esto se ve en sus otras obras que no son versos, en sus ensayos sobre todo; en sus ensayos a la inglesa escritos a lo unamunesco, esto es, con el emersoniano «whim», con capricho. La originalidad de este hombre, dicen las gentes, está en decir todo lo contrario de

lo que dicen los demás, en dar vuelta como a un guante a las ideas usuales. Este es el señalado y censurado prurito de paradojismo. Esto causa, naturalmente, la estupefacción de los que no tienen nada que oponer al ímpetu ordenado de los carneros de Panurgo.

Unamuno, de la pajarita de papel ha ido a la tribuna pública, a la conferencia; se ha hecho notar en el movimiento social de su patria, y ha tenido el singular valor de decir lo que él cree la verdad, sin temor a inmediatas y temibles hostilidades. Siempre, como veis, un poeta.

* * *

Ya sé que muchos observan: ¿Y sus versos, y la forma de sus versos? Para mí esa es una de las manifestaciones de su inconfundible individualidad. Ha habido sabios o pensadores que hayan hecho versos, como Littré, o Taine. Él ha hecho ejercicio retórico, o deporte intelectual. En Unamuno se ve la necesidad que urge al alma del verdadero poeta, de expresarse rítmicamente, de decir sus pensares y sentires de modo musical. Y en esto hay diferentes maneras, según las dotes líricas del individuo; y no porque una música no se parezca a la del autor por vosotros preferido, hemos de concluir que no es buena. No todas las aves tienen el mismo canto, como todas las flores no tienen la misma forma ni el mismo perfume. En la poesía francesa, las rosas de un Banville no se

parecen en nada a las flores casi minerales de un Baudelaire, o, en otro sentido, de un Leconte de Lisle, y mucho menos a los lirios lunares de un Pauvre Lilián. Cada jardinero cultiva sus plantíos preferidos. Y aún hay los que nocturnamente aman ir a coger la parietaria.

Una frecuentación concienzuda de los clásicos de todas las lenguas, ha dado a la expresión poética de Miguel de Unamuno cierta rigidez que hay quienes suponen dificultad en la expresión rítmica de la palabra. Yo no he visto escribir versos al Rector de la Universidad de Salamanca, ni conozco su método de trabajo, ni sus bregas con el pensamiento y con el verbo. Pienso, sin embargo, que debe escribir sus composiciones con facilidad, pues las teorías de estrofas, en su ordenación que parece forzada, marchan holgadamente en la procesión poemática. No es, desde luego, un virtuoso, y esto casi me le hace más simpático mentalmente, dado que, tanto en España como en América, es incontable, desde hace algún tiempo a esta parte, la legión de pianistas. Él no da tampoco superior importancia a la forma. Él quiere que se rompa la nuez y vaya uno a lo que nutre. Que se hunda uno en el pozo de su espíritu y en el abismo de su corazón, para buscar allí tesoros aladínicos. Él tiene el respeto y la adoración del verso, de modo que no contemporiza con quienes le usan en fábulas de juglar. Lo del clown del circo francés, le pondría furioso. Si le fuera posible, cantaría únicamente en una música interior que no pudiese

ser escuchada fuera, tal como el sonar de esas fuentes subterráneas cuyo cristalino ruido de aguas halla tan sólo repercusión en lo cóncavo de las grutas esculpidas de estalactitas.

Lo que resalta en este caso es: la necesidad del canto. Después de fatigar los brazos y mellar las hachas en la floresta de lucubraciones, llega un momento en que es preciso buscar un rincón apacible de verdor y frescura donde reposar y en donde se ponga el alma limpia a oír el canto de los ruiseñores. Esos ruiseñores, como aquel pájaro de paraíso que oyó cantar el monje de la leyenda, saben de lo eterno, de lo que no tiene que ver con lo cambiante y efímero de nuestra vida terrena, y con nuestro rápido paso por la existencia, que es el de una irisada burbuja.

La necesidad del canto: el canto es lo único que libra de lo que llama Maeterlinck lo trágico de todos los días. A medida que el tiempo pasa y a pesar del triunfo de los adelantos materiales, la omnipotencia órfica se acentúa y se hace cada vez más invencible. Y el poeta ve pasar triunfante, al lado del aviador, el vuelo dominante de la oda.

Unamuno sabe bien que el verso, por la virtud demiúrgica, tiene algo de nuestra alma al salir de ella, que es uno de los grandes misterios del espíritu que es un rito mortal para el cual la iniciación viene de una voluntad divina. Dice a sus versos:

los con Dios, pues que con Él vinisteis
en mí a tomar cual carne viva, verbo;
responderéis por mí ante Él, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero
sino vosotros sois de mi alma el fruto,
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad! y no mis obras
en la que soy de extraño sino siervo;
no son mis hechos míos, sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.

* * *

¿Quién diría que en este solitario de su propio Port Royal, que en este místico de última hora—y de siempre—, que en este cerebral, hubiese lo que se llama en el siglo XVIII un hombre sensible? Es verdad que él dará, desde luego, la clave de su psique:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.
. . . . . .
Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea,
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la viva y honda vena.

Al canon: *De la musique avant toute chose*, opone, hablando de sus cantos:

Peso necesitan, en las alas, peso,
la columna de humo se disipa entera,
algo que no es música es la poesía,
la pasada sólo queda.

Luego expresará algo que parecerá incomprensible a los infatigables organilleros que camelan poesía a su manera, en incontenible chorro:

Mira, amigo, cuando libres
al mundo tu pensamiento,
cuida que sea, ante todo,
denso, denso.
Y cuando sueltes la espita
que cierra tu sentimiento,
que en tus cantos éste mane:
denso, denso.
Y el vaso en que vino escancies,
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
denso, denso.
Mira que es largo el camino
y corto, muy corto, el tiempo;
parar en cada posada
no podemos.
Dinos en pocas palabras
y sin dejar el sendero,
lo más que decir se pueda,
denso, denso.
Con fibra recia de ritmo
fibrosos queden tus versos,
sin grasa, con carne prieta,
densos, densos.

* * *

Basta para comprender los principios de su arte poético. Por eso tendrá antipatía por todo lo francés, y le veremos gustar de la poesía inglesa, de Shakespeare, de los lakistas, del italiano Carducci.

Con ser muy castellano su vocabulario y muy castizo su misticismo, le encontraremos cierto aire nórdico, que hace, a veces, que algunos de sus poemas parezcan traducidos de poetas de ojos azules. Ese aire nórdico se explica también, sabiendo que el cantor es originario de las provincias vascongadas, y que su gravedad es de raza. Por esto también su desdén de lo superfluo y su desprecio por lo frívolo. Malignamente, aquí donde es habitual jugar con el vocablo, he oído decir que los versos de Unamuno, como él quiere, son «pesados». También el hierro y el oro lo son.

* * *

De modo, me diréis, que Unamuno es, según su opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta. Su misma técnica es de mi agrado. Para expresarse así hay que saber mucha armonía y mucho contrapunto. Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento. Y notar que, entre esos poemas que parecen recitados de súbito, entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melodiosos sones de órgano que habrían regocijado al Salmista. Eso es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

Esto no es renegar de mis viejas admiraciones ni cambiar el rumbo de mi personal estética. Tengo, gracias a Dios, una facultad que nunca he encontrado en tantos sagitarios que han tomado mi

obra por blanco: es la de comprender todas las tendencias y gustar de todas las maneras. Todas las formas de la belleza me interesan, y no sé por qué razón habría de desdeñar la orquídea por el girasol o el girasol por la orquídea. Yo me deleitaría en Versalles con los violines del Rey; mas ya mi espíritu vendría de lo lejano del Tiempo, de escuchar, el canto de las sirenas, o las trompetas de Jericó. El canto quizá duro de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos, me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno, o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito.

JACINTO BENAVENTE

TEATRO PARA NIÑOS

Jacinto Benavente ha inaugurado su Teatro para niños. Lo hay en París, en Buenos Aires, en otras partes. No lo había en Madrid. Jacinto Benavente tiene un papá de mármol, que fué su papá vivo, el doctor Benavente, médico de los niños. Hoy se ve su monumento en el Retiro y su memoria se guarda aquí con veneración. Ese papá memorable, aprueba desde la eternidad la obra de su hijo, que da arte y gozo a los pequeños seres a quienes él dió salud.

Sobre el Teatro infantil, hay diferentes opiniones: la de los que quieren actores grandes, para los espectadores diminutos; la de los que desean que los actores sean también niños. Se habla natural y pedagógicamente de higiene y moralidad.

Mi sentir es que el Teatro de niños, debe ser representado por niños, y las piezas escritas exclusivamente para niños. Para niños que hayan pasado ya el curso de Guignol. El amor, pues, puede actuar, un amor pueril, un amor de iniciación. No creo indispensable insistir en que comprendan que ellos han sido encontrados bajo una col, a la francesa, o que los traen de París, a la española. La edad de los oyentes no permite ya eso. Pero tampoco creo indispensable que se les niegue la pre-

sentación de los genios, de las hadas y de los caballeros de las leyendas con el pretexto de que hay que hacerles el espíritu práctico e instruído. La *feerie* la juzgo indispensable para los niños, como los ejemplos de heroísmo.

Al escribir piezas para los niños, hay que pensar en niño. Juzgo que los argumentos no deben complicarse, y que los *dramatis personae,* pueden ser con frecuencia, como en el *Chanteclaire* de Rostand, y antes en una obra de Georges Polti, y antes en el teatro rudimentario de la América primitiva, animales. La fábula en acción será así muy aplicable al caso. Perrault, nunca estará de más aun modernizándolo. Otras observaciones: que no haya personajes con barbas para que no pase lo que en las representaciones de ciertos colegios, en las cuales, los reverendos padres o las excelentes monjas, ponen en las faces de los niños y lo que es peor de las niñas, simulaciones capilares de estopa o crin de caballo, para evocar, ya un patriarca, ya un caballero cruzado, ya un terrible sultán berberisco.

Podrían escribirse piezas en que los tipos fuesen sólo niños, con sus fabulaciones y psicología propias. Si el personaje barbado fuese preciso, lo representará un actor mayor.

Mucha parte de «ballet» a la manera de la escuela de Teodora Duncan, y por no alarmar a los padres, disminución en el aspecto natural y pagano.

Renovación de algunas pastorelas clásicas con

sus campesinos, negros, músicas y villancicos.

Empleo del cinematógrafo para ciertas fantasías o caprichos poéticos, pero mezclado, naturalmente, con la recitación, el canto o la danza, y todo lo demás que ha de ocurrírsele a empresario tan especial como Jacinto Benavente, que aquí puede ser el Shakespeare de los niños, como es el Benavente de los grandes.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

POETAS NUEVOS DE ESPAÑA

A orillas del Cantábrico he conocido a uno de los poetas jóvenes que más honran hoy a la intelectualidad española. Es un poeta asturiano; pero que es castellano; pero que es cosmopolita. Joven, luego rico en primavera; luego sonriente, luego ágil de pensamiento, luego amador de la libertad, luego soñador. Mas como traía un libro de Nietzsche en la mano, luego moderno, luego culto, ¡luego anticristiano!... Este es don Ramón Pérez de Ayala, cuyo nombre trasciende a líricas vejeces, a pergaminos venerados, a flores secas halladas en un breviario de Arcipreste enamorado de las musas. Don Ramón Pérez de Ayala es un poeta absolutamente del siglo XX, con igual educación estética que nuestros mejores poetas hispanoamericanos actuales; y con una hermosa independencia de espíritu que le hace decir lo que quiere cantar de la manera más sencillamente posible. Mas hay que advertir, que la sencillez es en este caso lo más dificultoso. Ahora todos queremos ser sencillos... Todos nos comemos nuestro cordero al asador, después que lo hemos tenido encintado en el «hameau» de Versalles. El señor Pérez de Ayala, se expresa en veces con reminiscencias clásicas, arando en el antiguo y fecundo campo con los bue-

yes de Berceo y de Juan Ruiz, y su arado de modernísima fábrica, hiere la tierra con igual virtud que los venerables y rudos hierros viejos.

He leído *La Paz del Sendero*, manifestación primigenia de esta fragante alma. Tiene el autor demasiado talento para que sonriamos ante la premura de un dolor fatal apenas entrevisto. Desde esos primaverales años clama una voz de hondo y meditabundo poeta, animado por el intenso saber, amargo don del destino.

Con sayal de amarguras, de la vida romero,
topé tras luenga andanza con la paz del sendero.
Fenecía del día el resplandor postrero.
En la cima de un álamo sollozaba un jilguero.

No hubo en lugar de tierra la paz que allí reinaba.
Parecía que Dios en el campo moraba
y los sones del pájaro que en el borde cantaba
morían con la esquila que a lo lejos temblaba.

La flor de madreselva nacía entre bardales.
Vertía en el crepúsculo olores celestiales.
Viánse blancos brotes de silvestres rosales
y en el cielo las copas de los álamos reales.

Y como de la esquila iba besando el son
al canto del jilguero, mi pobre corazón
sintió como una lluvia buena de la emoción.
Entonces a mi vera, vi un hermoso garzón.

Este garzón venía conduciendo al ganado,
y este ganado era por seis vacas formado,
lucidas todas ellas, de pelo colorado
y la repleta ubre de pezón sonrosado.

Dijo el garzón: —¡Dios guarde al Señor Forastero!
—Yo nací en esta tierra, morir en ella quiero,
rapaz.—Que Dios te guarde.—Perdióse en el sendero.
En la cima del álamo sollozaba el jilguero.

Sentí en la misma entraña algo que fenecía,
y queda, dulcemente, otro algo que nacía.
En la paz del sendero se anegó el alma mía
y de emoción no osé llorar. Atardecía.

Tal es la manera de exteriorizarse que tiene esta fragante alma en su más amable estación. Es una primavera sentimental color de otoño. Hay después sensaciones rurales y familiares que tan solamente pueden compararse a las de Francis Jammes. Son de una modernidad intensa, y en su manera clara y en su ingenuidad desnuda hay mucho de lo que complica en nuestro espíritu el acendrado cultivo mental. Cuán extraordinario es encontrar en las almas nuevas de todos los puntos del mundo la alegría. Pérez de Ayala, no es una de esas excepciones. De la tristeza principesca e iperestésica de Juan R. Jiménez a la tristeza casi rústica de *La Paz del Sendero*, no hay gran diferencia. Es una diferencia de decoración, de ambiente, de música. El sutil veneno es el mismo. Hay amor naturalmente, amor de verdad, a la angustia, amor de *clair-de-lune* y de adoración romántica. Lo sexual no tiene gran importancia cuando la primera ilusión llega con sus manos llenas de jazmines. Cuando el poeta de los *Jardines lejanos* ve que su princesa de ilusión tiene blancos y rosados

senos, es que un fauno—diablo, Verlaine quizás—, le ha hablado al oído.

He de señalar, sobre todo, una cosa. Pérez de Ayala, de abolengo literario que obliga, es en la generación a que pertenece de los poetas que piensan. Las nuevas influencias que han transformado la poesía castellana, han traído con la renovación de la forma un grande amor a las ideas. Unamuno se enreda en eso de las ideas, desdeña las ideas, sin ver que ellas son nuestra única manifestación, el único fruto que da constancia de la existencia del árbol humano. Nuestro ipseísmo, no es una fantasía, y el sabio no halló sino una gran verdad con los de «pienso, luego soy». Pensemos pues, y que el sentir no se excluya, pues el sentimiento mismo se produce en nuestra máquina cerebral. El palacio de Psique está entre las paredes del cráneo, allí donde Cajal y compañeros van encontrando desconocidos, en la mina misma de los pensamientos.

EDUARDO MARQUINA

No os diré nada nuevo si os digo que Eduardo Marquina es un bizarro poeta. Ya lo sabéis. También sabéis que es catalán, que es joven y que, después de triunfar en el libro, escribe hermosos dramas en verso para María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, los cuales hacen con ellos unas magníficas fiestas que encantan los oídos y los ojos. Así, *Las hijas del Cid* y *Doña María la Brava*. Esta última obra acaba de ser representada en el teatro de la Princesa. Se habla de Marquina y su obra. Hablaré de Marquina y su obra.

Marquina está en lo brillante y vigoroso de la vida. Hace poco más de diez años que comenzó a ser conocido como excelente portalira. Pudo formar parte del grupo de poetas catalanes que con tanta savia propia sostienen el prestigio de su lengua, pero prefirió el castellano, seguramente por ansias de conquistar un mayor número de espíritus que lo comprendiesen. Sin embargo, en sus estrofas, se creería escuchar, entre el canto, el acento del terruño original, como cuando se conversa con el poeta. Este desarraigado voluntario ha llegado a Castilla a renovar glorias de historias antiguas. Con una notable cultura, frecuente en la «élite» barcelonesa, arcaizando a las veces, ha hecho cosa nueva. Moderno, se ha nutrido de clá-

sicos. Ha tomado de la indispensable Francia lo preciso, y luego ha hecho hacer a sus musas españolas, después de Garcilaso, el viaje a Italia. Ha visitado los parnasos de todas partes y ha realizado, al retorno, felices aplicaciones. Ha hecho para sí lo propio que a mí me tocara hacer, para mí y para muchos, hace ya bastante tiempo. Ha sufrido todas las fiebres intelectuales de los últimos años, y no sé si aún le queda la filantrópica y el sueño del consabido social paraíso futuro.

En unas pocas palabras de introducción que puso al frente de su tomito *Églogas,* publicado en 1901 por el finado editor Rodríguez Serra, decía:

«... He procurado, además, que todas ellas revelaran un pensamiento «escogido», es decir, lo más personal de las cosas. Y he procurado igualmente no salirme de lo natural y humano para hacer mi libro. He visitado todos los jardines que sencillamente me rodeaban y he escogido en ellos las flores de mis versos. Creo que nuestro siglo y nuestras cosas pueden ser poéticos con poco que nos detengamos de buena fe en escoger los elementos de poesía que encierra. Y creo que, cuando por medio de una organización social humana y justamente establecida, hayan desaparecido de la tierra las miserias y los desniveles injustos de ahora, todo será más poético y hermoso a nuestro alrededor. Por eso me preocupan estas injusticias, las combato y creo que volveremos al ciclo de las Grandes Églogas—todo poesía—, cuando los pobres «golfos» de mi balada no nos desgarren con

su miserable catadura las entrañas.» ¿Continuará el lírico humanitario con la esperanza de ese futuro de felicidad ambicionada, universal y contra natura? ¿No existirá siempre, suceda lo que suceda, la ley implacable que ha de poner eternamente en choque al privilegiado y aristo Abel y al «golfo» Caín? El progreso—¡ay!—a este respecto, no se mira sino en el perfeccionamiento de los medios agresivos, y hay, hasta ahora, mucho adelantado de la quijada de burro a la bomba. Pensar lo natural y humano, ha sido al poeta saludable. La poesía de nuestro tiempo existe para el que la quiere encontrar, aun con las extraordinarias ocurrencias del desenfrenado futurista Marinetti. Pero ella no se ha de pretender buscar en lo prosaico y utilitario. Se pueden echar a volar odas deportivas; pero eso: ¡a volar! Cuando Píndaro canta a Agesidamo, a Asopico, a Trasideo y demás *sportmans* contemporáneos suyos, vuela, en compañía de musas y de gracias, a lo fabuloso y a lo olímpico.

Adviértese siempre en Marquina una salud moral que se impuso desde sus comienzos. No ha sido devastado por las rachas que traen las malas tentaciones, las que engañan destruyendo las energías físicas y mentales. No es, desde luego—y a Dios gracias para él—, un Saturnino. Antes bien, Venus Urania le ha enseñado a sacar limpio provecho de sus incursiones por la tierra y por el cielo.

Recordaré las *Odas,* las *Vendimias* y las *Elegías,* en que el agrio catalán hace celebrar en galiardía, antes de llegar al reciente *Vendimión,* ad-

mirable propósito realizado que ha colocado su nombre entre los más visibles y sonoros de la lírica española.

Estando ya en un lugar eminente, tiene lo que debía tener este hombre notorio: enemigos obtusos y agudos admiradores que comprometen. Es corriente que son éstos los más peligrosos. Ante todo, se le califica y se le encasilla: poeta civil. ¿No ha tenido él un poco la culpa de ello a causa de Carducci? Para mí no es un poeta civil, es simplemente un poeta, un gran poeta. Lo que se llama un poeta civil, en mi concepto, no es un poeta. Claro está que, cuando tienden a ser poetas civiles, los verdaderos poetas no dejan por eso de serlo. El poeta civil, es siempre un orador. David me es grato danzando y cantando delante del Arca o acompasando sus íntimos salmos. Es un poeta. Ezequiel, Isaías, todos los profetas, en cuanto quieren componer la cosa pública e insultan a los reyes y a los pueblos, son poetas civiles. Son oradores, son panfletistas. *Ca c'est du Rochefort*. Estupendo, colosal, primitivo, bíblico, en fin, pero *du Rochefort*. Como Juvenal, como el Hugo de *L'Anne terrible* y de otras cosas, como Barbier, como Quintana, meten a las musas, señoritas sagradas, en política y en sociología. No es ese su oficio. El oficio del poeta es oficiar. Dar en su ceremonial su propia alma y exteriorizar un mundo de belleza. Lo demás es ser intruso en la tarea de los apóstoles. A Juan no le pregunta Cristo adónde va. *Quo Vadis?* Ya sabe adón-

de va y le deja ir. A Patmos. A Pedro le detiene: *Quo Vadis?* Pedro no es un poeta. Ha visto en él un hombre de gobierno, madera de Presidente de la República. Un verdadero civil, o, mejor, cívico. Y le hace su primer Papa.

¡Ah! Este admirable *Vendimión:* Repito: Marquina para mí no es un poeta civil, es un Poeta. Ese libro es un bello edificio musical, un lindo templo lírico en que se alzan al cielo las más armoniosas flechas y en cuyos muros ilumina el sol los más preciosos rosetones. Dentro está el órgano. Un Alma que dice cosas exquisitas. Por ejemplo, oid:

—¿Y la bondad? ¿Y la bondad florida?
¿Ya no quedan raíces de esta planta en la vida?
¿No andará por las grietas de la tierra escondida?
¿Ya no hay bondad? ¿Ya no hay bondad florida?
—¡Tú que me miras grave con tus ojos tristones!
¡Oh! rucio de trapero cosido a costurones!
di: ¿no hallaste estos días por entre estos montones
los restos de la planta de mis salutaciones?
¡Oh! rucio de trapero. ¡Qué lindos ojos pones!
¡Qué lindos ojos tristes de niño enrojecido!
¡Qué ojos! ¡Soñando un gozo que no te han concedido!
Tú conoces la planta porque no la has tenido;
de tanto desearla, tu virtud has cogido.
Tu martirio en silencio pide una letanía;
el vaho cuando sudas se te hace poesía
y del vello que cubre tus lomos, tejería
su cenicienta túnica Madre Melancolía.
Tus sedosas pestañas se cierran maquinales
ante la dura sombra de las cosas reales;
y guardan codiciosas tus pupilas sensuales

la verde maravilla de los campos natales.
¡Oh, pobre rucio flaco!... En tu frente hay señales,
en tu frente hay señales que me quitan la venda;
bajo tus pobres patas florece la leyenda.
El aire cuando avanzas parece que se encienda;
toda tu mansedumbre solicita una ofrenda:
... veo un camino de árboles en floridas arcadas
y veo casas blancas sobre azul destacadas
y palomas que flotan por el aire a bandadas,
¡y me llega un rumor de palmas agitadas!
Hay una muchedumbre que se lanza a un camino,
salen brazos desnudos de las mangas de lino,
van los niños por alto en el sol matutino,
las mujeres se empinan sobre el hombro vecino...
Se hace blando en las rosas el andar de un pollino,
y entre lo más humano, pasa lo más divino...

¡Hermoso triunfo! Ningunos me han encantado tanto, desde aquél en que Víctor Hugo empieza:

C'est ainsi que chantait, devant le ciel qui brille
Le jaunne homme alternant avec la jeunne fille
En grupe des enfants du bourg de Bathphage...

No catalogaré, no haré inventario. Penetrad en *Vendimión,* y habréis gozado con el encanto de uno de los más bellos poemas de nuestra lengua.

En la parte primera, *Los mitos del Vendimión ético,* los cantos están significados como en el *Dieu* de Hugo, por animales simbólicos. Son aquí: el asno, el cisne y el águila. Cada una de estas figuraciones sirve de tema a la ordenada resonancia de las teorías de estrofas que componen bajo la unidad inicial directiva, la armoniosa contextura

de la espléndida ópera verbal que es el libro entero. D'Annunzio aplaudiría el conseguido intento. Así es uno el *Vendimión*, ético, ermitaño, doméstico, hispánico, astral y combativo.

El centro de fundamento, es el mismo siempre: lo humano y lo natural. Un vasto deseo de bien a la Humanidad, sí, pero desde un individualismo anárquico que es la coronación de la suprema aristocracia:

> Vendimión: porque el rayo
> tuyo no me aniquile
> en la tormenta trágica
> viviré como el asno,
> amaré como el cisne,
> crearé como el águila.

Ya sabía yo que nos encontraríamos, mas cuán lejos del ciudadano Patan y de los ciudadanos Pataud.

Una intensa compenetración con la naturaleza, una propia transfusión en el Universo, un hablar con el acento de todas las cosas... Pero ¿no están diciendo por allí, los casi inexistentes, que todo esto son cosas de modernismo? Vengan todas las mitologías y todos los maravillosos sueños antiguos que con lo actual y lo probable y lo posible forman las minas aéreas de los nefelibatas dueños de tesoros.

¿Y Dios está aquí? Dios está, como se debe. Y está el hogar, y está la Patria con el ruido de hierro de sus figuras históricas.

Marquina ha logrado una soberbia victoria. Va, alta la cabeza, admirado por los que saben lo que vale, a la prosecución de su tarea. Piensa siempre como todo buen sembrador, en la cosecha futura. Lo hecho, hecho queda. Mira al porvenir.

Diré de su técnica. Dejo advertido que es buen conocedor de literatura y poéticas extranjeras. Como Carducci, ha aplicado al castellano, metros latinos. Ha hecho sin abusar, como es hoy corriente en España y América, del alejandrino flexibilizado. Ha sacado muchísimo provecho del endecasílabo en todas sus formas, comprendida la del final agudo a la italiana. Ha tocado con precaución el verso libre y ha introducido en algunas estrofas la música de ciertas canciones del metro popular. Por lo general, no se ha apartado de los cánones ortodoxos. Emplea con respetuoso cuidado, el romance y romancillo clásicos. Tiene un vocabulario profuso y en veces voluntariamente arcaico. Siendo amigo de la concentración, a gran base de pensamiento, no puede en algunas ocasiones contener el flujo verbal. Hay en él, por lo general, hasta cuando es blando, cierta rigidez que se hace notar. Es la rigidez catalana. Es por todos sus aspectos, un Poeta. Sabio, hábil ejecutante, profundo, misterioso, clamoroso, enfático, sencillo, confidencial con las flores, con las piedras, con los astros: un Poeta.

La única vez que no le he visto con el gozo de siempre, fué cuando por encargo de un periódico, cantaba periódicamente «Canciones del mo-

mento». Mirliton, pandereta, guitarrillo, hasta tus crótalos y flautas funambulescos. —¡Oh, Bamville! Están bien sonando a tema indicado y a tanto por hora. Mas la gran trompeta, el órgano, la lira, no debe, no puede ser.

SALVADOR RUEDA

Salvador Rueda me dice en una carta... «te mando en estas palabras mi adiós, que quisiera darte con los brazos. A Canarias y después a Cuba: un viaje íntimo, pacífico, de delectación espiritual purísima.»

Salvador Rueda, ya lo sabéis, es un gran poeta. ¡Es el último poeta lírico, sacerdotal y natural que hoy existe en el mundo! Es decir, el que siente; que él es Eso, y que *eso* es su sagrada misión sobre la faz de la tierra. Él ha dicho muy líricamente y muy exaltadamente, lo que piensa de su destino órfico, en la revista *Poesía* que publica en Milán el fundador del Futurismo señor Marinetti. Salvador Rueda deseaba desde hace tiempo ir a América. Ir sencillamente, simplemente como poeta lírico. Aún me invitó para que hiciésemos juntos ese viaje fabuloso. Yo no me atreví a decirle que se fuera a Buenos Aires. Le indiqué por su bien, que de hacer el viaje, se apresurase a hacerlo a algunas de nuestras Repúblicas tropicales porque aún por allá mismo:

Nous m'irons plus au bois
les lauriers sont coupés!

Ahora Salvador, homérida, pindárico, «vaen via-

je íntimo, pacífico, de delectación espiritual purísima, a Canarias y a Cuba». Ambas son islas de armonía y recibirán como se merece al alto poeta español. Las Colonias, además, son muy gentiles. Rueda realiza el milagro de querer ser y ser en nuestro tiempo, poeta, nada más que poeta, y cuenta para afirmar su volición con todo lo que le dió —como el dice—la Gran Madre, la Naturaleza y con el sol de su Andalucía que lleva adentro.

Ahora viaja también por la América Tropical, otro poeta andaluz. El señor Cavestany. El señor Cavestany ha recitado sus poemas en México y en la Habana y se le ha festejado brillantemente.

Tiene sobre Rueda la ventaja de ser rico y de ser académico. Pero en Rueda hay mayor cantidad de poeta, y vaya lo uno por lo otro. Rueda es el consagrado de la Lira, el hombre que tiene confianza con el alma de las cosas, porque es una voz, un órgano de la naturaleza. Yo no le encuentro en la Península parangón sino en Zorrilla. Vive en su nube de oro sonoro, de oro irreal. No es, pues, actual ni adaptado.

Homero y Píndaro, es posible que anden hoy por el mundo. Sólo que por obra del tiempo mismo, cambian en sus manifestaciones y obran conforme con las exigencias de la época. Sus expresiones e himnos, son también adecuados al instante y se sienten influídos por el deseo o por los efluvios que brotan del alma de las muchedumbres. A veces pasan aislados, otras se mezclan a las agitaciones urbanas. El don de armonía les

hace transfigurarse y una simple frase de común prosa, les brota vestida de estrellas o de chispas sulfurosas. Homero y Píndaro tienen muchos nombres, tienen ojos negros o azules, emergen entre una tribu de judíos, en la estepa o en la pampa, o andan elegantemente por los boulevares parisienes, por los clubs de Londres o en las calles de Buenos Aires o de New-York o por las tierras de la magnífica Italia. Píndaro y Homero,que tuvieron en lo antiguo en sus manos la trompa o la lira sagrada, guardan hoy, en veces, silencio. Y en los bolsillos de sus diferentes disfraces, suelen encontrarse, con o sin el poema, un libro de cheques o una bomba.

Es preferible, en todo caso, el libro de cheques y tu gran corazón, querido Salvador Rueda.

IGNACIO IGLESIAS

EL TEATRO CATALÁN, EN PARÍS

I

Teatro del *Palais Royal*. Ensayo general, en matinée, de la comedia *Les Pies*, de Ignacio Iglesias, traducida del catalán por M. Georges Billotte: mucha concurrencia, entre la cual buen golpe del mundo «catalá» de París. Bellos tipos, de esas damas, de formas firmes, cuyos principales dones enumera y señala un refrán picaresco.

Junto a las «noyas» voluptuosas, tal cual parisiense. Literatos, críticos teatrales, artistas. Yo me encuentro con Leopoldo Lugones y Federico Gamboa, que acaba de regresar de su triunfal misión de embajador especial de México en España. Después de los usuales golpes, se alza el telón.

Desde luego, se ve que se trata de una obra completamente española, en la cual ha de tender sus redes malignas al demonio del dinero. Un barbero ha comprado un billete de lotería, en el cual, como es de uso en la Península, ha dado participaciones a varias personas, clientes o amigos. El barbero tiene el alma honrada, el corazón puro. Su desinterés, su altruísmo tienen su natural contrapeso en su mujer, deseosa de riqueza, acaparadora, un tanto egoísta, pero no exenta de buenos

sentimientos. Antes de saberse el resultado de la lotería, hay algunos desdeñosos o avaros que no desean tener parte en el famoso billete; pero una vez publicada la lista de los números premiados y que se ve que el billete del barbero ha tenido un premio gordo, aquellos avaros o desdeñosos son los primeros que pretenden haber pedido participaciones; entonces se despierta en todos una feroz codicia, las buenas obreras se truecan en horribles virages, y como el poseedor del billete no ha cobrado aún, y no puede, por lo tanto, dar lo que a sus coparticipantes toca, uno ve encresparse a aquella gente alocada por el oro maldito, y llega a pensarse que en un momento pueda ser linchado el hombre honesto, el Fígaro del alma sana y generosa, para quien la fortuna, desde el instante que se le ha presentado, ha sido portadora de disgustos y tormentos.

Pues en su misma casa, un hijo suyo y su nuera le ponen cara amarga por el simple hecho de no haberles dado una participación en el billete del desastre. Desastre es en verdad el que cae en la pobre barbería. El maldito oro trae las sospechas, las calumnias, los emponzoñados odios. Entre tanta larva angurrienta, brillan hermosamente algunos arranques de altivos obreros. Pues Ignacio Iglesias ama al pueblo y sabe verle su parte incontaminada. La escena final, en que harto de miseria humana y de ferocidades instintivas, al hacer el reparto, arroja a la avidez de los fulanos y comadres los talegos deseados y les lapida con la

moneda, y el gran grito final, ¡viva el trabajo!, fueron de gran afecto. Por otra parte, la pieza tiene mucho teatro, es bien conducida y movida, y los actores, aunque no de primer orden, fueron discretísimos. Largos aplausos y llamadas repetidas. Los americanos que allí estamos gozamos como si fuese cosa propia.

II

El traductor de la obra de Ignacio Iglesias es un distinguido caballero bretón, antiguo notario en Brest, a quien tuve el gusto de conocer hace algunos años, presentado por el magnífico poeta Sant-Pol-Roux. M. Billotte conoce las lenguas latinas y, sobre todo, el castellano, como pocos franceses. Tiene un gran apego por las cosas de España y de la América nuestra, y ha traducido buen número de obras de autores contemporáneos, sobre todo de Jacinto Benavente. Los directores de teatros franceses, como no sean apuntalados con plata, o no vean el negocio hecho, no se aventuran con las piezas extranjeras; y como Benavente no es ningún Creso y no ha tenido un Treves entre sus editores, no le conoce aún el público francés.

M. Billotte ha publicado, no hace mucho tiempo, en una revista parisiense un bien documentado artículo sobre el teatro argentino. Cita a casi todos los que en la República Argentina han trabajado pora las tablas, y, aunque ve en todo única-

mente tentativas, reconoce el interés particular y augura un porvenir proficuo: lástima es que haya cometido, por malas informaciones, un colosal anacronismo, único pecado de su bien intencionada noticia colocando como contemporáneos de Leopoldo Lugones a Juan María Gutiérrez y... a Martín Fierro. Vaya todo en gracia de la noble simpatía que manifiesta a nuestras letras.

III

Extrañaría mucho en Buenos Aires que un diario tardase dos, tres o más días en dar cuenta de un estreno teatral. En París la cosa es corriente. A la repetición general de *Les Pies* han concurrido críticos de teatros, cuyos juicios, después de tres días, no he visto aún en los periódicos respectivos. Cierto es, que cuando se trata de una obra lanzada, largos artículos preceden y siguen a las primeras doce representaciones. Todo eso se arregla administrativamente.

Sobre la obra catalana apenas he leído tres opiniones. En una de ellas encuentro que la pieza hace diez años hubiera sido aclamada como una obra maestra, por los naturalistas; llega retardada un poco hoy, y ese retardo deja percibir ciertas ingenuidades que antes hubieran pasado sin ser notadas. A pesar de eso, hay fuerza y sinceridad en las pinturas de las pasiones que puede desper-

tar, en almas hasta entonces apacibles, la proximidad del dinero.

En otra, con el tono jovialmente desdeñoso que se suele usar aquí, se dice de la obra de Iglesias—*on dirait du Brieux, ou de l'Émile Fabre*—. Y, luego, no creeré que ello sea un crimen en M. Ignasi Iglesias. Dado el género, lo hace muy bien. Su comedia es escénica, hábilmente conducida y se deja escuchar sin fastidio. Sin embargo, todo eso tiene un interés secundario. Esta dramaturgia de un realismo superficial y subalterno no ha ocupado nunca entre nosotros un lugar principal y parece ya fuera de moda. Si M. Ignasi Iglesias quiere escoger en Francia modelos, no se daría mucho trabajo para encontrarlos. Por otra parte, sin proteccionismo estrecho y aún ofreciendo gustoso una larga hospitalidad a las producciones extranjeras, el público francés quiere, naturalmente, los que presentan una real originalidad, debido a la personalidad del autor o a su raza. En una pieza catalana yo busco a Cataluña. ¿Para nuestra literatura? Así, pues este censor, que posiblemenmente no ha estado jamás en tierra catalana, y que si fuera iría a buscar seguramente andaluzas, *au sein bruni,* cree encontrar en un argumento que es absolutamente español, como que se basa en el nacionalismo juego de la lotería—que no es el *lotto* italiano, ni se parece en nada a las vagas loterías, particuladas y autorizadas en Francia—, es una pieza en que cada tipo es copiado de la realidad, una invitación de lo francés.

Parece que los críticos no fueran a un espectáculo sino con el cerebro lleno de casillas, y a ver no si la obra es bella, sino a qué escuela pertenece, o qué parecido tiene con la obra de este o aquel dramaturgo o comediógrafo, *ad usum Gallie.* Y como, desde luego, en *Les Pies* ni hay amor entre tres, ni nadie se desnuda en escena...

Un crítico hay, sin embargo, que juzga la obra dándose verdadera cuenta de ella, o por lo menos opinando, sin *parti-pris,* el crítico de *Comedia.* Éste hace nada menos que a Iglesias fundador de no sé qué invención literaria de última hora llamada el «unanimismo», para amargar los momentos del poeta M. Jules Romaims.

Después de analizar bien los personajes de la comedia catalana, M. Robert Oudot resume su sentir: «La obra de Ignasi Iglesias es bella y fuerte; ese estudio de la psicología de una población entera, la manera juiciosa con que todos los acontecimientos son conducidos, denotan un perfecto observador y un completo hombre de teatro.» Y esta es buena e insospechable justicia.

Pero, en fin, después de la excelente acogida que ha tenido la comedia de que me ocupo, era de esperarse que se mantendría en el cartel por no poco tiempo. En la segunda representación, según me ha referido M. Georges Billotte, hubo que reusar entradas al público, pues el lleno era completo. ¿Por qué, pues, se suspende la obra? La razón es harto clara y convincente. Porque no se ha gastado lo suficiente, porque Ignacio Iglesias

no es rico, ni tiene un empresario que pague las reclames acostumbradas y se entienda, sobre todo, con los directores de teatros, que, desde luego, son, ante todo, negociantes, muy principalmente cuando se trata de obras extranjeras; y no *marchan* como se dice aquí, sino con el negocio asegurado. Rusiñol, que hubiera podido desembolsar sus buenas pesetas, no ha querido hacerlo, y Antoine, que le tiene una pieza en el Odeón, donde hace no sé cuántos años, la ha dejado para las calengas griegas. Valga o no valga la producción, se necesita, pues, dinero.

Los directores, es claro que, por otra parte, no pueden hacer otra cosa que velar por sus intereses; y aún a los mismos autores franceses les cuesta mucho, cuando no van valiosamente lastrados, hacer recibir una obra en los teatros. Natural es que la pieza presentada por un autor famoso y que tiene todas las probabilidades de éxito, encuentre las puertas abiertas y capital para las puesta en escena.

Luego están las combinaciones, en las cuales, se dice, el célebre D'Annunzio, es maestro, a punto de que su San Sebastián será lanzado como correspende.

En verdad, ¿no estamos en el siglo xx? El talento es una cosa de explotación como una fábrica, como una usina. Sus acciones se cotizan como las del genio. Ya sabéis: Homero, Dante, Shakespeare, etc. Co, limited...

AGUSTÍN QUEROL

UN RECUERDO

Un día el buen artista, en su estudio, recibe la noticia de habérsele propuesto por el Ayuntamiento de Zaragoza para la construcción del monumento a los Sitios. El que le comunicaba la buena nueva, era el director de un periódico zaragozano. Querol se manifestó sorprendido y contento.

—Me coge esto de sorpresa—decía—. Además, ¿qué sé yo de los Sitios de Zaragoza? No estoy preparado. Necesito estudiar. Y ¿en qué libros?

El director del periódico aragonés, un poeta, disertó entonces sobre los memorables Sitios. El escultor le escuchaba ávidamente.

—Una de las notas características del heroísmo zaragozano, fué el arrojo de las mujeres. Su papel importantísimo y admirable en la Historia. Ellas conduciendo cañones de un punto a otro, sin abandonar a los hijos en medio del peligro de las balas francesas.

—Soberbio—exclama Querol—. Ese es un grupo de indudable efecto: Las mujeres medio desnudas por el esfuerzo, unas agarrándose a las ruedas, otras tirando de las amarras, el cañón hundido en los surcos de la calle... ¡Soberbio!

—Hay un episodio—continuó el periodista poeta—que me emociona como ninguno y que se pres-

ta a una composición más original aún. Se trata de la defensa de Santa Isabel. Los aragoneses estaban dentro del templo y las tropas francesas habían colocado sus cañones y disparaban sus fusiles contra la puerta con objeto de derrumbarla y entrar. Hubo un momento en que la puerta cedió y se desplomaba ya, pero los brazos poderosos de sus defensores la levantaron en vilo y sostuvieron como puntales. La puerta cedió una y otra vez a los formidables golpes de las balas enemigas, pero no cayó mientras hubo brazos para sostenerla. Cuando por fin se derrumbó, fué sobre los cadáveres de toda aquella brava gente.

—Pero eso, ¿fué verdad?

—Ya se lo daré a usted documentado. Lo cuenta en sus Memorias un testigo presencial, el general francés Barón de Lejeune.

—En verdad—dijo el artista—que nada puede resultar de mayor efecto y grandeza. Colocaré la puerta algo vencida para que deje ver a lo lejos la magnitud del ataque. Los fuertes baturros, de espaldas al público, sosteniendo contra el fuste del monumento la puerta de la Iglesia. Con esto y las figuras de Palafox y de Agustina, ya sólo falta pensar en la que corone el monumento simbolizando la Independencia: España esforzándose por su Independencia.

Así hablaba el buen escultor y su fantasía hacía ver ya el trabajo realizado. Lo hizo. Es una de sus mejores obras. Como dato curioso diré que, recordando Querol la buena noticia y los datos que le

diera el periodista de Zaragoza, grabó el nombre de éste en una de las bayonetas que, tras la puerta de Santa Isabel, aparecen en el Monumento.

Pagó así su deuda; pues al rico periodista, no había de ofrecerle, a la inglesa o a lo yanqui, un cheque.

ANTONIO DE ZAYAS

He aquí al poeta más español de todos los que hoy escriben versos en España. De él debió decirse hace algún tiempo: «Poeta diplomático. Es un señor. Continúa la tradicción propia; es de la familia de los viejos poetas hidalgos, prendados de nobleza, de prestigios, de heroísmo, de ceremonia. Con todo su vocabulario, su elegancia decorativa, los saltos libres de su ingenio, le ponen entre los innovadores.» A veces «con pensamientos nuevos hace versos antiguos, y con pensamientos antiguos hace versos nuevos». El verso libre en España, no ha llegado a la ciencia de ciertos versolibristas franceses, con todo y haber escrito Manuel Machado versos libérrimos. Los de Antonio de Zayas son voluntariamente sujetos a un ritmo general que no desentona ni se rompe nunca. En *Paisajes* los hay magistrales. Hay una oración por el alma de Felipe II que en cualquier literatura honraría a un poeta, pero que en este caso, concentra el alma española, la cristaliza, en un diamante verbal sorprendente. Sus sonetos se resienten de herediano algunos; los escritos en alejandrinos. Los otros siguen la influencia gallarda que nos viene de los grandes sonetistas del siglo de oro: Quevedo y el admirable Góngora.

A esas opiniones me complazco ahora en agregar otras.

Ese aristócrata—Antonio de Zayas pertenece a la nobleza—, ese hombre de protocolo y ese hombre de mundo, tiene un respeto y una pasión profundas por la dignidad del pensamiento y por la pureza del Arte.

Sabe que el ciego Homero tuvo templos como los semidioses, y que la lira es un instrumento sagrado aún en la época de los gramófonos y de las pianolas. Con esa dignidad gentilicia trata a las musas, y ellas le corresponden con dones preciados y envidiables sonrisas. Tributario de la Diplomacia, peregrino de la Carrera, ha vivido en países extranjeros, en climas ásperos para el hijo de una tierra armoniosa y solar, y su noble pasión por las bellas letras le ha consolado con la juventud y el amor en sus horas frígidas y brumosas, pues, como Ovidio, ha podido escribir:

Solus ad egressus missus septemplicis Istri
Parrhasiae gelido Virginis axe premor.

De esas oficiales peregrinaciones ha habido felices consecuencias poéticas. Los paisajes distintos, las costumbres exóticas, las evocaciones históricas y los espectáculos pintorescos, han inspirado a nuestro artista de la palabra preciosas preseas, entre las cuales rítmicos *Joyeles bizantinos.* Él estuvo en ese Oriente europeo que ha cambiado de pronto al influjo del tiempo nuevo; alcanzó

a ver la vida de la Turquía misteriosa y un poco millunarochesca que han europeizado esos niños y ancianos terribles que se llaman los Jóvenes Turcos. Su saber y su gusto de poeta le hicieron aprovechar del lado bello y peregrino de las cosas. Y en armoniosas y bien sonantes estrofas, nos regaló con sus impresiones y sensaciones orientales.

Él lleva consigo su luz y su sol nativos. Así os explicaréis cómo, según nos ha narrado en cierta hermosa página, sus *Paisajes,* esos versos que se dirían impregnados de llama andaluza y de calor castellano, fueron acordados «en las inmediaciones del círculo Polar Ártico, en el rigor del invierno, cuando rodeado de nieve por todas partes y perdida la mirada en los turbios cristales del Melar, contemplaba en lontananza, como único límite del horizonte, inmóviles ejércitos de abetos, solemnes como obeliscos funerarios». De tal modo su espíritu hizo brotar ardientes rosas bajo toldos de brumas en instantes cimerianos.

Sus *Retratos antiguos,* sus *Noches blancas,* su *Leyenda,* son la prueba del constante ingenio y la maestría elegante de un artífice que consciente y vigoroso, ha adornado su juventud con frescos y bien ganados laureles. Su reciente traducción de la obra poética de Heredia, ha aumentado sus prestigios.

Se le ha querido absurdamente afiliar a esta o aquella tendencia literaria; quiénes le hacen seguidor de los clásicos, quiénes le declaran parnasiano, quiénes le bautizan con el absurdo epíteto

de modernista. Los primeros se fijan en algunas de sus poesías construídas según los cánones de la poética ortodoxa castellana; los otros en la voluntaria ausencia de todo subjetivismo emocional, en la impasibilidad escultural de tales sonetos; los otros en sus novedades de expresión, en su virtuosismo rítmico. Él es simplemente un poeta, un artista de verbo, sincero, de concienza y como tal capaz de contradicciones en el proceso de su evolución mental, y en lo que no atañe a las ideas primordiales. Es un admirable evocador de figuras y escenarios del pasado. Hay en él como la herencia de una visión ancestral. Sin énfasis, es atávico así como su buen gusto y sus actitudes de aristócrata. Y no es un refinado hasta el límite decadente como el francés Montesquieu de Fesenzac, sino el descendiente de los viejos poetas españoles que a un tiempo amaban la lira, las máscaras, el arcabuz y la espada de Toledo.

Viajero y políglota, ha procurado siempre alejarse de toda heterodoxia de lenguaje, de ver en todo y por todo de su tierra. Y su misma simpatía por Heredia, tiene de seguro por razón el abolengo intelectual y familiar del sonetista franco-cubano, que tuvo ascendientes conquistadores como el bizarro Don Pedro, fundador de Cartagena de Indias.

No soy yo amigo de las traducciones en verso. Un poeta es intraducible. Si el traductor es otro poeta, hará obra propia. El canto del poeta extranjero no será comprendido sino por los que entien-

den su música original. Con todo, alabo la traducción que Antonio de Zayas ha hecho de la obra herediana, porque ha dado a España la poesía de un poeta que tenía mucho en su espíritu de español; ha realizado su labor con nobleza y mucho conocimiento; y porque parece en ocasiones que al ser refundida y troquelada con la alianza del metal castellano, vibrase más sonora la medalla francesa.

Lleno de distinción, verboso como que posee —signo de raza—el don oratorio, amable y rebosante de hidalguía, joven, unido a una gentil dama de gran cultura que le ha acompañado en sus viajes y que es encanto de su casa; con títulos de nobleza y ejecutorias de talento, feliz en lo relativo de este mundo; así vive su lozano vivir este mi buen amigo, que acabará sus días *deo volente,* de embajador y académico entre los hombres y portalira glorioso premiado por los dioses.

MARIANO MIGUEL DE VAL

¿Y el Congreso Universal de la Poesía? Ya hablaremos luego. Ahora os hablaré de su organizador, del que ha sido su alma y que tiene en él muchas nobles ilusiones y muchas grandes esperanzas.

¡De Val, es un hombre admirable! ¡Admirable! El poeta Amado Nervo le dice: «¡Tú que todo lo puedes!»¡ Es verdad! Mariano Miguel de Val, que también es poeta y que quiere el bien de los poetas, está en todo, es múltiple, es complejo, es universal, y si no fuese que en él prevalece sobre todo algo del caballeresco ensueño tradicional hispánico, merecería ser yanqui... En las proporciones de esta Villa del Oso y del Madroño, tiene este varón, de cuerpo fino y faz de hidalgo antiguo, una variedad de actividades roosveltianas, que desconcierta en la urbe de la famosa Puerta del Sol. Mariano Miguel de Val, es terrateniente, mundano, abogado, ex-secretario del Ateneo, de la familia de Castelar, ex-secretario de Moret, amigo del Rey, de los Infantes, redactor en varios periódicos, director de un diario de provincia, director de la respetable revista *Ateneo,* Director y editor de la Biblioteca «Ateneo», pertenece a la Legación de Nicaragua; fué iniciador del *Romancero de los Sitios,* colabora en *Caras y*

Caretas de Buenos Aires, en el *Figaro* de la Habana; inicia, realiza y colabora en cien cosas más. No tiene aun autómovil, va a comprar uno pronto, pero no hay que temer: este poeta no es futurista. Tiene un santo en su familia ancestral. Tiene un castillo en Zaragoza. Es lírico de paz y de hogar. Tiene una bella esposa y unos lindos niños. Su padre era republicano. En su casa se conspiraba. Llegaba allí el tío Emilio, y hacía discursos de música. El niño Mariano, oía todo eso, observaba tras los cortinajes. El niño creció, y el hombre es hoy monárquico, católico; y cuando se va a veranear, para que diga la misa en la capilla de su castillo, tiene un capellán. De Val es cuerdo.

Su gabinete de trabajo está adornado de libros, retratos, autógrafos, medallas. Sus íntimos son sabios catedráticos, políticos, periodistas, y uno que otro autor de los llamados modernistas. No se le creería un combativo. Sin embargo, un día se le vió en pleno ardor polémico. El enemigo era temible: la Condesa de Pardo Bazán. La polémica fué sobre los novelistas en el teatro, y el joven aeda se batió ardorosamente con Pentesilla. Una vez vistos los argumentos de una y de otro, confieso que me coloqué del lado de doña Emilia. Muchos novelistas ha habido y hay, que son excelentes autores dramáticos, y una facultad no es privativa de la otra.

De Val, que parece tan grave, tan serio, y que lo es indudablemente, ha pagado el matritense tributo a la literatura jovial, y aunque sin su nombre

ha hecho imprimir cierto volumen de castizos chistes que habrían regocijado aquellos honestos y nada complicados rimadores, que se llamaban Teodoro Guerrero, Ricardo Sepúlveda y demás compañeros del tiempo del *Pleito del matrimonio*. Después llevó la risa a las tablas, escribió para el teatro piezas jocosas; mas donde quiso poner la flor armoniosa de su juventud, fué en su volumen *Edad dorada*. Son cosas de galantería y elegancia, madrigales apasionados, idealismo y carne, inspiraciones momentáneas y filosofías amatorias; versos del alma y versos de salón; declaraciones y baladas. Gentiles maneras y decires que complacían a las damas antes de la introducción del *bridge*, del *pastiorie-puzzle* y del *popintono*.

De Val adula rítmicamente a la mujer, y señala sus varios encantos y modos de hechizar. Celebra la juventud, optimista, y, amigo del placer y de la gloria, celebra la fe, el entusiasmo, el amor; la mujer siempre; y hace bien. Y dice al final de un canto:

Dejad, pues, que la planta favorecida
de su corto reinado goce abstraída
y aliente los afanes de su amorío
y realice sus sueños en el estío.
No le habléis del otoño que le intimida,
no le habléis del invierno de nieve y frío,
dejadla que lo olvide si es que lo olvida,
y cuando en sus entrañas se sienta herida,
cuando la hora le llegue de cruel hastío
y la veáis rendirse desfallecida,

decidle porque aplaque su desvarío
que todo invierno es víspera de nueva vida.

Canta el amor, canta a las flores con modos y conceptos ortodoxos:

Flores, hermosas flores
que sois nido de amores
y de los verdes prados alegría,
desplegad vuestros mantos de colores,
que ya amanece luminoso el día.

Dedica dos poemas a dos marquesas guapísimas. Zorrilliza en una «sinfonía», y refiriéndose a quién sabe qué gallarda y voluptuosa señora, asonanta unas insinuaciones donjuanescas o fáunicas, de todos modos no por lo emprendedor menos romántico:

Auras de rosa
forma tu aliento,
que toman brío
sobre las ondas de tu cabello.
Hacia mí vienen
y tú sonríes,
cada vez que oyes
los besos míos que las reciben.
Redondos, frescos,
tendidos, blancos,
sobre las sábanas
descansan, duermen, quietos tus brazos.
¿Por qué no se abren
para hacer presa
en otros brazos
que ser tu cárcel también desean?

Anciano, el dueño
de tus caricias,
gozar no puede
de tu hermosura la gallardía,
la gentileza
de tus contornos,
rica y sabrosa
miel de panales de abejas de oro.

Natural es que el romántico que hay en él, admire a Byron y le salude en un sonante soneto. Y lo que lleva, de su raza en la sangre, lo hemos de ver en tal ímpetu místico, con su reminiscencia de don Gaspar:

En tanto que en la torre se despierta
el bronce herido, a la oración llamando...

En tal evocación del poderío morisco para, a propósito de una atalaya, loar la espiritualidad cristiana; en ternuras familiares y religiosas; en discretas quejas melancólicas que son como ecos de amoríos pretéritos; en la obsesión de la Cruz; en efusiones cordiales, que no por ser dichos en un metro precario que han difundido los modernos, parecen menos venir de tiradas calderonianas y fogosas arias de los corifeos del romanticismo.

En De Val está el trovador. No han llegado a él ni el uso ni el abuso, hoy tan comunes de ciertos procedimientos de la nueva poesía castellana.

Lo que ha escrito está conforme con el espíritu y los preceptos del glorioso «Parnaso» nacional.

Ello es cuestión de temperamento y de maneras personales de exteriorizar sus ideas estéticas. Yo ni le censuro ni le alabo. En todo caso más bien le alabaría por haberse dado tal como es él.

Lo bueno es que se conserva siempre joven y lleno de actividad y entusiasmo para toda empresa generosa y en la cual se haya de rendir homenaje a Nuestra Señora la Belleza. Ese Congreso Universal de Poesía, hoy postergado para que se lleve a cabo bajo mejor plan, y que se verificará en la próxima primavera, cuando esté Valencia más rica de flores y de luces, ese Congreso ha sido idea de él, para honrar a la Poesía y para hacer vibrar los portaliras. La suya la tiene ocultamente cuidada, y ha de dar, en tal concurso, nuevos, amplios y plausibles sones.

LOS HERMANOS ÁLVAREZ QUINTERO

PROVEEDORES DE ALEGRÍA

Son dos, como los dióscuros. Son consonantes. Su fraternidad es gloriosa y provechosa. Son gentiles y jóvenes. Son los hermanos andaluces, los hermanos Álvarez Quintero, cuyo nombre es conocido y cuyas obras teatrales son aplaudidas en España, en América y en Italia.

La famosa consagración parisiense no ha llegado todavía, y ella será difícil, dado que en París la importancia española es muy limitada y arreglada, *ad usum;* y en particular la andaluza. Allí se fabrica el Jerez y el Málaga; se da por compatriota de Salvador Rueda a la Otero, que es gallega, aclimatada en Lutecia, y cuando se representa una pieza en que haya cante y baile «jondo», para que el color local sea innegable, ella es escrita por algún colaborador del *Temps* o de la de *Vie Parisien,* y bailada por Mdlle. Polaire, argelina del *boulevard.* Y la influencia boulevardera llega hasta la Corte de España. El señor Villegas, discreto escritor que firma *Z* en *La Época,* y que no es modernista y bien pudiera ser académico, traduce a Séneca, ese andaluz romano, en este semifrancés: «Aquel es feliz y sabe gozar de la vida que espera el mañana sin inquietud.»

Los hermanos Álvarez Quintero, sevillanos, son proveedores de alegría andaluza. Recientes investigadores han querido demostrar que, contra la arraigada creencia, Andalucía no es alegre, sino triste. Para esto se hace notar la negrura de ciertas pasiones y melancolías, las puñalaítas en coplas y en versos, y lo mucho que se habla en verso de la tumba, de la madrecita y del hospital. Andalucía no es ni alegre ni triste: es, como todas las regiones, según el color del ánimo con que se mira. En Málaga, en Córdoba, en Sevilla, en Granada, hay, como en todas partes, gentes, paisajes y horas de sol o de penumbra. Claro que junto a un carmen, hay más ambiente de alegría que junto a un fiord, pero de alegría meridional. Todo es relativo. Tengo un amigo londinense que traduce el mundo en sanas jovialidades, y danza unas jigas portentosas. En cambio, otro amigo, el lírico Juan R. Jiménez, que es de la solar Andalucía, se asemeja a un ciprés nocturno con un ruiseñor lunar en la cima. Los Álvarez Quintero prefieren las visiones de gozo y observan y extraen de la realidad sus personajes, con un propósito optimista, haciendo ver la existencia como una felicidad en la mejor de las Andalucías posibles. El escenario es siempre sevillano, puesto que es el que mejor conocen. No habían de poner matas de claveles en Cristianía o en Stokolmo. En Sevilla, nadie pide el sol. Ellos lo dan dialogado, lo reparten y extraen de él considerables rentas. Todo lo cual les produce un excelente estado fisiológico y, por consi-

guiente, casi la felicidad. De algo de ella le somos deudores los que acudimos a sus obras después de largas intoxicaciones nórdicas. Son unos bienhechores. Son los que hacen ver bueno el vivir. Ya que vivimos, creedme, esto es lo que más nos conviene. Lo demás es buscarle cinco pies a la Esfinge.

Los hermanos andaluces que tanto animan y coloran la psiquis, más bien inclinada a lo gris, deben estar satisfechos de su obra. No sé cómo serán traducidos al italiano. De seguro no se ha llevado allá el «acento», pero «el ángel» lo tiene la introductora, la deliciosa Tina di Lorenzo, y vaya *moscato spumante* por manzanilla.

G. MARTÍNEZ SIERRA

MELANCÓLICA SINFONÍA

... Así, señor Martínez Sierra, bien decíayo que ya debíamos habernos encontrado juntos, en alguna parte, al paso de esa carreta que va con las máscaras todo el ensueño... ¿Fué en una ciudad de Gaspard de la Nuit, en Harlem, por ejemplo, o en la barca sonora de Goldoni, o por los caminos en que vagaba Glatiguy claudicante, o en más remotos momentos, cuando el gran Will jugaba con todos los espíritus del cielo y de la tierra, o bien en León de Nicaragua, cuando con mis catorce años encendidos quise irme en seguimiento de Hortensia Buyslay, la niña ágil, errante silfo del salto, que mostró a mis ojos asombrados por primera vez el divino misterio de los muslos femeninos, redondos de vida, bajo el rosa de la malla, haciendo por su iniciación danzar de gozo al sátiro que habita los jardines de mi alma? Seguramente fué por el sendero florido, pues esas sospechas de recuerdos trascienden al corazón las rosas o quizá nos hemos comunicado los sueños de nuestras noches de verano; habremos pasado bajo la floresta mojada de Víctor Hugo, y al salir de ella hemos saludado al amigo Benavente, ocupado en crear sus aladas marionetas de *reve*. En cuanto a

Banville, es un hecho que le conocimos, sobre todo por su clown, aquél que de un salto se fué a perder en el plafón azul del cielo, no sin, supongo yo, haber roto en la voltereta el aro de papel de plata del plenilunio.

... Bien hacemos, señor Martínez Sierra, en perseverar bajo la influencia lunática, en escuchar lo que dice la voz del organillo, el pandero que hace danzar al oso, la lengua de cristal de Filomela, el murmullo que deja la peregrinación de la farándula, la voz íntima y dulce de los crepúsculos que acaricia a los espíritus errabundos, impulsándolos siempre a proseguir la inacabable aventura, y a renovar el encanto de la farsa, lenitivo para el dolor fatal de la vida. Zarathustra, rey de los animales, emperador de las bestias fieras, consagró la sublimidad de la danza. Nosotros, los amantes de Psiquis, cantamos el triunfo de las máscaras, el misterioso hechizo de ensoñar, y esa ultravida que crea lo supremo del Arte y en la cual nos encontramos más en nuestro propio mundo que en esta pesada tierra. De ese caballero que me ataca con Kant y estadística, me libro con Polifilo, con la Forgue, con mi alma, *With Psyche, my soul!* Y en cuanto a este teatro ensoñado gozo con él, cual en mi justo elemento, al suspirar del agua, a la vaga conservación de las frondas, a los gemidos cordiales, al amor de la melancolía y al son del pífano de oro que animan los labios y los dedos del lírico sutil ilustrador.

... Tengo un amigo inglés que sabe su Shakes-

peare de memoria, que es payaso y que se llama Frank Brown. Así decían versos de antaño:

> Frank Brown como los Hanlon-Lee
> sabe lo trágico de un paso
> de payaso, y es para mí
> un buen jinete de Pegaso...

Nosotros sabemos lo trágico del clown, lo lírico de una danzarina de cuerda, lo ideal del circo; el hechizo oculto de la pantomima. Siempre la influencia de las máscaras, de lo que nos hace rememorar o preveer una existencia aparte de la que conocemos por nuestros sentidos actuales; de ahí proviene la revelación mallarmeana del arcano prestigio del ballet, ciertos aspectos de las fiestas galantes, el misterio de Gilles de Watteau, la incomparable magia gráfica del enigmático y prodigioso Aubrey Beardsly. ¡Y hay entre todas esas cosas y otras, tantas filosofías tan aparte de las que suponen conocer tan excelentes profesores! Somos más modestos como conviene. *Ignorabimus.*

Mas en la caja de música se está moliendo ya la melodía. Se mueve el telón del teatro de ensueño. Los espectadores aguardan. Un enamorado ha traído una copa de oro, sin ver que, después de todo, había mucha tristeza. O por ello mismo... Beba su buen vino en los momentos dulces y llore después.

JOSÉ NOGALES

... Vea usted qué tarde más triste, qué tarde más gris—me dice el pintor burgalés Santa María, tan gentil y talentoso—; el gris de las tumbas es el mismo del cielo.

Así era. Salíamos del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena; acabábamos de dejar bajo la tierra al poeta y escritor José Nogales. Y había una tristeza muy grande en el ambiente, en todas las cosas. Nada más lleno de la ceniza del otoño y de la pena del otoño que esta tarde. Yo no voy casi nunca a entierros. Padezco de la fobia de la muerte, y desde mi niñez me emponzoñó el terror católico. Quizás en la antigua Grecia, habrá acompañado con cantos alegres y con flores, los despojos de un amigo. Mas ya en mis primeros años me poseyó el espanto de la Desnarigada. Recuerdo que en la ciudad de León, cuando un vecino estaba para expirar, tocaban en los campanarios de las viejas iglesias un son lento y doloroso que infundía pavor: el toque de agonía. Al oírlo, en todas las casas se rezaba, encomendando a Dios el alma del agonizante. Eso ha desaparecido, felizmente. Pero en mi espíritu quedó la huella de tanta temerosa impresión medieval. Así siempre he procurado no escribir ciertas palabras, no ocuparme de ciertos asuntos y no ir a los entierros...

... A acompañar a Nogales sí fuí. Yo no le vi nunca. No fuí amigo personal suyo. Mas aparte de que era un compañero en *La Nación,* tenía todas mis simpatías por lo noble de su espíritu, por lo caballeresco de su manera, por lo castizo, por lo elegante y lo sensitivo. Luego, en medio de la comedia literaria, era un sincero, decía con claridad y franqueza su sentir y su pensar, y daba a cada cual lo suyo. Por eso creo que a su entierro, si concurrieron algunos hombres de letras y hombres de gloria, faltaron tales o cuáles rozados por las firmes verecundias de Nogales.

... La procesión iba triste y lentamente precedida por el fúnebre carro modesto, sin una sola corona. Vi en la concurrencia a Moret, a Canalejas, a Galdós y a Blasco Ibáñez, a Moya y a Castrovido, a Querol y a Benlliure. Yo iba en compañía de Valle-Inclán y de Antonio Palomero. Y hablábamos de la triste vida de las letras, de la terrible vida del periodismo; del *vicio* de la publicidad. ¡Una vez que se ha probado de ella, hasta el fin! Raros son los casos de liberación. He ahí un hombre que vivía relativamente feliz en provincia y a quien si le hubiese faltado un poco de talento, habría tenido algo más de existencia, exento de luchas y de afanes. Según sé, poseía algunas tierras, y cultivaba las bellas letras en los periódicos de su región, gratamente. Pero ganó un día un premio en el concurso de cuentos promovido por un diario de la Corte, y a la Corte se vino lleno de ilusiones. ¿A qué? A afianzar su renom-

bre literario, a hacer labor de periodista, sin dejar de ser lo que fué, un artista y un talento de primer orden. Esos artículos que aquí a la francesa llaman crónicas, y que son vistos aún por muchos que los escriben, como cosa de poca monta, como producción del instante y para el olvido, tuvieron en él un buen obrero que dejó mucho de valor antológico. Mas el cuento fué su trabajo preferido y aquel en que mayormente se hicieron notar su imaginación bizarra, su don de buen lenguaje y su culto de la tradición castiza. Su prosa era sana y flúida, quizá oliente todavía al terruño provincial y nativo; y si atavismos buscarais, habría que dar el gran salto hacia Grecia, de donde parecía traer su pasión de luz y de prosa marmórea, el que pudiera ser considerado a través de tiempo y espacio un español hemérída.

Dicen los que le trataron íntimamente que era de humor jovial y de carácter íntegro y generoso. Aun en las penas de la enfermedad parece que guardaba sus sonrisas. Y eso que, antes de la gravedad que le llevó al cementerio, padeció la pérdida de la vista, y para cumplir sus compromisos con los periódicos en donde trabajaba, se ponía a dictar miltronianamente a una bella y joven hija suya sus juicios y sus fabulaciones.

Si el sepulcro es la paz, paz tenga inacabable el compañero que ha partido.

Madrid, diciembre de 1908.

SEMBLANZAS AMERICANAS

ROBERTO J. PAYRÓ

SOBRE LAS «DIVERTIDAS AVENTURAS DEL NIETO DE JUAN MOREIRA»

I

—¡Por fin nos encontramos!

Y he aquí el autor de las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* que acaban de publicarse en volumen, después de aparecer en los folletines de *La Nación;* de la *Australia Argentina,* honrada con el elogio del general Mitre; de otros libros vivaces, amenos, ingeniosos, llenos de vida nacional y de vitalidad humana; de dramas, de cuentos, de impresiones. Pero, sobre todo, he aquí, en este momento, al querido y antiguo compañero en el periodismo, al amigo gentil y cordial de las pasadas ilusiones y tareas en nuestra casa de la calle San Martín, en la era *Bartolitiana,* de don Enrique de Vedia, de Aníbal Latino, de Julio Piquet. ¿Es que nos habíamos dado cita, en aquellos ya lejanos días, para encontrarnos en el siempre soñado París? Y nos hallamos en este instante, frente a la Ópera, sobre el corazón de la capital de las ciudades, en el ambiente más deleitable de la tierra.

Al día siguiente, estamos reunidos en el almuerzo, en el café de la Paix, M. Peyró, y con

Mme. Kufferath, director del teatro de La Monnaie de Bruselas, y el pintor Del Gouve, acompañados de sus respectivas señoras, y Mme. Kufferath, adolescente parisiense de Brabante.

Sabidos son los méritos del notorio director de la Ópera bruselesa, su trabajo de filosofía y exégesis musical, siendo como es uno de los primeros wagneristas del mundo, Wágner debe traer la buena suerte, pues Mme. Kufferath aparece con un humor excelente y un aspecto florido, en donde rojea la Legión de Honor.

Es la conversación, naturalmente: ópera, poesía, pintura; Mme. Kufferath, belleza con literatura; Mme. Del Gouve, cuñada del gran Verharen; y se oye: «Buenos Aires»... Bruselas... Irurtia... Magacini... Octave... Usanne...» Así hasta el champaña. Nos damos cita para el *five o'clock* en el Bois.

II

En el Bois. En uno de esos establecimientos elegantes en donde se juntan los seres y tipos más extraños del mundo cosmopolita de París. Los eternos tziganos se hacen oír. De los autos y carruajes bajan familias, gentlemen, cocottes, artistas conocidas; norteamericanos, hidalgos, sudamericanos, babelipolitanos.

No lejos, el pintor belga nos descubre un delicioso paisaje, un rincón de agua y verdores, que

se baña de agua y de púrpura en el milagro de ciertas puestas de sol. Pasado el té, me complazco en filosofar con la sutil y nerviosa madame Kufferath poseída de un lindo demonio de talento. Y luego me dedico al nieto de Juan Moreira.

En verdad—digo—, el nieto de Juan Moreira es digno descendiente de su famoso abuelo. Son uno y otro iguales en más de un punto; claro que hay la manera, y lo ha agregado la civilización a la barbarie. Juan Moreira es un primitivo, y su nieto, cuando concluímos el libro de sus hazañas, sabemos que a leído a Nietzsche. Un joven poeta argentino ha comparado a Juan Moreira con *Don Quijote*... Otro, chileno, ha protestado con mucha justicia. Eso no puede ser. Es insultar a Cervantes, ofender al genio, hacer al pobre *Don Quijote* la última trastada; Juan Moreira, de quien es pariente americanizado es de José María y de Diego Corrientes. Es un bandido generoso hasta cierto punto, pero es un bandido. Por culpa social naturalmente. La sociedad lo hecha al monte. Y le pasa lo que a las especies domésticas cuando se hechan al monte, que se hacen feroces. Mauricio Gómez Herrera, el personaje de estas aventuras, tiene, como se dice, el alma a la espalda, a la manera de su abuelo. Su última frase, al final del libro, es todo un programa de perfecto arribismo: ¡Vaya una tontería! Tal habla el nieto de Juan Moreira. ¿Hasta dónde llegaría el biznieto, Mauricio Rivas? Tal me pregunto con el deseo de que Roberto Payró, al modo de otros novelistas, haga

reaparecer a sus personajes en obra siguiente.

Este libro tan argentino, tan puramente argentino, como lo afirmara *La Nación* en muy bien escrito juicio, es de una observación estupenda, y el talento del autor, con audacia balzaciana que sostiene, ha creado un pueblo de personajes que adquieren una vida propia y se caracteriza de guisa inconfundible. Payró ha tomado sus «apuntes» directamente, así en la campaña, en el pueblo de campo, como en la ciudad provinciana, como en la metrópoli. Estudia y sabe dar a cada tipo su signo singular, a lo Dickens, autor que me parece uno de sus predilectos.

No tengo yo mucho conocimiento de la vida del interior de la República Argentina, pero los *dramatis personae* de la novela se me aparecen tales como si los hubiese tenido ante mis ojos, o si los hubiese tratado. Creo, en verdad, que el don de presentar a sus figuras de esa manera, de hacerlas moverse y hablar como las gentes de la realidad, le viene a Roberto Payró, fuera de sus condiciones mentales de creador, de la experiencia que dé fe a la labor del diarista, repórter o redactor, en sus constantes y variadas relaciones con personas de diferentes envergaduras, capacidades y extrañas. En sus recuerdos mismos, de niño y de hombre, debe de haber encontrado un sinnúmero de elementos que le han servido para más de un punto, de una escena o de una significación de sujeto.

La índole nacional del libro aparece en cada uno de sus capítulos y aparte de la vida íntima, la vida

social, la vida política, con tales o cuáles retratos que, sin llegar a la *charge,* marcan fuertemente las líneas y particularidades, hacen pensar si no habría en estas aventuras el propósito de realizar un libro de clave; pero el autor es demasiado amante de la transcendencia de su obra, para complacerse en la exposición intencionada de tipos marcadamente individuales. Es evidente que más de uno presenta rasgos o distintivos que puedan confundirse con los de uno u otro notorio contemporáneo en acción aún o ya desaparecido.

El libro de Roberto Payró es un libro pesimista. Ese pesimismo es el que suele venir de la contemplación y examen de los hombres. De allí han nacido todos los apotegmas amargos, los conceptos poco risueños sobre nuestra naturaleza, las consecuencias fatales de ciertos moralistas, la amargura pública y la licantrópica que encierra el famoso decir obbesco. Ello no es particularidad de razas o pueblos; es como sabemos universal, y el lobo argentino es igual en intenciones y apetitos al lobo alemán, al lobo ruso o al lobo francés.

¿Es esto decir que todas estas aventuras del ingenioso criollo don Mauricio Gómez Herrera, hombre nacido para la política, el amor al éxito, en un pueblo remoto de provincia, estén únicamente llenas de hechos desdorosos, de malas personas, de sujetos de presa? De ninguna manera. Hay como en la realidad, también almas simpáticas, hay hombres honrados, sinceros, mujeres que demuestran la verdad, de las que dulcifican y ador-

nan los hogares del país. Hay interés en la fabulación, se diría cinematografiada, hay intrigas e intrigas. Todo lo que constituye el enredo político; todo lo que deriva de las malas costumbres cívicas del caudillismo de la cocina electoral está notado, visto, descripto con hábil minuciosidad; y se podría decir que no solamente se trata de una novela que tiene por escenario la República Argentina, sino que este escenario podría ser cualquiera de los países que constituyen nuestro famoso continente hispanoamericano, con las variantes peculiares a cada República.

Y en lo que respeta a la escritura de la obra, al estilo, Payró tiene bien ganados lauros como prosista, para que renunciase a su manera, de todos nosotros conocida—exenta de énfasis, de predilección oratoria—como la de los párrafos de cierto pastiche que hay en sus páginas; sin el hoy abominable modo de artistas de que tanto se abusó. Él ha logrado formarse un estilo suyo, quizá no del contento de todos, pero que lleva siempre un aire y tono personales, logrando así lo que no logran muchos que se lean una página suya y que en seguida sin vacilar se diga: esto es de Payró. Y esto en asuntos de la vida nacional, del espíritu crimista, lugubrar para ser reconocido «a la maniere de...»

Payró ha realizado una gran obra.

III

Y al salir del Bois de Boulogne recordamos, no sin ciertas saudades, las horas de aquellos tiempos pasados, que por serlo y por otros motivos, quizá eran mejores a pesar de nuestros esfuerzos actuales y de nuestros triunfos, ¡llamémosles así! Las horas nocturnas del AUES de Luzio, el de antaño, de Monti; las charlas de ilusión y de entusiasmo, los compañeros desaparecidos o dispersos por diferentes rumbos, por las indicaciones de la suerte y de las decisiones del destino; la querida gran ciudad de Buenos Aires, en fin, en donde ¿por qué no? todavía tal vez tengamos que encontrarnos en futuros días, si Dios lo quiere.

AMADO NERVO

«SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ»

A bordo de *La Champagne*, rumbo a Veracruz, septiembre de 1910.

Mientras acabo de saborear, una vez más, el verso gauchesco: «¿Sabes que es linda la mar?», me acomodo en mi silla sobre cubierta, y al compás de la máquina y al ruido de la espuma que choca contra los flancos del barco, me complazco en leer el libro con que el poeta Amado Nervo contribuye a la celebración del Centenario de la Independencia de la patria mexicana. El libro trata sobre una monja ilustre, la famosa Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa excelente, mujer de Dios, sabia en muchas cosas terrestres y divinas.

Se ve que el biógrafo está lleno de amor por aquella flor del pasado. Trata su asunto con dignidad, con erudición, con mucho afecto. Adorna su libro con retratos de la admirable religiosa, que nos hacen ver unos hermosos ojos profanos, una boca pequeña y voluptuosa, una musa con hábitos de santidad, cerca de sus libros, con la camándula en la mano y la pluma en otra; o sentada en su labor de escritora; o bien hojeando un infolio. Siempre el aspecto de una donosa y deleitable

señorita, que Nuestro Señor Jesucristo apartara del influjo de doña Venus y don Amor. Ella, que amó a lo humano, adoró a lo celeste. Trasmutación de fuegos.

«Dedico este libro—dice Amado Nervo—a las mujeres de mi país y de mi raza». Loemos el homenaje. El autor comenzó, con el mejor deseo, por querer hacer penetrar en lo delicado y dulcemente amable de su libro a las altas damas de la nobleza, mundanas y literatos que asistieron a la lectura de algunos capítulos de su obra, en el Ateneo de Madrid. Los poetas, desde luego, y los hombres de buen gusto, estarán de su parte y no tendrán sino aplausos para él.

Con buscada modestia de expresión, Nervo enuncia, antes de entrar en lo sustancioso del volumen:

> En este libro casi nada es propio:
> con ajenos pensares pienso y vibro,
> y así, por no ser mío, y por acopio,
> de tantas excelencias que en él copio,
> ¡este libro es quizá mi mejor libro!

No. No es verdad. Este libro no es el mejor libro de Amado Nervo. Su mejor libro está entre todos sus libros anteriores, y se compone de aquellos versos y aquellas prosas en que puso lo profundo de su comprensión de la vida y del universo, y lo sincero de su espíritu y de su corazón. Porque, en verdad os digo, que, muy pocos de nuestros

líricos le igualarían en exquisitez y ninguno le superaría en sinceridad. Hasta hoy mismo, que las influencias ambientes de la corte española parecen envolverle, su personalidad se destaca en su singular valer y en su exteriorización siempre reconocible. Y en este libro sobre su compatriota Sor Juana Inés de la Cruz, en el siglo Juana de Asbaje, ha necesitado de una cinta perfumada de pasión íntima, para juntar y atar el ramillete de «ajenos pensares» que forman la escrupulosa documentación de la biografía.

Con Ruiz de Alarcón, Sor Juana constituye lo más brillante y preciado que pudo ofrecer intelectualmente el virreinato de la Nueva España al acervo común de las letras castellanas. Aún le descubre Nervo a la lírica religiosa hálitos de libertad, o más bien don de profecía en los versos que cita Luis González Obregón, en su *México Viejo:*

¡Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el águila mexicana
el imperial vuelo tienda!

O bien:

De la común maldición
libres parece que nacen
sus hijos, según el pan
no cuesta al sudor afanes.

Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,
de sus abundantes venas,
desangra los minerales.

«... Amaba, dice Nervo, aquella singular mujer con toda su alma a México; fué la luz y la poesía de la época colonial; hizo, con don Juan Ruiz de Alarcón, que el nombre de la Nueva España sonase con coro de elogios en la Corte de los Austrias, y única en su género por la excelencia del pensamiento en una época y un país en que éste no solía ser flor femenina, merece, mientras en uno de nuestros grandes paseos se yergue el monumento soberbio que le debemos y que, sin duda, hemos de pagarle, culto de admiración de todas las almas.»

***

En las palabras preliminares que el autor dirige al lector mexicano y de donde he copiado las líneas anteriores, expresa el autor el deseo de realizar una obra de mayor aliento que la presente sobre su amada poetisa. Mas si no es una estatua de vastas proporciones, le ofrenda con lo hoy realizado una serie de finos bajorrelieves que nos hacen ver diferentes momentos de la vida de Juana de Asbaje, hasta el instante de su dulce muerte de bienaventurada. Y el alma de la desaparecida musa debe estar agradecida en su gloria.

Primero, sabemos cómo vivió en el siglo. Nervo entra en detalles, con apoyo del padre Calleja y del citado González Obregón. Vivió Sor Juana «cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas»; que a doce leguas de la ciudad de México, nació, en las cercanías del Popocatepetl, en «una bien capaz alquería, muy conocida con el título de San Miguel de Nepantla, que confinante a los accesos de calores y fríos, a fuer de primavera, hubo de ser patria de esta maravilla. Aquí nació Juana Inés, el año de mil seiscientos cincuenta y uno, el día doce de noviembre, viernes, a las once de la noche. Nació en un aposento que, dentro de la misma alquería, llaman «La Celda», casualidad que, con el primer aliento, la enamoró de la vida monástica y la enseñó a que eso era vivir, respirar aires de clausura».

Esos datos son del padre Calleja.

Con complacencia y emoción poética refiere Nervo una corta visita que hiciere inesperadamente al lugar en que naciera Sor Juana: «La bien capaz alquería». «Un recogimiento misterioso parecía apoderarse de todas las cosas, y el sabor de mi contemplación era tan hondo y suave, que cuando silbó la locomotora anunciándonos que iba a reanudar el roto camino, parecióme que, como el monje Alfeo, que oyó cantar al ruiseñor celeste, mi espíritu volvía de un éxtasis de siglos a las vanas fatigas de la vida». Y, en efecto, en el fondo de su calma, oyó el poeta el canto lejano de su preferida ruiseñora.

El padre de Sor Juana se llamaba don Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara de Guipúzcoa; su madre, hija de españoles y nacida en Ayacapixtla, fué doña Isabel Ramírez de Cantillana. La poetisa fué en extremo precoz. Comenzó a aprender a leer a los tres años. Y contara ella misma que «teniendo yo después como seis o siete años y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que aprenden las mujeres, oí decir que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, mudándome de traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer (e hizo bien); pero yo despiqué el deseo de leer muchos libros, varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a México se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad, que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

«Empecé por aprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si, cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal

o cuál cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedía así que él crecía aprisa, y yo aprendía despacio, y con efecto, le cortaba en pena de la rudeza, que no parecía razón que estuviese vestida de cabellos una cabeza que estaba tan desnuda de noticias, y que era más apetecible a los adornos». ¿No encontráis en esto último algo que os recuerda una de las más duras frases de Schopenhauer sobre las mujeres de «cabellos largos e ideas cortas?»

* * *

Me explico que Nervo haga frecuentes citas de Sor Juana. Escribe la monja tan sabrosamente; es tan vivaz y tan franca en su discurso, que aún cuando trata de cosas abstrusas y difíciles a la común comprensión, lo hace con especial donosura y peregrino razonamiento. Yo no sabría qué preferir, si sus prosas, o sus versos, aunque a los verdaderos poetas los tomo de una pieza.

La musa mexicana sintió su vocación poética desde muy temprano. Quiso desviarla de su cultura profana, Sor Philotea de la Cruz. Pero altas damas, amigas suyas, la alentaron y alabaron por sus aficiones. Hay en este libro una original «conversación con Sor Juana» en que Nervo, al fingir su interviú no pone en boca de aquélla más que palabras y declaraciones tomadas de escritos de la religiosa, y la ilusión literaria de la entrevista es

completa. ¿Puede Sor Juana ser llamada genial? «Para ser genial en su poesía (porque juzgada por su temperamento y por el conjunto de sus obras admirables, lo es), le faltó, quizá, añado yo, una pasión confesada y cantada: el amor». Tal dice el biógrafo; mas aunque no conozcamos el nombre de quien fué amado, y muy a lo humano, por ella, es el caso que entre las poesías que en este mismo libro se contienen reproducidas, se encuentran versos amatorios y apasionados. Y se revelan por lo menos ardorosas chispas de un fuego popocatepetlino, en conceptos como los siguientes:

Cuando fuera, amor, te oía,
no mereci de ti palma,
y hoy, que estás dentro del alma,
es resistir valentía.
Córrase, pues, tu porfía
de los triunfos que te gano,
pues cuando ocupas, tirano,
el alma sin resistillo,
tienes vencido el castillo
e invencible al castellano.

O este soneto:

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;

triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquéi, mi pundonor enojo,
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido, escojo
de quien no quiero ser violento empleo
que de quien no me quiere vil despojo.

O este otro:

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece, ingrato, lloro,
y al que me llora tierno no apetezco.

A quien más me desdora el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas desdoro;
desprecio al que enriquece mi tesoro,
y a quien le hace desprecios enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí ofendido
y a padecer de todos modos vengo.

Pues ambos atormentan mi sentido:
Aqueste con pedir lo que no tengo,
y aqueste en no tener lo que le pido.

Sabido es que cuando las monjas se ponen a hablar de amor, divino o humano, no hay Safos que las superen. Baste con recordar a la llameante Santa Teresa de Jesús y a la famosa religiosa

portuguesa, cuyas cartas son un breviario para rezar el oficio de Eros.

***

Sor Juana Inés no llega a tales exaltaciones, y bien puede calificarse su amor, como este libro, de casto y misterioso.

Nos hace conocer Nervo las relaciones que tuvieron Sor Juana Inés y la condesa de Paredes, «bella por todo extremo», y su admiradora. Trata de la facilidad poética de la monja, la cual le da coyuntura para decir muy oportunas verdades y discurrir *pro domo sua*. Interesará seguramente el capítulo sobre su humorismo, y otro sobre su teatro, las prohibiciones de estudiar, la crisis, fervor y penitencia de Sor Juana y su muerte. Siguen una «Vida» de la poetisa, copiada por Nervo de un manuscrito que está en la Biblioteca Real de Madrid, y un *bouquet* de poesías de Sor Juana. Esto se lo agradecerán los muchos lectores, tanto de España como de América, que no conocen sino las famosas redondillas, que empiezan:

«Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón...»

En resumen: un bello libro de un poeta excelente.

BALBINO DÁVALOS

LOS DIPLOMÁTICOS POETAS

La Embajada de México en Wáshington es propicia a las Piérides. Bastará con nombrar a los dos sacerdotes de ellas: el ex embajador señor Casasús y el primer secretario Balbino Dávalos, cuyo nombre suena como el comienzo de un verso horaciano. Balbino Dávalos, que estaba en Londres, ha venido a España a publicar un libro de versos. Ese libro de versos se titula *Las ofrendas*. Las ofrendas son: al ensueño y al amor; a la vida y al arte.

Dávalos es aún joven. Fué uno de los primeros iniciadores del movimiento de ideas estéticas que ha transformado al modo de pensar y de escribir, tanto en nuestra América como en España. Lo cual no obsta para que ocupe uno de los sillones de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Caso que ha pasado en Francia con más de un simbolista de la primera hora.

La cultura de este poeta es tan firme como variada. Conoce lenguas sabias y lenguas modernas. Posee un vocabulario rico y una airosa elegancia de composición. Es múltiple y, sin embargo, personal. Es clásico, es romántico, es parnasiano, es simbólico en veces, ha tenido el don de compren-

derlo todo y de verter su alma según la iniciación del instante.

Cuando va en el ímpetu del sacro caballo alado, algunas veces toma una flecha de su carcaj y la dispara según la enseñanza apolínea, contra algún pájaro de mal agüero. Ved la invocación de su último libro:

¡Oh soberana Musa
de la intuición artística!
Difunde tu eucarística
irradiación en mí;
niégales raptos líricos
a mis fugaces versos;
mas púlelos cual tersos
tallados de rubí.

Las grandes concepciones
aparta de mi métrica,
que, al fin, hacia la tétrica
Gehena todo va:
y la fatal catástrofe
de la postrer jornada
ni a la sublime Iliada
la muerte evitará.

En la desierta sala
de mi ideal vernáculo,
donde ningún cenáculo
su vano aplauso dé;
exento de los éxtasis
que el entusiasmo alcanza,
y ajeno a la esperanza
que suele infundir fe;

quiero, olvidado y solo,
buscar la inútil rima
que pulimenta y lima
la dulce ociosidad;
con arabescos frívolos
bordar sonoros huecos
donde encerrar los ecos
sin alma de esta edad.

No lamentéis, vulgares
censores sistemáticos,
la ausencia de dramáticos
tonos en mi canción:
sólo de razas úberas
las máquinas secretas
generan los poetas
de ardiente inspiración.

El águila de Zeus
que de las cumbres ávida
cortaba el aire impávida,
fija la vista al sol,
cansada ya, sin ímpetus,
dirígese al acaso
o sigue el lento paso
del tardo caracol.

Hoy reinan las cornejas
vivaces, prestas, útiles,
rehacias a los fútiles
delirios de ideal...
Al ruido de su jácara,
retén, alondra, el canto
y vocaliza el llanto
con música oriental.

Esto es hecho con amor y cuidado conforme con los ritos del Parnaso. Gautier, que era orfebre, y muy de veras, habría dado su aprobación al escrupuloso artífice mexicano.

Dávalos no pertenece al número de los desbordados. Para ir hacia lo perfecto hay que ir despacio. Sin pretender ser el hombre de un libro único, se previene con la parsimonia de Ovidio:

Qui modo Nasonis fuéramus quinque libelli;
Tres sumus: hoc illi proetulit auctor opus.
Ut jam nulla tibi non sit legisse voluptas,
At levior demtis poena duobus erit.

En este libro hay coleccionados versos de diferentes épocas. Y como en todos los poetas americanos de la generación pasada, suele verse la más o menos lejana influencia de los peninsulares que nos atraían y nos encantaban. Así, por ejemplo, en la primera poesía del volumen, escrita en 1880, creo ver una vaga reminiscencia becqueriana:

Los núbiles capullos de las flores
amanecieron a la luz abiertos;
con más melancolía canta el ave,
con más fulgores resplandece el cielo.

Algo también, como una luz muy viva
comienza a difundirse por mi pecho...
Se me alboroza el alma, y se me inunda
de singular y misterioso ensueño.

Súbito el aire aquiétase; reprime
su canto el ave; se detiene el tiempo;
sobre sus ejes se estremece el mundo,
tiembla mi corazón... Amor te siento.

Cuatro años mas tarde; en *Conchas y guijas,* se revelará una manera distinta, amor de lo labrado y pulido, preocupación melódica: pero antes, nos ha hecho ver el lírico enamorado, en *En la playa,* que ha visto pasar la fatal figura de Byron. Y el apasionado discreteo castellano aparece en *Transparencias.* En otras composiciones fragantes de juventud y llenas de la emoción de los años en que la vida es mas bella, no se oculta la predilección por el *clair-de-lune* y por el sollozo estremecido de la romanza:

Voy a partir... Cuando su luz primera
la aurora esparza en la extensión del cielo
el ágil potro en su veloz carrera
me alejará de mi nativo suelo.
Voy a partir...

Es el tiempo en que se desliza en todo corazón sentimental de nuestras Repúblicas hispanoamericanas la imagen, que ha de ser por mucho tiempo persistente, de la colombiana María, de Jorge Isaac. Mas la cultura de nuestro poeta, el amor del aún preponderante romanticismo va a todas partes. Así su vuelo no se detiene en un solo árbol de la vasta floresta. Y de un pino heiniano irá

a una encina huguesca, o a un roble del Romancero.

Desde entonces se demuestra la habilidad y la seguridad de su técnica, el dominio de los recursos métricos, el conocimiento de lo difícil del «oficio». Y entonces también comienza a sentirse en nuestro Continente un soplo del renacimiento lírico, y a señalarse la voluntad de la preocupación artística en el modo de escribir, tanto la prosa como el verso, Balbino Dávalos, es de los primeros, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, cada cual a su manera, van hacia Hugo, el uno al Hugo tonante, el otro a un Hugo ya mezclado con los parnasianos, como el de la capilla vegetal de las *Chansons des rues et des bois*. Mi *Azul* aparece en el puerto chileno de Valparaíso y hace escribir a don Juan Valera, dos de sus mejores «cartas americanas».

En el libro de Dávalos, de que hoy me ocupo, predominan la labor romántica, lo parnasiano luego, y la temperadora disciplina clásica. No hay que olvidar que sobre todo, en este noble espíritu, se manifiesta siempre el *scholar*.

En las ofrendas *A la vida*, muchas poesías no tienen fecha: pero se podría calcular cuándo fueron escritas, ya por los temas, ya por las maneras. Desde luego, la introducción de esta parte es bastante reciente, y posterior a la renovación del empleo en castellano del alejandrino pareado tan en uso desde hace tiempo entre franceses, portugueses e italianos.

Encontramos primero la silva, el soneto, la décima, el romance, el terceto ortodoxo. En estrofas que recuerdan a Jorge Manrique, lamenta la muerte de Campoamor. A veces sorprenden tales o cuales prosaísmos que se nos antojan, buscados como en los sonetos al maestro Justo Sierra, o a Manuel González, hijo. En sus días de hombre de mundo, ha tenido que pagar su tributo—hoy ya poco en uso—a los álbumes y abanicos. ¿Quién ha podido librarse de semejantes compromisos? Mas es ya tiempo de que por palabras rimadas del propio autor, sepamos de su arte poética.

Suelo escribir mis versos
raros de forma y fondo,
gracias a los esfuerzos
que bajo el arte escondo.

Escrupulosamente
busco el curioso efecto
de lo que mucha gente
juzga vulgar defecto.

En fina rima arrimo
vocablos caprichosos,
mas siempre los combino
en grupos sentenciosos.

Ahito de prosodias
y métricas exiguas
imbéciles custodias
de prácticas antiguas,

aligero la idea
de trabas y recatos,
y cuando culebrea
lírico el arrebato

cantan las asonancias
hábiles sinfonías;
bailan las consonancias
con las cacofonías.

Y si, a conciencia mía,
pervierto mis estancias
con la cursilería
de metáforas rancias

es porque, en forma y fondo,
suelo escribir mis versos
gracias a los esfuerzos
que bajo el arte escondo.

En verdad, puede uno convencerse al leer su libro, de que no hay nada de «raro» ni en fondo ni en forma en este poeta, que no por soñador deja de ser casi impecable. Él en alguna parte se llama decadente. Entre todos nuestros innovadores, yo mismo comprendido, no encuentro uno sólo que pueda calificarse de decadente en el sentido francés de la palabra. Aunque, no hay duda: ante el señor Peza, pongo por caso, Balbino Dávalos es un hereje, es un cismático.

Pues no de otro modo pueden escribirse versos como estos, a M. Stéphane Mallarmé:

En las tinieblas silenciosas
cruza callado el pensamiento,
viajero errante de tediosas
tebaidas negras. Va con lento

volar de tardas mariposas
dentro de un lóbrego elemento
donde se apaga hasta el lamento
con sumisiones pavorosas.

Contra lo eterno está el instante,
alma del tiempo; en las pavesas
chispa inmortal y fulgurante:

arde en un seno palpitante
y hasta las sombras más espesas
lanza el relámpago triunfante.

Claro como el cristal: no estamos a mil leguas del hermetismo de

M'introduire en ton histoire...

Balbino Dávalos gustaba de la palabra rara o poco usual, en ocasiones, de la alusión erudita. Y jamás pierde el aire de su castiza descendencia, así sea para cantar al mismo *Puovre Lelian.*

En *Odas nuevas* Dávalos ensaya cortar con un falso compás, de cuando en cuando, la música normal de la silva académica. Usa en otra parte del terceto monorrimo litúrgico, empleado también en inglés por Shakespeare, y que han renovado muchos poetas modernos y modernísimos en todas las literaturas:

La doncella está de duelo
recordando, sin consuelo
de la novia el blanco velo,
y al gentil enamorado
de semblante apasionado
que la había desdeñado...

En *Las rocas y en los árboles hablaron...* hay una honda sensación panteística que llega a nosotros como el eco de una música poeana; y en *Al aire libre*, ritmada en recordación del *Fumons philosophiquement... de Verlaine,* la ligereza de la *odeleta* se une a la *nonchalance* del errar a la ventura:

¡Oh tardes nubladas,
tardes incoloras
en que, fatigadas,
se arrastran las horas!

Por las avenidas
monótonamente
cruza en aburridas
hileras la gente...

¿Qué ideología predomina en obra tan variada y sujeta a tantas impresiones y sugestiones? Yo noto que la inquietud mental es la misma de todos los poetas de los últimos años. Habla, sí, un espíritu de serenidad que «ha leído todos los libros» y que sabe que la vida es triste. No oculta esta noble alma, su orgullo, que es su temple. Y explica, al final del tomo, la razón de su actividad, no

sin recordar el latín sonoro de su viejo amigo Horacio.

O, imitatores, servum pecus, ut Mihi saepe
Rilmn saepejocum vertri movere tumultus!

Mis versos van siendo viejos
y no han recorrido el mundo...
¡Cuántos otros jovenzuelos
les arrebatan el triunfo!

A más de un reciente engendro
he visto asomar el bulto
bajo ropas de mi género,
aunque no del mismo gusto.

Ya el gabán les viene estrecho,
no les alcanza ni al muslo,
o a mis lazos de arte nuevo
les desfiguran el nudo.

Pero como, sin esfuerzo,
les perdono tales hurtos,
pueden tener con el tiempo
mis pobres bienes por suyos.

Bien poco importárame ello
si, de esos cuartos, alguno
tocárale a un pordiosero
que necesite un mendrugo;

mas muy de malas me avengo
a que valgan mis escudos
gratos disfraces de Febos
a conocidos eunucos.

Sigue, pues, humilde almendro
de mi heredad, dando fruto;
la guardaré en el acervo
para entregarlo por junto.

Balbino Dávalos es un humanista; y el humanismo será siempre fuerza preciosa para los poetas. En las letras existen, como en todo, jerarquías y dignidades. Los excelentes jamás saldrán del límite de armonía que les impone su preeminencia. No importa todo lo demás. La caravana pasa...

FONTAURA XAVIER

Desde Dante, desde Quevedo—y ¿cuántos otros más, y más antes? — son muchos los portaliras que han sido diplomáticos. En lo moderno, la lista sería larguísima, distinguiéndose en esto, Inglaterra, España y, escuchad, hombres prácticos: el práctico país de los Estados Unidos. El asunto se presta a ser tratado con mayor extensión. Hoy me ocupo únicamente del diplomático poeta que representa dignamente al Brasil en las Repúblicas centroamericanas: Fontaura Xavier.

Conocíle en Río de Janeiro, cuando la reunión de la Segunda Conferencia Panamericana. Estaba en ese mundo intelectual brasilero, que con justicia enorgullecía ante los extranjeros al noble y alto embajador Nabuco. En el elemento oficial, fué de mis amigos más cercanos, en unión del gran novelista Graca Arahna y del activo, vibrante, cordial y armonioso Olavo Bilac. Fontaura Xavier, ocupaba a la sazón el puesto de Cónsul general en New-York, y había venido a acompañar al embajador, con ocasión de la Conferencia. Su larga residencia en la Unión, le daba especial puesto para atender debidamente a los huéspedes norteamericanos y tomar parte en los trabajos. Así le vimos en su puesto. El lírico cumplió también. Cuando llegaron los yanquis en barcos de acero,

y Root con ellos, Fontaura Xavier soltó, como un águila, su poema al Águila americana, que inspirara unos hexámetros míos con el mismo tema.

Afable, apuesto, ceremonioso como casi todos sus compatriotas cultos, el poeta tuvo mi inmediata simpatía. Después supe, y esto me encantó más, que el correcto funcionario e impecable diplomático, que ha prestado verdaderos servicios a su país, «foi, quando estudante, um rapaz endiabrado». El vizconde de Sao Boaventura, que es quien afirma tal cosa, no deja de agregar: «Espirituosa, mas temivelmente endiabrado. Como Joao de Deus é Joao Penha em Coimbra, deixou lenda, no Río de Janeiro, un San Paulo, neer Recife. Dehi por certo, o denominaren—no «poeta satánico»—, porem um seus esplendidos versos nada tem de luciferinos». Como dice también el mismo vizconde de Sao Boaventura, Fontoura Xavier, es un perfecto gentleman. Hay en él un cierto dandismo discreto, que le hace atrayente en la vida social. La última vez que le vi en New-York, a mi paso para Nicaragua, encontréle en su apartamento de uno de los principales hoteles de la *imperial* ciudad, con su traje de montar, pues acababa de dejar el caballo en que hace sus paseos por el Central Park. En el saloncito de descanso, tapizado apaciblemente, daban la nota brillante los lomos dorados de una Enciclopedia americana. Hablamos del Brasil, del poderoso y generoso espíritu de Joaquín Nabuco, de los países de la América Central, en donde le dije encontraría el sol y

los paisajes que le harían recordar los de la tierra natal, y aminorarían sus saudades. Y en el diplomático siempre se transparentaba el poeta. Su verbo es fácil, cálido, insinuante. No hay en él ninguna *morgue*. Cuando más, cierto aire anglosajón que explica la tan larga permanencia entre aquellas gentes del Norte. Fontaura Xavier ha llegado a compenetrarse de tal manera de la vida norteamericana, que su musa que aprendió a cantar «donde canta el sabiá» se expresa hoy con igual maestría en portugués que en inglés. Esta es una notable particularidad, pues el dominio del verso es el extremo de la posesión de un idioma.

* * *

Un pensador de la envergadura de Aníbal Falçâo, al tratar de las poesías de Fontaura, alaba en él, al par de su metrificación correctísima y de su estilo brillante, «una alta cualidad, a nuestro entender la más recomendable de cuantas posee: es la tendencia, el gran ardor social que se revela en sus poesías». No se crea por esto que se habla de un poeta socialista, en el actualísimo sentido de esta palabra. Antes bien, hay en la obra de Fontaura Xavier, amor a la Patria, sentimiento de libertad, «indignación en presencia de las miserias actuales, fuerte aspiración a un futuro mejor, en que la justicia será la ley y habrá desaparecido del mundo la vieja iniquidad». Hay que advertir que todo esto está escrito hace más de veinte años,

cuando el poeta era aún muy joven. De entonces acá las cosas han cambiado mucho, ha pasado mucha agua bajo los puentes, y el antiguo jacobinismo debe haber desteñido mucho de lo violento de su púrpura.

En la edición definitiva de *Opalas,* que es el libro principal de Fontaura Xavier, el vizconde de S. Boaventura estudia más detenidamente la personalidad del poeta. Por él sabemos que Fontaura fué de los primeros en el Brasil que rompiendo el estrecho ámbito de la poesía subjetiva, entonaron cantos viriles; de los primeros que abandonando el violín lloroso de las serenatas, empuñaron la tuba revolucionaria; que sacudiendo las languideces mórbidas del lirismo lamartiniano, imprimieron al verso los acentos de la musa vengadora:

Bardol, o cantar somente o collo nu aa amante
Nao diz co'a evoluçao do seculo gigante.

Más ¡qué queréis! Al leer las poesías de Fontaura Xavier, no puedo dejar de pensar que el poeta cívico con todo y que empuña la tuba sonora, cara a los oídos populares, no deja de pensar, latino y tropical, en el cuello desnudo de la amante... El poeta, naturalmente, sufrió la influencia del medio en que antaño aprendiera a volar su espíritu. El Brasil de entonces era una hoguera y aquel fuego moral calentaba a todo el mundo, sobre todo entre la juventud propensa a todos los bellos gestos y a todas las hermosas locuras. El

que admirara a Tiradentes, llamara «buena madre» a la justicia—casi siempre madrastra—estará imbuído de humanitarismo de la época; tendrá sus posturas de ateo; llamará al excelente emperador Don Pedro, ese cuerdo, «el regio saltimbanqui» *Il faut que jeneusse se passe.* Así el gran Machado de Aszisc, mi ilustre amigo de veneranda memoria, quiso alguna vez disculpar la violencia de Fontaura, y un incisivo y penetrante escritor, Urbano Duarte, decía después, que en el régimen republicano, Fontaura Xavier, en vez de escribir *O Regio Saltibanco,* escribiría *Os saltimbancos da República.*

A pesar de la opinión, por otra parte respetable, de un José de Patrocinio, o de un López Trovao, no dejo de encontrar excesivos, tan terribles, versos para el buen don Pedro.

Mas, apartando los versos de intención política, que nunca han sido de mi agrado, queda Fontaura Xavier, un poeta delicioso y un rimador exquisito, cuando trata cosas de ensueño, de amor y de galantería. En esto habría regocijado a Theodore de Banville, aun por la preferencia que da a algunos poemitas de forma fija, caros al prestigioso autor del *Petit Traité de Poesie Francaise.* En ello demuestra el poeta una flexibilidad encantadora y una *doigteé* que acredita su «virtuosidad». Es un parnasiano de la mejor ley. Y ha escrito de esas preciosas joyitas verbales que quedan en la memoria de las mujeres comprensivas, y que se repiten siempre con igual placer. De los *Opalas*

decía el argentino García Merou—otro diplomático poeta—que «son uno de los libros más sugestivos de la literatura brasileña contemporánea, la revelación más clara de un talento refinado y original». De manera que el talento de Fontaura Xavier, tiene la faz de la fuerza y la faz de la gracia. Ya veis que su *Aguila,* por ejemplo, es soberbia; ahora bien estará que veáis cómo, a una música graciosa, hace danzar las estrofas.

***

He aquí el *Brindis.* Asegúrase que en lengua portuguesa no hay una poesía más universalmente conocida. Ha sido traducida al inglés, al francés, al alemán, al español, al italiano. En inglés hay dos versiones, una del gran poeta yanqui Bliss Carman y otra por uno de los más famosos simbolistas ingleses, William Wastson. Vea la linda miniatura:

I

Eu bebo a manhan de amores,
Manhan em que os meus sapatos
E os teus mignons sapatinhos
(Os teus cobertos de flores,
Os meus cobertos de lama,
Lama e flores dos caminhos)
Encontraram-se juntinhos
Pisando na mesma grama.

II

E bebo á noite de amores
A'noite em que os meus sapatos
E os teus mignons sapatinhos
(Os teus cobertos de flores,
Os meus cobertos de lama,
Lama e flores dos caminhos)
Encontraram-se juntinhos
Debaixo da mesma cama.

El barvillismo elegante de Fontaura se ve en muchas de sus composiciones en que demuestra su maestría de manejador de rimas y de ritmos.

Saltem os clowns empoados
Batendo os guisos da rima.
Girinplaines sarapintados,
Soltem os clowns empoados.
Metros desarticulados
Pelo exercicio da esgrima,
Saltem os clowns empoados
Batendo os guisos da rima.

Su dominio del verso y de la rima, lo ha demostrado así mismo en inglés, lengua que como he dicho emplea como la suya propia, a punto de que, por sus poemas ingleses haya escrito un crítico como Aldrich en el *Evening Post:* «Mister Henry James once charascterised Alphonse Daudet as a *great litle novelist*. Mr. Fontaura Xavier is a great litte poet. The brevity of his poems, for he wrote

nothinh de *longue haleine* would place him among the minor singero; his worhimanship places him among the masters». Véanse los siguientes versos, *Babys toast*—Fontaura es felicísimo en los brindis—y se admirará el dominio del idioma y el *tour de force* monorítmico. Esta poesía fué publicada en el *Boolkman* de New-York.

Some day
Not far away,
I hope, I may
Shout, merry
And gay
Day:
«Here is to day
That'e the birlhday
Of my queeuly Fairy
Godma,
Hurrah!»
And as I vay
So, merry
And gay
I will change and fray,
In the some way,
In this very
Day:
«My Lord, I pray,
Give my queenby Fairy
Many happy returns of the day»
And then-Hurrah!
I will have my way
To shent as I say,
In the sawe way,
In this very day:
«Here is to Godma

Long live Godma
Three cherrs for Godma:
Hurrah!
Hurrah!
Hurrah!»

Su libro *Ofalas* es un libro de elegancia y armonía, y que demuestra lo inútil y lo inconsistente de las modas literarias. Escrito en su mayor parte antes de la aparición de las modernísimas corrientes estéticas, que con tanto acierto ha estudiado en su país Elysio de Carvalho, se lee hoy con igual placer que cuando apareció por la primera vez. Es que la forma y la manera valen por lo que les hace encerrar el poder creador del poeta, por lo que viene de adentro, de lo hondo del alma. En el verdadero creador, prevalece, la voluntad de eternidad. Por esto es que Luciano de Samosata, Píndaro, el Arcipreste de Hita, Villon, Heine y tantos otros, en el plano superior del Arte, serán por siempre contemporáneos.

Goce mi amigo Fontaura de la tierra de Centro América, y haga muy buenos tratados y muy buenos versos.

SANTIAGO ARGÜELLO

Me es difícil comprender cómo se juntan en carácter tan singular las dotes activas del político unidas a las dotes intelectuales de hombre pensante. Cosas que hemos tenido en Sarmiento y Mitre en la Argentina, y Lerdo de Tejada en México. Desde luego, jamás se había encontrado en Nicaragua un hombre como este doctor Argüello, que pudiera juntar todas las simpatías y todas las comunidades que dan lugar a tantas cruzadas de pensamientos y de sentidos nacionales. Yo, que vivo alejado, que no he tenido tiempo de examinar la acción de su política, sé por eminentes compatriotas que este hombre, en su vida oficial, sólo ha procurado el despertamiento y florecimiento de todas las simientes de grandeza moral y material, allá en la lejana tierra de Nicaragua. Este hombre, sin partidos estrechos y sin luchas, sin egoísmos y sin máculas, es como el corazón de Nicaragua.

Sobre los caracteres de la política, él ha sido como una rosa de dignidad abierta a todas las voces de la libertad. Y hoy, naturalmente, es como una bandera blanca que flota sobre el trémulo y dolorido seno de la Patria. Yo, que quiero el progreso de mi tierra pequeña, pero vibrante y admirable, deseo en la dirección de nuestros destinos nacionales a hombres como el doctor Argüello,

que viven aferrados al ideal de empujar los instantes de progreso y cultura bajo un Gobierno que conserve el orden y, al mismo tiempo, que recuerde el vuelo de nuestra águila libre, de esa águila que sabrá siempre defenderse de no importa qué fuerza que la ataque.

Réstame hablar del poeta. Pero ¿quién ignora lo que es en la vida de Nicaragua y en los dominios del Arte en América el nombre de Santiago Argüello? Todos sabemos de sus eminencias líricas, de sus ardores y fragores en los campos apolíneos, y de la dulce tibieza de sus enredaderas de jazmines.

Es un productor de belleza; un sembrador de orquídeas; en una palabra, ¡un corazón! Lleno está de supremas notas, de supremas músicas, de resplandecientes gemas su aduar de poeta. Ha dado a la lira de América momentos tan felices, que serán por siempre gratos a la fama. Y últimamente en su producción de seda admirable, con mucho calor de patria y profético don, ha dado uno de los más vigorosos y mentales vuelos. Me refiero a su poema *Llego en el instante de las profecías.* En verdad os digo que fué grande ese sublime instante. De ese instante supremo para la lira de Argüello mana una dulcedumbre verde, cordial y cara, que acaricia la noble frente del poeta. Oíd una estrofa de ese canto:

¡Temblad, sueltos rebaños!
Ya el lobo de los ímpetus huraños
tiñó su belfo en sangre de pastor.

¡Tiemblen vuestras lujurias salomónicas,
pueblos dormidos, hijos del Señor!
¡Ya está roja en las fraguas babilónicas
la argolla de Nabucodonosor!

El nombre de Santiago Argüello ya ha alcanzado brillantez internacional. ¡Siga el autor de *La vida en mí* y de otros tantos libros adorables, cultivando y sembrando, para bien de todos, esas bellas orquídeas de luz y esas raras esmeraldas de Dios, por los campos de la poesía, que hace tan amable el camino que conduce a la gloria!

FABIO FIALLO

En mis artículos sobre letras de Hispano América, me he ocupado en varias ocasiones de la producción dominicana. La isla preferida por Colón ha sido fecunda en talentos. Tiene brillo y vitalidad por su sol del cielo tropical y por su sol interior. Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa. Actualmente, desde el egregio don Federico Henríquez y Carvajal, el amigo de Martí, que recibiera la última carta del Héroe, hasta los más recientes benjamines, la literatura dominicana está dignamente representada en el acerbo castellano. La Argentina conoce al valiente y atildado Américo Lugo. Ya he hablado en *La Nación* de otros meritorios. Hoy me complazco en tratar de uno de los más exquisitos, finos y nobles espíritus que decoran la riqueza mental y moral del ramillete de islas de las Antillas: Fabio Fiallo.

Conocí el valor de Fabio Fiallo por una página casi poemática en que se refería a uno de sus libros uno de los primeros escritores de Hispano América, el admirable venezolano Díaz Rodríguez. Concluía aquella página sutil y delicada, que hubiera querido reproducir toda: «El poeta continúa bajando con la aurora, de lo alto de la colina que está en la parte de Oriente, en la hostil región de

los «ismos». Canta, y sus canciones breves parten hacia el éter sedientas de azur, como abejas de oro. Aun cuando hablan de dolor, cuelgan estalactitas de miel en las asperezas de la ruta. De las canciones, apenas oyen los «ismos», un rumor apagado que despierta en ellos, como un eco, blasfemias y envidias. Luego, se oyen distintamente algunas palabras. Luego, versos y estrofas. Por último, el Poeta llega y dice con suma sencillez: «Cantaba el Ruiseñor»; y la turba enmudece.

Fabio Fiallo, en efecto, ha sido de esos poetas. Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El «deus» para él no tiene que ver con escuelas ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra, sin que exista la parentela zorrillesca. En sus versos como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta. Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. Ni en sus prosas ni en sus estrofas deja de ser sencillamente pulcro y sentimentalmente elegante. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón.

Personalmente es una figura interesante. Es un caballero, un hidalgo arcaico, que voluntariamente y por gracia de su temperamento, quiere ignorar las bajezas y miserias de la vida contemporánea. Su fondo de gentil hombre está intacto e impolu-

to, y su dignidad y bondad ingénitas dominan los más crespos y peligrosos caracteres. En cuanto al amor y la galantería, es un apasionado antiguo.

Cree firmemente en el patriotismo, en la amistad, en la generosidad. Ante el hecho de un mal hombre se asombra más que se irrita. Su intachable consecuencia es probada y conocida en política, en relaciones sociales, en simpatías intelectuales. No es el sereno y frío gentleman, antes bien el cordial y abierto y fraterno latino, o mejor, el criollo sensitivo y sincero, con mucho de la dignidad gentilicia, herencia de los abuelos españoles.

¿Y el poeta?

Vais a ver algo de él.

* * *

Allá en la imperial New-York... de hierro, junto a los edificios babélicos y las oficinas de negocios, por Broaway o por Wall Street, adonde le llevaron sus funciones diplomáticas, Fabio y yo, entre el horror de la ciudad comercial, hablábamos de arte, de belleza, de poesía, viendo aún poesía, belleza y arte aún en el trabajo y tráfagos de aquellos cíclopes. Y luego, en mi cuarto del Astor, o en nuestras sobremesas del Delmónico o en el Restaurante Martín, oía yo recitar a mi amigo, a mi buen amigo, sus versos de patria o de amor, de amor sobre todo, pues, «a pesar del tiempo terco», guarda un frescor de ilusiones y una sana

virtud de emoción que es hoy raro encontrar aún en los más petulantes efebos que se atreven, con todo y sus prematuras fatigas y pesimismos, a madrigalizar. Y al oírle, yo pensaba no en nuestros maestros del simbolismo, en nuestros *mauvais maîtres,* Verlaine y demás, harto perseguidos por los nuevos; sino en los Bécquer y los Heine de antaño, dolorosos y amargados, cisnes muertos de pena amorosa:

Deslumbradora de hermosura y gracia
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambres de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
¡ay, todos menos yo!

Canta al amor que llega: hace que la naturaleza misma se unifique con la hermosura de la mujer amada. Tiene ternuras y congojas inusadas, que parecen notas arrancadas al arpa que se veía en el ángulo oscuro del salón o a los laúdes inmemoriales. Así se adoraba antes; así ama todavía el lírico que conserva granos de los pretéritos inciensos, de las pasadas mirras—¡las en forma de

lágrimas!—y que los quema fervoroso siempre junto al altar del ídolo, del femenino eterno.

Y he ahí al melodioso pájaro de la noche y de la luna que da nombre al libro que acabo de leer y que inspirará la prosa musical de Díaz Rodríguez. Fiallo canta un pleniludio, al recordar los versos de una dulce musa cubana, Dulce María Borrero:

«Fué un suave rozar de labios
sobre sedosos cabellos.»

Y dice el poeta:

Por la verde alameda, silenciosos,
ibamos ella y yo;
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Y la dije... no sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...
En el éter detúbose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó:

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?
Guarda ¡oh luna! el secreto de mi alma,
¡cállalo, ruiseñor!

Ello tiene una rara reminiscencia germánica, un eco de *lied* que aún pasado por Sevilla guarda su

melancolía original. Mas la inspiración inmediata ha sido calentada por un fuego del trópico. De tal guesa en las poesías *Astronomía, Rosas y Lirios* y otras. Mas la descendencia castiza se advierte de pronto, brota en sonoridades tradicionales como en estas estrofas tan ortodoxas en que apenas disuena tal o cuál epíteto de modernidad:

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.
Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante,
con fragancia de azahar.
Luego, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.
Mirándola así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración,
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

Hay en el fondo y aún en la expresión de todas las poesías de Fabio Fiallo, como en los homenajes amorosos de ciertos caballeros legendarios, una gran castidad: no la castidad cerebral poeana,

sino una como religiosa y cordial. Él piensa en veces en «las leyendas de viejos castillos»,

con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella,
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...

A través de varios cortos poemas se transparenta una historia sentimental, cierta, vivida, sufrida. Se entrevén odios, recelos, enemigos, horas solitarias de padecimientos. Asuntos de terribles políticas, llevan a la prisión a ese amable y sensible rimador de eróticas querellas, y desde su celda ha de seguir cantando a las damas hermosas:

Princesitas del mágico ensueño,
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas,
cada día bajáis al Ozama...

¿Hay varias pasiones, varias amadas? Es posible, tratándose, sobre todo, de un poeta. Pero una sobre todas, aparece flagrante y ardiente en la parte del volumen que se titula *Tristezas de un amanecer*. Allí se habla de un nombre que nunca se dice en alta voz, de una dulce victimaria, de «la amada querida y eterna, la novia del alma», de una saeta mortal, de una noche de fiesta en que

estallan los más candentes celos, de una faz tan pálida, «que entre los muertos mismos honda impresión causara», «de cierta alegría impúdica», de una mujer fatal y engañosa, mujer, de una mujer, en fin, cuyo recuerdo emponzoña la memoria del que la recuerda...

La parte que se llama *Flores del Sendero* es de elegancias y declaraciones galantes. Allí se demuestran naturales y claras simpatías. Traduce a Musset, se expresa madrigalizador y romántico. Y en lo último del libro un final autumnal, una blanda y resignada tristeza, todo siempre bajo el vuelo de la armonía.

Pocas veces he escrito sobre un poeta con tanto placer como ahora. Yo amo las almas de perla y los tratos de seda.

LUIS BONAFOUX

Las apariencias: Luis Bonafoux, hombre terrible... La realidad: Luis Bonafoux, hombre suave y cordial... Quien dice el hombre dice el escritor. Porque convenceos de que la frase de Bouffon—que generalmente se cita mal—se debe entender al revés: el hombre es el estilo. Por lo general, en lo físico, se observa que las personas robustas, los colosos, los hércules, los fuertes son de carácter dulce y más propensos a la alegría que al humor agrio y melancólico. En lo moral sucede lo mismo: guardaos de las almas flacas, de las almas pálidas. Luis Bonafoux es un amante de la justicia, y su pasión le ha llevado a veces hasta la crueldad. Y ese vociferador, ese combatiente, ese perseguidor, ese «maitre aux injures» que aparecerá en veces como un espíritu tendente al odio y a las más ásperas venganzas, tiene en el fondo desmayos de caridad, aflicciones de altruísmo, consagraciones de sacrificios, ímpetus de ternura que parecerían increíbles. Cuando le oigo en ocasiones, o cuando leo algunas de sus ácidas páginas que terminan generalmente en un suspiro, en una sonrisa o en una lágrima, recuerdo aquella admirable figura de abuelo gruñón y tan sensible, que encarnó Hugo en el M. Guillenormand de *Los Miserables*. O, en lo contemporáneo y de carne y hueso, evoco la

memoria de una Luisa Michel o el aspecto de un Rochefort, de un Malatesta o de un León Bloy, plumas furiosas por exceso de amor, cada cual en su ambiente de ideas, o en su ráfaga de aspiraciones.

DULCE MARÍA BORRERO DE LUJÁN

UNA POETISA CUBANA

En Berlín—puesto que los editores hispano americanos siguen siendo no mirlos sino cuervos blancos—ha aparecido un volumen de poesías de la señora Dulce María Borrero de Luján, posiblemente, la mejor dotada de intensidad y de lirismo entre las «musas» de la isla de Cuba. Hablo de las actuales, pues en lo pasado se yergue bravamente una doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, que conmovió las Españas, y Juana Borrero, la admirable. ¿Y no existe actualmente otra benemérita del Parnaso, que se llama doña Aurelia Castillo de González? La vibrante Dulce María es de la familia espiritual de la Desbordes-Balmore; y canta las horas de su vida, románticamente, amando a la antigua—porque ¡ay! la vida moderna ha llegado hasta transformar antes de destruir, el concepto arraigado del amor—y escribiendo, se diría, entre suspiro y suspiro, como la fracmentaria y rítmica leyenda de una desilusión demasiado triste, por ser demasiado humana y femenina.

Un poeta galante cual los que antaño eran caballerescos y soñadores—indico a Fabio Fiallo—, simboliza en los siguientes versos, que son un ho-

menaje, la obra sentida y sentimental de la poetisa:

Sobre la esbelta mole de granito
Que alegre arrulla el mar
Con su canción romántica de espumas,
Se alza el noble castillo señorial.

Blasón del arte, arranca, en alabastro
Que humilla con su albura al azahar
La escalinata que al genial vestíbulo
Suntuoso acceso da.

Torpe yedra, contraste de la albura
Nació bajo las gradas del portal.
Y allí vive tranquila, que el Olvido
Tiene también a veces su piedad.

Las Horas de tu Vida ¡oh, dulce Dulce!
Son como un alto alcázar señorial,
Donde, atraídos por la fina magia
Del hospedaje, míranse llegar.

Para rendirte su tropel de rimas,
Para ofrecerte su creación audaz,
Un bardo melancólico: ¡el Ensueño!
Y un artista sublime: ¡el Ideal!

Del verso humilde, que a dejar me atrevo
En las marmóreas gradas del portal
Por complacer tu insinuación amable,
Mañana, ¿qué será?

Será la oscura y afrentosa yedra
Que a veces el Olvido, en su piedad,
Deja vivir bajo las ricas gradas
Del soberbio castillo señorial.

He dicho que Dulce María es romántica: ello se advierte en casi todo lo que en su libro se contiene. No se expresa sino de manera tradicional, tal vez no por falta de poder imaginativo y verbal, sino por una especie de pasividad ante el modo de decir amores y penas en musas ancestrales.

Sus imágenes son usuales, sus fórmulas son conocidas: lo que brilla es el diamante personal, o, mejor dicho, en este caso, la lágrima.

Repito: escribe a suspiros; «suspirillos», diría el ya olvidado Núñez de Arce.

Ya dice:

Ansío besar tus ojos
Cuando están llenos de lágrimas,
Para enduizar con mis besos
El amargor de tu alma.

Y otras veces, si la risa
Agita sobre tus labios
Sus alas, en sangre tintas,
Para amargar tu alegría,
En ellos mi acerbo llanto
Verter quisiera, alma mía.

Ya dice:

Como sierpe venenosa
Entre flores escondida,
Bajo mi risa dichosa,
Se esconde la pena mía.

Es una sencillez que se expresa como en el cantar popular, o en la reminiscencia del comprensivo

poeta favorito. Hay mucha tristeza en esta dama. La primera parte de las poesías se titula *Gotas de llanto*, y está dedicada al poeta colombiano Julio Flores, dolorosísimo citarero... Las otras partes no están menos llenas de amarguras. En verdad, se comprende que quien así escribe haya sufrido mucho. Otra particularidad del libro es el especial tono amoroso. Confirmaríase en este caso la teoría de Gourmond, de que la poesía en las mujeres sirve para la expresión de estados sensuales. Mas la causa fisiológica de la obra de arte se halla también en el hombre, llámese Hugo, Verlaine o Rodín.

Dulce María, con todo, es tímida, y no se encuentra en ella la valentía de una Valentine de Saint-Point, de una Burnat-Provins o de la genial uruguaya Delmira Agustini. Dulce María, hija del Trópico, ama y canta tropicalmente, pero siempre al influjo de un sentimentalismo a la española. De España también son sus comparaciones fúnebres, sus ternuras lúgubres, sus ecos de petenera o de «soleá». Y de Cuba el Sol, la sonoridad de caracol marino de ciertas estrofas, la voluptuosidad lánguida de otras.

Alejada de toda presunción de «preciosa», o de «femme savante», Dulce María ha ritmado su vida, de horas armoniosas y dolorosas, mas teniendo siempre como consuelo el amor, en lo inmediato o en el recuerdo, y el arte, que es aliento y luz y miel del mundo.

JORGE CASTRO FERNÁNDEZ

REQUIESCAT

I

No es el viejo verso griego que habla de los que mueren jóvenes, lo que hoy traigo a mi memoria; sino la ley misteriosa y oculta del karma búdico, con toda su profunda fatalidad. Siempre que vemos desaparecer los seres brillantes y fuertes, siempre que nos abisma la noche de la tumba al derramar sus tinieblas sobre algún espíritu que empieza a resplandecer—el eclipse en el orto—, nos sentimos sobrecogidos. Los que creemos en algo, temblamos con harta justicia: de continuo el negro sagitario tiene el arco puesto en comba, y apunta a nuestro costado la implacable y certera flecha. ¡Lívido espanto! ¡Horror del desconocido sueño! El Jehová de la Biblia habla al trágico Job y le dice: «¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte y has visto las puertas de la sombra de la muerte?»

II

No hace mucho tiempo conocí a Jorge Castro Fernández, raro espíritu que tenía todos los entu-

siasmos y generosidades de la juventud, y ninguna nube negra en el cielo azul de su vida. Nacido en Costa Rica, hijo de un ilustre patricio, había estudiado largo tiempo en las Universidades de los Estados Unidos y Europa, donde adquirió una carrera. Volvió a su país. Entró en el servicio diplomático. En Guatemala, le hemos visto de secretario de la Legación que presidía su egregio padre. Retornó a su país. Luego—¡esto ha sido un soplo!—fué a Panamá y murió.

Yo le lloro porque le amé mucho y fué mi amigo; porque nuestras almas se juntaron en la adoración de unos mismos ideales; porque pude conocer la limpidez, y el resplandor y el vuelo de aquella inteligencia, y la sanidad, frescura y nobleza de aquel hermoso y bravo corazón. Era un alma del más bello oriente. Apasionado y soñador, tenía algo de apóstol y de poeta. En Francia oyó a Renán; en Suiza se incorporó a su valiente y ardorosa juventud. Idealista convencido, fué amigo de estos tres escritores y propagandistas, quizá visionarios, tal vez perseguidores de la verdad: la baronesa Adelma de Vay, Sinnet y Papus. ¿Quién puede asegurar bajo el sol que es dueño de la luz?

Partidario de esas poderosas doctrinas que hoy sostienen la mayor parte de la juventud europea—el consorcio íntimo de la ciencia y de la religión, el estudio de la naturaleza, la perfectibilidad progresiva del ser humano—, Jorge tuvo a veces que sufrir los juicios duros o burlones de los que, apoyados en su ignorancia o en el escepticismo,

combatían sus teorías y principios. La afición de Jorge a los estudios filosóficos y teosóficos fué fomentada en Europa principalmente, por sus tres ilustres amigos que he nombrado arriba.

Estos países pequeños de la América Central, no eran por cierto centro adecuado para un hombre como el que hoy lamento. Hombre joven, vivaz, lleno de aspiraciones, ilustrado, ardiente, decidido, no podía hallar aire para su vuelo sobre nuestros fangales políticos de liliputienses y de mercantilismo estrecho, en medio de una eterna y cerrada opacidad intelectual.

Era abogado; ¡aquel pensador! Conocía la tierra dura y seca sobre que caminaba; mas sus alientos espirituales le libraban de las espinas de su tierra, y le llevaban muy arriba, siempre arriba, sobre el amor de los astros: en sus contemplaciones hallaba una dulce y consoladora serenidad. Ha muerto.

Tengo la seguridad de que al morir no ha sentido la separación de su planeta. Su fe y su ciencia, le ofrecen una apoteosis y un triunfo, en lo que para casi todos los mortales es misterio, sombra, nada.

Ha muerto en los brazos de su amigo íntimo Eloy Alfaro. El alma heroica ha visto partir al alma lírica y triunfal del joven soñador.

III

Descansa, hermano, en la tierra.

Descansa en los brazos de la maternal y fecunda Demeter.

Descansa de los huracanes de la vida.

Descansa de la envidia, de los humanos odios, de las calumnias que atisban y hieren.

Descansa de la sangre y del oro.

Descansa de las injusticias y de las tiranías.

Descansa de las infamias y de las negruras del mundo.

Descansa en paz.

CARLOS REYLES

«LA MUERTE DEL CISNE»

Aquella voz antigua que anunciara en las costas griegas la muerte de Pan, parece que estaba muy mal informada, pues Pan siguió bien vivo y ha prolongado su existencia hasta nuestros días, aunque con aspectos distintos.

El notable escritor uruguayo don Carlos Reyles proclama ahora, con una bocina de oro americano, a menos que fuese inglés, la muerte del Cisne, «la agonía de lo divino». Felizmente, según tengo entendido, el Cisne goza de buena salud. Más aún: su vida está sostenida por la misma fuerza, tan alabada, y boga sobre lagos dorados. Más aún: si el Cisne no existiera, el señor Reyles mismo no se preocuparía en publicar su bien escrito libro. No veo en él, a pesar de las apariencias, a un matador de cisnes. Ya sabemos que el único especialista en la materia, es el doctor Tribulat Bonhomet, por voluntad del milagroso Villiers de l'Isle Adam.

Es esta, seguramente, la mejor obra del señor Reyles, y ella demuestra la virtud de un vigoroso cerebro, una vasta lectura, y la simpatía por más de una doctrina demoledora del penúltimo momento. No elogiaré la intención del poeticida, aunque me plazca la arquitectura de sus construcciones.

El volumen está dividido en tres partes: Ideología de la Fuerza, Metafísica del Oro, la Flor Latina y una Conclusión.

La metafísica del Oro es quizá el más bello capítulo. Se ve que el autor está en su elemento. Yo antaño canté la «Canción del Oro»; mi himno no quedaría mal junto a las nutridas y armónicas tiradas del opulento prosista. Después del «Conte de l'Or y du Silence», de Gustave Khan, no he leído apología mammónica superior a la del escritor oriental. En Gustave Khan se transparenta el israelita, en el señor Reyles el hombre de acción y de combinación, el que ha aprendido de modo experimental lo que producen el esfuerzo sostenido y el capital bien manejado. Su obra tiende, pues, a dejar como postulado indiscutible, la omnipotencia de la fuerza y la fuerza de la finanza, llegando su condescendencia hasta nombrar lo divino a propósito del dinero—con lo cual se equipara nada menos que al tonante Bloy, al «Mendigo ingrato», de fama subterránea—. En conclusión, todos los viejos laureles, según el autor, están cortados. «La renuncia del espíritu como lazarillo de la vida es inminente. La humanidad ha perdido la confianza de su mentor. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta a los ojos de los más cándidos como una vejiga desinflada. Perdida la fe y llenos de incertidumbres los mismos pueblos que adoraron de rodillas a la razón razonante, se alejan de ella y se pierden en las sombras del escepticismo, sin volver la cabeza

ni oír el tantán lejano de las campanas espirituales repicando en los templos desiertos. Francia, Italia, España, Portugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido la idea al hecho, la palabra al acto, la razón mística a la razón física, para no reconocer en secreto que el lírico bagaje de ayer es hoy una pesada impedimenta. No sólo no incita a obrar, sino que impide obrar. El pasado les pertenece, pero no el futuro, si no arrojan lejos de sí el muerto laurel y se coronan de frescos pámpanos para merecer de nuevo los favores de la vida. Ante ésta, por no haber reconocido todavía que «la Fuerza es el elemento divino del Universo, como el oro es el elemento divino de las sociedades», prorrumpen aquellas naciones en el profundo «yo pequé» en que terminar suelen las agitaciones de los delicados y los idealistas, cuando son sinceros y clarividentes como Renán.»

La muerte del Cisne no es un libro muy consolador que digamos, para los que aún guardan los nobles y azulados ideales de antaño, para los que tengan como fin absoluto lo utilitario y lo práctico. Hablando de ciertas influencias espirituales, dice el señor Reyles: «Con todos los respetos debidos a los títulos del alma, pero de un modo franco y resuelto, convendría preguntarse si tal cosa no es una verdadera monstruosidad en las sociedades del presente, donde las relaciones de los hombres son y, no pueden menos de ser, relaciones pecuniarias. Quizá urge confesarse una

vez por todas, que nuestro ambiente, nuestro mundo, no es el de la inteligencia, sino el de la voluntad, disfrazada hoy con las múltiples máscaras de las actividades mercantiles, como ayer con los antifaces del heroísmo, o de santidad.» El volumen en que me ocupo será bastante desolante para algunos espíritus que juzgan que no sólo de eso vive el hombre. Felizmente, que uno puede volver a leer *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, o *El pájaro azul*, de Maeterlinck.

Después de todo, el Cisne no ha muerto, pues si eso fuera verdad, el eminente uruguayo firmaría solamente cheques y no libros.

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA

UN SUICIDIO ROMÁNTICO. (1)

En Siracusa, Grecia.

Era José María Vargas Vila un joven colombiano, de gran talento, al cual obligaron a salir de su país las cosas de la política. Pertenecía al partido liberal. Liberal colombiano, vale decir rojo al blanco. Sabido es cómo en aquel bello país hierven los hombres al fuego de los partidos.

Si son conservadores, se acorazan de tradición, viven del pasado, no transigen. Si son liberales, van hasta aquella platónica constitución de Río Negro, que hizo escribir a Víctor Hugo una de sus sonoras cartas internacionales: Un saludo a los ciudadanos del país de Utopía.

Suben al Poder los liberales, los conservadores de valía parten; ascienden los conservadores, los liberales de valía huyen. ¿La revolución es iminente siempre? Así parece. Los liberales, en los últimos tiempos, después de la muerte del doctor Nú-

(1) Estando Darío en Buenos Aires, llegó a dicha ciudad la noticia del suicidio de Vargas Vila. Guiado siempre por la nobleza de su corazón, escribió nuestro poeta esta crónica, que damos como una curiosidad, puesto que felizmente la noticia era infundada. Vargas Vila ha sobrevivido al autor de su necrología.

ñez, han intentado repetidas veces reconquistar el Gobierno de la nación. Las tentavivas han fracasado. Y el mundo está regado de emigrados liberales colombianos. Hombres de pensamiento y de acción, audaces, vibrantes; ilustres como Santiago Pérez, como el poeta Conto, que murió en Guatemala; brillantes y vivaces como José María Vargas Vila.

Éste, un corazón llameante y una mente violenta. Había nacido con dotes de verdadero artista, pero la política se las vició, cosa que en aquellos países latinos del Norte de América sucede con mucha frecuencia.

En vida de luchas de intereses civiles, mal podía consagrarse el arte puro y soberano.

Hugo, que tanto mal ha hecho con la atracción de su abismo, le poseyó. Vargas Vila hugueaba ¡ay! hermosamente. Tenía su pequeño Tabor; clamaba contra los tiranos, especialmente contra dos poetas que él calificaba como a dos crueles y terribles Nerones: Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

Enemigo mío fué aquel hombre de tanto talento, porque hice una visita, en su retiro de Cartagena, al Presidente Núñez, y éste tuvo a bien ofrecerme, «por no haber vacante en el Cuerpo diplomático», el Consulado general de Colombia en Buenos Aires.

Yo admiro al poeta fuerte y viejo: Vargas Vila aborrecía a su enemigo político. Y Vargas Vila me hirió injusta y duramente sin saber que, para

mí, todos los Presidentes, todas las políticas, todas las patrias, no valen uno solo de los rayos del arte, prodigioso y divino.

En la emigración produjo dos libros: *Los providenciales*—que tuvieron origen en los Presidentes en el destierro, cuyo primer capítulo se publicó en la *Revista Ilustrada,* de Nueva York—y *Copos de espuma,* cuentos, según tengo entendido, y pequeños poemas en prosa. En el primero, trata de los varios tiranos americanos que han montepinizado nuestra historia.

Emplea ese estilo a lingotes que Hugo empleaba, ladrillo de oro y hierro de sus construcciones.

La sugestión llega a tal punto en Vargas Vila, que hay fragmentos de páginas suyas que podrían intercalarse buenamente en la obra del poeta. Aquellos admirables revoltillos de historia o de mitología, que Renouvier ha analizado y hecho notar en la obra de Hugo; aquellas metáforas inauditas y antítesis peregrinas, el mecanismo, la manera hugueana, los encontraréis en *Los providenciales* y en todos los escritos políticos del malogrado colombiano.

Algunos cuentos de *Copos de espuma,* publicados por revistas de Nueva York, México y Colombia, dan a entender que en sus recientes producciones tenía la obsesión de los «nuevos», a quienes atacara tan apasionadamente él también; y a pesar suyo era uno de los «nuevos»...

Peregrinaba como la mayor parte de sus compañeros de partido, casi todos dotados del don de

sus letras: en cada colombiano hay un literato que dormita.

Permaneció en Nueva York algún tiempo; luego hizo un viaje a Europa: después de la última tentativa revolucionaria que se descubrió en Colombia, volvió a los Estados Unidos a continuar su campaña periodística contra el Presidente Caro.

Pero en aquel hombre de política había un romántico; se revelaba en sus gestos de estilo, en su pose profética, en sus predicaciones y clamores. Su liberalismo, muy siglo XVIII, estalló en Roma en una serie de impresiones llenas de rasgos bellos, de declamaciones y de sonantes epifodemas.

Nueva edición de Jesucristo en el Vaticano. A veces he pensado que había mucho en Vargas Vila del iluminado chileno Bilbao; y quizá fijándose un poco en ambos casos, se encontraría la sospechada relación.

De Nueva York vuelve a dirigirse a Europa; había pensado en escribir otro libro: *Helénicas:* partió para Grecia. Estad seguros de que, si hubiera retardado su viaje, estaría ahora en Creta luchando al lado de los griegos. ¡Dioses! ¡Renovar a Byrón! ¿Creeis que sería para él poca cosa? Habría, sí, corrido a ofrecerse, visionario, víctima propiciatoria, en aras de su sueño; pues quien comprendió la locura del amor, comprendía la locura de la gloria.

Y he aquí cómo comprendió la locura del amor.

Después de permanecer algún tiempo en Atenas, pasó a Siracusa. Una noche conoció a una

joven artista, griega, muy bella y de un carácter extraño y caprichoso.

Se aman; el *Collage* viene fatalmente, y en los brazos divinos de su querida, el colombiano se llena de la locura del amor.

Más de un mes habían pasado en una quinta de la artista, en una vida sublimemente furiosa de sueños y besos, cuando una mañana fueron encontrados, abrazados, muertos, en una de las alamedas de la villa.

Vargas Vila dejó escrito en su cartera algo en francés, encabezado por una frase de Ninón de Lenclos. Este suicidio de los amantes, igual en un todo al del príncipe Rodolfo, pone a la memoria del poeta una rosada gloria.

¡Amable enemigo mío! Como en la tumba de la «Aphrodita» de Pierre Louis, pondría un conmemorativo y sonoro epigrama, en un griego de Nacianzo; y dejaría para ti y para tu bella desconocida—¡así, tendría a Venus propicia!—¡rosas, rosas, muchas rosas!

LOS BORRERO

FAMILIA DE ARTISTAS

A mi paso por la capital de Cuba oí hablar mucho de una familia privilegiada por el talento y las facultades artísticas. El jefe de ella buscó trágica y voluntariamente, hace algunos años, el camino de la muerte. Fué un hombre sapiente y lleno de cultura, entre los mejores de su generación. El doctor Esteban Borrero y Echeverría—este era su nombre—encarnaba un espíritu de excepción, cuya curiosidad y anhelo asimiladores encontraron campo igual tanto en las ciencias como en las letras. Aunque él protestase siempre no ser lo que se llama un «hombre de letras», su erudición era copiosa y su estilo agradable. En el prefacio de un curioso trabajo sobre el *Quijote,* escribía: «Ha de hacer constar primero (el autor) que por las aplicaciones constantes y disciplinadas de su mente, lo ha sido todo, menos «un hombre de letras»; y quiere hacer entender después, que ha gustado a su manera, sin someterse para ello a reglas ni a influencias de escuela alguna, de la belleza artística, que ha tenido siempre por belleza natural, ni más ni menos que la belleza de uno de los aspectos de la vida cósmica. Es para él también la capacidad poética una forma, mero matiz de la sensibilidad, de que no todos somos por igual capaces,

pero que no es por eso menos constante en sus leyes; no es el arte un hecho fortuito, por anómala propensión normal *sui generis* determinado; sin raíz biológica ni social en la historia del hombre, sino un fenómeno constante aunque de índole peculiar que sigue y acompaña en sus varias manifestaciones a las sociedades humanas, evolucionando con ellas. Sucede, sí, que del mismo modo que todos los cuerpos no son el ámbar amarillo ni pueden electrizarse, no toda organización humana es apta para percibir y sentir esto, ni para dejarse impresionar por la belleza artística; mas no niega este hecho, harto real, la generalidad de la ley establecida. Tanto valdría negar la existencia de la astronomía y de las matemáticas todas, porque la inmensa mayoría de las gentes no entiendan cómo puede calcularse el paralaje de una estrella, o predecirse el eclipse de los astros. El daltonismo existe para ciertos ojos mal conformados anatómicamente, y no por ello falta quien facultativamente lo diagnostique; ni dejan de existir por ese accidente patológico la dióptrica y la calóptrica en física. Mas, en el hombre de ciencia que era el doctor Borrero, soñaba el artista, el poeta. Julián del Casal nos lo demuestra en un bello artículo que le consagrara y que está contenido en el libro *Bustos y rimas*.

El trabajo a que me he referido sobre el *Quijote*, consta de un estudio crítico y de una fantasía, imitación del mismo *Quijote*. En el primero se revela el estudioso de buen gusto, con mucha eru-

dición y amor por la obra gloriosa. Da su juicio sobre Cervantes, hombre y artista, sobre el libro y su esencia poética, a propósito de lo cual expresa muy discretas opiniones sobre el teatro español. Luego estudia las influencias sociales del *Quijote*, y no deja este apasionado cervantófilo de ser justamente severo con los innumerables cervantistas que infestaron un tiempo las letras de la Península, aquellos que escribían pesadas monografías sobre Cervantes, médico; Cervantes, abogado; Cervantes, lo que gustéis. En toda su labor el autor aparece bien documentado, y es uno de sus guías preferidos don Marcelino Menéndez y Pelayo.

El otro trabajo es lo que él llama «narración cervantesca», «Don Quijote, Poeta», que pudiera llevar el agregado que el ecuatoriano Montalvo puso a un «pastiche» por el estilo: «ensayo de imitación de un libro inimitable». El estilo de Cervantes está bien imitado por ambos escritores, aunque en el genial Montalvo haya mayor nerviosidad que en el cubano. Por otra parte, después del *Quijote* de Avellaneda y del *Buscapié,* muchos han sido los que han calcado la manera cervantina, esa hebra, de que habla un gran argentino, llena a veces de fatigantes enredos y de nudos.

Por lo demás, véanse desde el comienzo algunas muestras:

Si te metes en dibu-
dentro de la gran nove-

sé discreto y pon los de-
a compás de la letu-
No armarás poco baru-
retocando a don Quijo-,
que duerme quieto en su fo-
Más ya que le resuci-,
lava con agua bendi-
esas manos pecado.-

O entrando en la prosa, en lo que él llama «Capítulo XLI (bis)—Que sigue, inocentemente apócrifo, al capítulo XLI, y que declara lo que en él se verá; y que es cosa que con un tantico de buena voluntad, puede leerse por encima de las tapas del libro.»

Cuenta (donde no se dice) el escrupuloso y puntualísimo traductor del original de Cide Hamete, que halló en dicho original un capítulo, tan por fuera del molde de toda la historia vaciado, que se resistió a creerlo; ni más ni menos que el mismo Cide Hamete hizo con aquel en que se cuenta la aventura de la Cueva de Montesinos, y así, lo dejó de lado; y sin atreverse a hacer tampoco en la traducción mención alguna dél, lo escondió y sepultó entre sus borradores más inútiles.

«Pero que, andando el tiempo, y acosado de las importunidades de un su amigo, vecino suyo, y poeta por más señas, a quien en un momento de indiscreción lo había comunicado, y que le instaba con toda la fuerza de su gran sandez para que sin más escrupulosa tardanza lo tradujese y le diese la luz de la publicidad, vino al cabo de puro abu-

rrido, en ello; y así salieron entonces a la calle, algo retrasadas, esas noticias...» Después entra en la invención. «En la noche de aquel día, en la tarde del cual había de salir de casa de los Duques, camino de la Barataria, Sancho, sorprendióle a deshora Don Quijote, obligándole a dejar el sueño y la cama; y por muy misteriosa manera lo sacó de la casa al jardín y lo llevó de la mano al sitio dél en donde, patas arribas, yacían los tres cuartos delanteros del ligero Clavileño, y allí, sin que el amodorrado escudero bosticase: «Ven y toca esta maravilla Sancho, le dijo, y oye, porque te asombres más que ayer, lo que me ha pasado esta noche con esta encantada máquina que no agotó en aquel viaje, ni agotará en cien viajes más que al cielo haga, su virtud.» ¡Tanta fué la que pusieron en sus entrañas los Magos que se las adelliñaron así! «Ves aquí, Sancho, hijo, si es no es malincónico, con el triste pensamiento de nuestra separación y de tu ausencia, pues ya sabes que te he cobrado apego, y que en el fondo siento por ti cariño como de padre a hijo; desvelado digo, por lo que fuera, vine y me senté, atraído de secreta querencia sobre esta pieza, y me quedé sobre ella al cabo de rato, embelesado; sin que pueda decir, por eso, que durmiese. Y estando así entre dos aguas, la clara de la vigilia y la turbia del sueño, me sentí dulcemente arrebatado por el caballo, al cual le habían salido unas grandísimas y luminosas alas, con las cuales volaba muy serenamente por el espacio, describiendo círculos y círculos, y as-

cendiendo siempre por la región del cielo.» Tal es el comienzo.

Don Quijote, caballero en Clavileño convertido en Pegaso, pasa por la región del granizo; el caballo misterioso le lleva a su capricho, pues el hidalgo ha perdido la clavija directora. Llegan a una grandísima claridad. «Confuso estaba con ello, cuando sentí que dábamos Clavileño y yo, pie, en el piélago del aire, y oí resonar con eso el piso, que toqué al apearme; y era sólido como la superficie del planeta». Se encontraba en un lugar de beatitud y de inimaginables delicias, «como si el ambiente que me rodease estuviese vivo». Y se sintió «en aquella bienaventuranza santa, caballero andante y poeta». Cayó de rodillas y cuando salió de un singular deliquio, vió ante él una lanza de ébano, hincada a pocos pasos, en el suelo. «Y pendiente de la lanza con dos gruesos cordones de suavísima seda verde, una lira como la de los bardos, cuajada toda ella de deslumbrante pedrería y que sonaba sola, dulce y melíflua, etc.». Don Quijote, poeta, dice nobles y lindas cosas sobre la poesía, entre las cuales hay fragmentos que no desdecirían intercalados en la obra monumental del Manco ilustre. Las visiones se suceden, y en esta especie de viaje al Parnaso, el Caballero ve y encuentra a más de un antiguo poeta famoso.

A las tiradas líricas de su amo, el escudero, como es su hábito conocido, responde con su pensado sentido común. Hermosa es la narración de la acogida que las sombras gloriosas hacen a

don Miguel de Cervantes y la partida de éste. «Parecía, a lo que vi, tener gran prisa de volverse a su tierra y nación el Caballero; y aunque todos le instaban para que se detuviese, montó y se partió por los aires en el mesmo caballo y en la mesma grandiosa nube en quienes había venido montado y envuelto.—Bien está, dijo Sancho. ¿Pero dónde estoy ahí yo, ni qué pito he tocado en esas cien orquestas?...—Estabas, Sancho, y verás cómo; y fué que siguiendo a aquel hombre con la vista cuando se disparaba, al irse por los cielos, me pareció verte, y creo que te vi realmente tras él, montado en tu asno, envuelto en la nube misma, y en la claridad que como una atmósfera lo envolvía.—¿Y qué, le habían salido alas al rucio, señor?—¡Quién sabe, Sancho!... En la angustia yo de buscar a *Rocinante,* para irme tras él, vuelvo, desconsolado de no hallarle, la vista al espacio, y ¡oh colmo de prodigio! me alcanzo a ver en mí mismo entre la nube, cubierta la cabeza con el yelmo de Mambrino, que relucía como un sol, embrazada la rodela, y en la diestra la lanza, sueltas las riendas de *Rocinante,* en el cual me veía montado, y que iba tras el Caballero, caracoleando orgulloso, hecho una ascua de oro, y haciendo corbetas como no lo he visto nunca, yo que le vi nacer, y le conocí, y crié desde potro, en mi dehesa.» Con esta apoteosis concluye el simulado capítulo del doctor Borrero.

Yo conozco dos ediciones de este trabajo, una incluída en *Alrededor del Quijote* y otra aparte,

con muy curiosas ilustraciones de una hija del autor, Dulce María Borrero, cuyo brillante talento se demuestra en la interpretación de la fantasía de su padre. Después de ver estas litografías, una desearía que la señora Borrero se hubiese aplicado a la obra de Cervantes. Hay en ella tal comprensión, tal penetración de lo poético, de lo simbólico, de lo genial trascendente, que no se pueden olvidar sus láminas. No se parece a ninguno de los conocidos ilustradores del Quijote; hay en ella algo de primitivo, y me ha hecho pensar en las ilustraciones de Boticelli para *La Divina Comedia*.

Otra hija del doctor Borrero, Juana, fué una poetisa que dejó poca obra, pero casi toda exquisitamente femenina; fué novia de otro poeta, uno de los hermanos Urbach, Carlos Pío, que murió en la guerra de la Independencia. Juana Borrero le siguió pronto a la tumba.

He conocido a otra hermana aún, con talento para la pintura. En el dramático hogar del doctor Borrero, brotaron flores de arte.

GRAÇA ARANHA

Graça Aranha es un eminente escritor brasileño, cuyo nombre es conocido en la República Argentina, sobre todo desde la bella traducción de su novela *Canaán*, hecha por nuestro Roberto Payró. Esta obra, llena de muchas bellezas, se publicó hace algunos meses en francés, y mereció juicios benévolos de los críticos de oficio, entre ellos M. Gastón Deschamps, el magister de *Le Temps*. Estos juicios, como es de uso entre franceses, estaban matizados de molestas benevolencias. Había una vaga extrañeza de que en un país lejano y tropical alguien pudiese tener talento y supiese escribir. Sabido es que esto es propiedad exclusiva del parisiense.

Luego, Graça Aranha, por iniciativa de la Duse, escribió una obra dramática con asunto brasileño. Esta obra la acogió el amable y admirable Lugné-Poe, en su teatro de L'Oeuvre, y fué estrenada hace algunas noches, siendo protagonista la gentil Greta Prozor, hija del conde Prozor, el famoso traductor de Ibsen y diplomático muy estimado y relacionado, tanto en Río de Janeiro como en Buenos Aires. Yo estuve en la «répetition générale». Debo decir francamente que la obra no fué comprendida, y que, a estas horas, el público de este delicioso París, está resuelto a no pensar. Y

la cosmópolis flotante se resiente del mismo mal. Las meninges tienen lo suficiente con los circuitos de aviación y otras hazañas sportivas. Y Graça Aranha presentó un poema en diálogos llenos de trascendencia y de verdad filosófica, creó personajes simbólicos, escribió largas y armoniosas tiradas, hizo, en fin, una obra quizá poco teatral, pero llena de belleza. Y aquí todo eso, Ibsen comprendido, está ya fuera de moda. Y en París todo lo decreta y lo domina la moda. ¡Qué le vamos a hacer!

Malazarte, el personaje principal—que interpretó excelentemente De Max—es la voz de la vida contra las apariencias de la fatalidad. Es el Pan brasileño. Él y Dionisia encarnan el amor en la Naturaleza, la fuerza solar. Ambos son apolonidas y dionisiacos. Y en el curso del argumento, son los predicadores líricos de la libertad Pasional y de la voluntad creadora.

«Malazarte» no tuvo muy buena Prensa. Repito que no hubo deseo de comprender nada.

SEMBLANZAS EXTRANJERAS

R I C H E P I N

Richepin es el poeta más vigoroso que hoy tiene Francia. El «Parnaso», no pudo contarle entre los suyos; los neuróticos, menos, porque ese toro no padece anemia ni debilidad; los «impasibles», tampoco pueden contarle como suyo. Él es la fuerza; es el poeta del pueblo; es el poeta áspero de los de abajo; aunque también tiene todas las exquisitas delicadezas de la aristocracia. *Chansons de Gueux* es la música divina y terrible de la miseria; *Lamer* es el son oceánico de una lira rara y potente; *Les caresses* tienen carne y sangre, como si cada estrofa viviese y palpitase como una mujer; en fin, al leer los versos de este maravilloso titán, resplandece la luz de Apolo y se ve la huella del paso de Hércules. Para conocerle es preciso comprender el alma de las multitudes; ese descendiente de un rey bohemio es griego por el amor a la belleza; galo, por la audacia triunfante; latino, por la armonía; cosmopolita, por el vuelo universal de su genio, que se cierne sobre países, épocas históricas y medios sociales, como si alas soberanamente poderosas le llevaran de triunfo en triunfo. No pertenece a escuela determinada, sino que adora el arte como un sacerdote a su Dios; no sigue a éste o aquel maestro, porque él saluda respetuoso y admirado a los brillantes creadores

de todos los tiempos y no reconoce sino la única jerarquía que puede reconocerse: la jerarquía del talento. Así, al que labra sus versos en mármol o en granito, como Leconte de l'Isle; al que perfuma sus cuentos y sus rondeles y sonetos, como Catulle Mendes; al que ambariza y dora sus hemistiquios, como Armand Silvestre; al que pinta y anima, como Mauricio Bouchor; al decadente, al parnasiano; al neoclásico, al revolucionario, como tenga el sagrado fuego, el aliento admirable, Richepin le coloca en el lado derecho de su olímpico juicio, porque si hay algún formidable enemigo de los tontos, es este pletórico púgil del arte.

Cuando quiere ser ligero y blandilocuo escribe sus cancioncillas o sus prosas ricas de *le Pavé;* cuando quiere conmover e impresionar al público del gran París, hace un drama, *Nana Sahib,* por ejemplo; y va él mismo a las tablas y representa co Sara Bernardt. Le critican porque tiene afán de hacerlo todo grande. ¿Querrían que se convirtiese Sansón en miniaturista? ¿Es culpa ser uno Miguel Ángel? El que es Benvenuto, que haga un poema de grandeza en un botón de chapa; pero al que toma una montaña por bloque para su estatua, no se le culpe, si su fortaleza le lleva a acometer las empresas enormes. El último drama suyo, que acaba de conmover a París, es una nueva demostración de la gigantesca imaginación y facultad artística del opulento poeta. Su verso, como el del padre Hugo, ha resonado vencedor y soberbio; y si hay una parte del público, resultado de la deca-

dencia literaria que apaga a la Francia contemporánea, que haya lanzado los dardos romos de una crítica calófoba sobre esa obra maestra, eso no indica sino que eternamente la torpeza humana tendrá prosélitos, propagadores y sacerdotes.

M A E T E R L I N K

«EL PÁJARO AZUL»

La obra de Maeterlink contiene tanta hermosura como bondad. Es una lección de esperanza. Ha sido también un consuelo para los que están esperando hace tiempo en el teatro francés, algo más que el eterno *flirt*, la eterna *petite-secousse* y el eterno adulterio. Así se explican los paradojales conceptos sobre Brieux, del famoso inglés Bernard Shaw. Pero en el gran belga es una voz genial la que habla; y los que afectan ver en él aquí a un extranjero, tienen mucha más razón de lo que piensan. Maeterlink no tiene nada que ver con este vivaz y vicioso animal cosmopolita que se llama hoy el «parisiense», que no es por cierto el parisiense de ayer, cuya desaparición lamenta en un reciente libro M. Arthur Meye.

El pájaro azul es sencillo y shakespeareano, junta al cuento de hadas la filosofía más honda y más dulce, y sus palabras pueden ser comprendidas por un niño como por un hombre de cien años, puesto que en él se expresan la inocencia y la experiencia. Su mismo simbolismo es transparente. Tyltyl y Mytyl son los dos pequeños «compadres» de esa «revue» de encanto y de consolador ensueño, los dos niños que se van en busca del ave milagrosa y bella, tal como el caballero que partió

para encontrar el agua de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta. Por virtud de maravilla los objetos se animan, como los elementos, y los animales tienen el don de la palabra. Los héroes diminutos recorrerán la floresta, el reino de las hadas, el país del recuerdo. E irán tras el pájaro y no lo hallarán cuando creen haberle aprisionado. Y tras mil afanes, sabrán que el pájaro azul de la felicidad estaba en la casa de donde pudieron no haber salido, en la morada del leñador, su padre.

En realidad no puede encontrarse nada tan consolador como este divino poema dialogado, y se explica que las almas meditativas del Norte, en Rusia y en Inglaterra, hayan acogido con tanto entusiasmo esta obra sana y bienhechora. En París, a pesar de la propaganda hecha por Réjane, en cuyo teatro se da la pieza, y de los juicios favorables de los intelectuales—con la consiguiente y natural manifestación mordiente de tal o cual hombre lívido u obtuso—ha habido gran concurrencia en las dos o tres primeras noches. Ya comienza el teatro a estar no lleno, y quizá, lamentablemente, no dure mucho tiempo en el cartel tan magnífica producción. ¡Qué queréis! Las gentes de M. Pataud, de la comedia socialista, de los *camelots du roi,* y las del cotillón perpetuo gustan más, por ejemplo, de la última pieza de M. Sacha Guitry. Y luego, ese atrasado de Maeterlink, ¿no llega hasta recomendar la plegaria? La plegaria por el Recuerdo.

W E L L S

Wells penetró en Francia, la gran propagadora, por la originalidad de su ingenio, la fuerza de su razonamiento y su frecuentemente hondo y amargo humor. No hay que discutir que para su obra hay antecedentes. *On est toujours le fils de que q' un.* Se ha citado, desde Swift hasta Julio Verne, todo, para mayor honra del autor de *La Isla del doctor Moreau* y de tanto trabajo, que desconcierta y asombra merced a la inventiva y a lo científico básico del procedimiento. Toda su obra ha sido traducida, desde el cuento *La Isla del Æpiornis,* que publicó *L'Temps* en 1897, hasta sus más recientes libros. Es al *Mercure de France* a quien se debe que el público francés tenga conocimiento de tanto volumen admirable.

Naturalmente, si han gustado sus fabulaciones extraordinarias a todo el mundo, han sido para un número de lectores más restringido, sus estudios y vaticinios sociológicos.

La novela que quizás menos ha complacido es *El amor y Mr. Lewissman;* porque el autor quiso abandonar su mina rica conocida y aventurarse en el filón de la novela de intriga y de vida burguesa inglesa.

Hoy ha publicado M. Achille Laurent una traducción de algunos ensayos. Todos, sin embargo,

tienen la marca inconfundible de su talento de excepción y de imaginación admirable.

La Isla del Æpiornis, que contiene un fondo simbólico acre, habría complacido a Swift. Este personaje, perseguido y martirizado por el gigantesco pájaro cuyo gigantesco huevo ha sido objeto de tantos cuidados y desvelos suyos, es de un cómico en verdad corrosivo.

Algo de Edgar Poe, del Edgar Poe que no tradujo Baudelaire, de un Edgar Poe que agregó lo grotesco a lo arabesco, es la *Triste historia de un crítico dramático*. Allí hay también de Mark Twain y de Alphonse Allais. Hay que ver cómo los autores que más nos hacen estremecer con lo trágico misterioso, gustan de ser de cuando en cuando «autores alegres». Sólo que su risa llega a ser molesta, y hasta fatigante y angustiosa, tal como se comprende en el arte extraño y casi macabro del clown.

Nada quita, insistiré siempre, a la personalidad, a la originalidad de Wells, el nombrar a su propósito a tal o cuál escritor pasado o contemporáneo. Las sugestiones, a veces, son inesperadas, las influencias involuntarias y el coincidir frecuentemente. En el cuento *The lord of a dynamos,* que el traductor francés formula *Deus exmachina,* se advierte el recuerdo de Rudyard Kipling. ¿Es porque el personaje principal es un asiático? ¿Por ciertas semejanzas de manera? No. Por la idea central, por lo terrible misterioso, en una labor llevada a cabo con una mecánica semejante.

La *Historia de Plauttner* hace una intromisión en un plano que podía, de seguro, dar gran parte de vuelo al singular talento del escritor británico. Me refiero al más allá, a la otra vida, a lo que queda del ser humano consciente después de la muerte. Yo estoy seguro que dentro de algunos años, dado el tesón de algunos sabios y lo conseguido hasta ahora en experiencias de esta especie, esto entrará a formar parte de lo común científico, de las tareas de laboratorio. Habrán desaparecido entonces a este respecto la ironía y la sonrisa escéptica. Y el *bureu Julia*, del incomparable y universal Mr. Stead, será tan usual y seguro, con los adelantos conseguidos, como una oficina de cable trasatlántico. La *Historia de Plauttner* no es sino una incursión en el mundo de lo desconocido, de lo cierto invisible, causada involuntariamente por medios físicos y químicos. Diríase que Wells ha sido un iniciado de señaladas cofradías, o gran investigador de ciencias ocultas. No sería nada extraño en el país de Annie Bessant, tan frecuentado por ocultistas y teósofos hindús. Y aunque Wells, con su cuento, no se haya propuesto más que divertir o interesar, es el caso que puede sugerir largas meditaciones. Ya se sabe que lo que forma la armazón total de sus narraciones es lo ignorado, lo probable y lo enigmático en la ciencia y en la naturaleza. Así, su invención se ejercita en el campo de la química, de la física, de la botánica, de la zoología, de la astronomía, de la biología, de la cirugía, todo bajo la vaga y trémula claridad de lo

posible. Su cuento es, en verdad, terrorífico y tiene por escenario el observatorio de Avu, en Borneo; se basa en la existencia probable de especies animales desconocidas, pero no por eso menos activas y vivientes. Y la lucha angustiadora del astrónomo con el nocturno y colosal avechucho, o vampiro monstruoso, es de lo más emocionante que puede darse.

La historia natural tiene aún mucho recodo incógnito. La intuición de los poetas llega siempre antes que los hallazgos de los exploradores. El pulpo de Hugo, que tanto dió que reír a los eternos ligeros, es tan real y tan conocido hoy como la más común alimaña de mar. El príncipe de Mónaco ha visto sobre la cubierta de su yate esos pulpos enormes. Wells iba en lo cierto cuando escribió un espeluznante cuento de pulpos, que por cierto no está en esta colección, y que debe haberle traído a la memoria la formidable lucha de Golliat.

Wells, afirmándose en el descubrimiento de ciertas plantas carnívoras que existen en remotos parajes, y de las cuales han hablado algunos viajeros, ha escrito la narración sobre *Una orquídea extraordinaria*. Diríase que hay algo de demoniaco en la semianimalidad de ese vegetal vampirizado, que tiene del pulpo y de la sanguijuela.

De nuevo se evoca el recuerdo de Kipling al leer *La cabeza del marido (Pollock and the Porrohman,* en el original), por el empleo de lo misterioso oriental en la vida de la colonia. Y es po-

deroso el influjo de la cosa exotérica. El lector tranquilo y meditativo reconoce que hay mucho hasta hoy incomprensible sobre la faz de la tierra.

La venganza por medios secretos y mágicos, es cosa muy usual en nuestro mundo de occidente, como lo sabe cualquiera que se haya dedicado a ciertos estudios.

Entre estudiantes constituye una larga *machine* de *humour* y enredo muy a la británica.

En *Una catástrofe,* también bastante del gusto inglés, se cuenta una historia tristemente humana, esto es, irónicamente verdadera, que muy bien pudiera llamarse, con el refrán castellano: «No hay mal que por bien no venga.» Tanto en este cuento como en el titulado *The purple pileus,* que bien pudiera tener un subtítulo español: «De cómo un marido infeliz se decide un día a ponerse bien los pantalones», una grata memoria nos lega. Y he aquí otro nombre más citado a propósito de Wells—con las reservas que he hecho repetidas veces—el nombre de Charles Dickens. *Un asunto de avestruces,* tal vez no sea muy gustado por las palabras latinas. *La Falena,* es un caso de obsesión, de idea fija muy bien estudiado, que aplaudirán los psiquiatras; así como *La locura del diamante.* En *The lost inheritance,* torna el amargo humor. Obran al descuido, la fatalidad y la mala suerte, lo que los franceses llaman *guigne. The stolen bacilus,* puede ser hasta peligroso si cae en manos de un loco maligno o de un anarquista poseído del demonio. Y *El tesoro del rajah,* es un

chiste pesado en que queda mal parada la sobriedad musulmana.

Los cuentos de Wells, son tan interesantes como sus novelas. Están construídos por el mismo procedimiento, de tal manera que las novelas son como cuentos largos que dilatan el interés sostenido por la intriga constante y lo imaginativo científico. El milagro de la ciencia se une al milagro religioso. La taumaturgia no es sino una alta, una suprema, una soberana ciencia experimental. Lo posible es ilimitado. Así se explican los paradojales versos del poeta mexicano:

> Dios sobre todo
> y, sobre todo lo demás, la Idea.

Wells confirma con la profecía; Wells, el genial, se junta en esto con el modesto Julio Verne. Cuando dentro de trescientos años los aeroplanos estén en los museos y la luz del mundo irradie en la América latina, desde el gran foco de Buenos Aires, el milagro será cotidiano y ya no se llamará milagroso. El porvenir está cuajado de divinas sorpresas, ante las cuales las previsiones de Bellamy, del mismo Wells y de tantos otros, simples fantasías literarias y sociológicas. No será la conquista de lo Absoluto, pero lo Absoluto se acercará tanto que se dejará divisar. Quizá venga a la humanidad el desarrollo completo de un nuevo sentido. Quizá, Dios, por fin, consienta en...

JOSÉ LEONARD

UN POLACO ILUSTRE EN CENTRO AMÉRICA

Cuando la última insurrección de Polonia, el general Kruck tenía entre sus ayudantes a un joven bizarro, de ojos azules y dulce rostro, y que era un alma noble y valiente. Llamábase José Leonard y Bertholet. Estos dos apellidos demuestran muy probablemente su origen francés; pero el joven polaco ardía en los fuegos de libertad patria, que por ese tiempo llamaban a ese punto de la tierra las simpatías del mundo. Leonard se portó como bueno y tuvo siempre el afecto y cariño de sus jefes. Los esfuerzos de los patriotas, tuvieron el triste resultado de la desmembración del suelo natal. El oso ruso, siguió tan tranquilo. Los luchadores tuvieron que dispersarse, o que sujetarse o ir a la prisión o a la muerte. Leonard pasó a Alemania y luego a Francia. Tiempo después, hele aquí, en esta Corte de España, bajo el reinado de Amadeo de Saboya, y nada menos que redactor de la *Gaceta*.

Bien sabida es la extremada facilidad de los eslavos para aprender a perfección las lenguas extranjeras. Leonard poseía ese don en grado sumo. Le eran familiares el ruso y el polaco, naturalmen-

te, el alemán, el inglés, el italiano y luego el español. Cuando surge en Madrid, le vemos ya en ese delicado puesto oficial, y al mismo tiempo, dando conferencias en la Institución Libre de Enseñanza, amigo de todos los intelectuales y políticos célebres de la época. Sus dos íntimos, y por quienes conservó siempre los mejores recuerdos, fueron don Nemesio Fernández Cuesta, famoso traductor, y un poeta si hoy poco recordado, entonces muy aplaudido y celebrado. Me refiero a don Ventura Ruiz Aguilera.

Leonard había traído a una hermana suya que se casó con un taquígrafo del Senado. Fuera de sus ocupaciones oficiales y de su vida social, él frecuentaba la gentil bohemia de antaño; Fernández y González, Pérez Escrich, Florencio Moreno Godino—*Floro-Moro-Godo*—y demás compañeros ingeniosos. Llegó a hablar el español con la más pura pronunciación madrileña, y a conocerlo fundamentalmente como conocía las otras lenguas europeas de su acervo filológico y políglota.

Creo que, para aumentar sus recursos pecuniarios, daba algunas lecciones en familias aristocráticas. Pocos profesores como él, para atraerse la simpatía y la estimación de todos por su «ángel» que diría un andaluz, por su verbo afable, su apuesto continente y su delicada distinción. Mezclado a la política del momento, fué entonces quizás cuando se inició en la hermandad masónica, aunque es de suponer que lo haya sido en su patria, en la lucha y conspiraciones contra el abso-

lutismo moscovita. Pero sus ideas liberales, que a la sazón aparecían como lo más adelantado y atrevido, fueron expuestas en escritos y conferencias, que hoy apenas podrían encontrarse en esos hipogeos que se llaman colecciones de periódicos.

Así pasó su existencia madrileña, con la sola interrupción, creo, de haber sido nombrado, en no recuerdo qué año, secretario del gobernador de Aragón.

Célibe voluntario y epicúreo por naturaleza, no quiso nunca formar un hogar. Célibe y epicúreo permaneció hasta sus últimos días, consolando sus soledades con el cultivo de las bellas letras y con la predicación de sus eternos anhelos de todas las libertades. Tomó participación aquí en el movimiento filosófico llamado Krausista, por el nombre de un filósofo alemán de muy poca autoridad y resonancia en su país de origen, pero que en España causó una verdadera revolución en las ideas. Más que Krausista, Leonard era un hegeliano, o mejor un platónico. Su libre pensamiento tenía esos visos. Creía en el progreso, en el inacabable perfeccionamiento humano. A todos sus discípulos les comunicaba su fe y su fuego.

***

Era yo muy joven cuando el Gobierno de la República de Nicaragua dispuso llevar profesores de mérito, extranjeros, para que dirigiesen la enseñanza en los dos Institutos principales del país; el

uno, en la ciudad de León, nombrado Instituto de Occidente, y el otro, en la ciudad de Granada, nombrado Instituto de Oriente. Era jefe del Estado, si mi memoria no me es infiel, don Pedro Joaquín Chamorro, uno de los prohombres del partido conservador. Hasta entonces, las ideas conservadoras eran las imperantes en todas las clases sociales, y así la Iglesia y el Estado miraban con los mismos anteojos.

Fueron contratados y llegaron a ocupar sus puestos a Nicaragua; para Granada, el padre Sáenz Llaria, y otros profesores distinguidos que no encontraron ningún obstáculo y que vivieron por largos años en la mejor armonía, con los ciudadanos cuyos espíritus eran concordes con los de ellos. Para León, estuvo arreglado el viaje de un hombre eminente, que había de prestar después grandes servicios científicos a su patria española: el montañés Augusto González de Linares, un verdadero sabio. Creo que en tal momento, y no sé si por asuntos políticos, residía en París. Su partida al país nicaragüense, no pudo realizarse por no sé qué inconvenientes de última hora. Fué en su lugar José Leonard, acompañado de un profesor de ciencias, Salvador Calderón y Arazanas, hombre de muchos conocimiemtos, hermano del famoso periodista Alfredo Calderón y actualmente catedrático de la Universidad matritense.

Ignoraban seguramente los que habían contratado a Leonard las ideas y la propaganda espiritual que habían sido el afán de toda su vida. Si las

hubiesen conocido, de cierto no le contratan.

La llegada del polaco y su compañero, causó entusiasmo en la juventud. Ya habían ido filtrándose en la nueva generación ideas de progreso, y un deseo de más osadas y flamantes especulaciones ardía en aquellos momentos en el alma de todos nosotros los estudiantes, muchos de los cuales habíamos recibido nuestra primera instrucción de los jesuitas.

Llegó el día de la inaguración del curso escolar. Había gran curiosidad y deseo por oír el discurso inaugural del nuevo director, del que traía las ideas flamantes del otro lado del mar. Aunque mis recuerdos están bastante claros, citaré a este respecto lo que dice elevada y líricamente en un reciente discurso uno de los nicaragüenses más eminentes en lo intelectual, y que es, además, uno de los oradores más verbosos y conquistadores que yo haya oído: el señor don Manuel Maldonado. Dice: «Bien lo recuerdo como si fuera hoy. Surgió de la tribuna aquella figura pequeña, pero noble y severa. Y comenzó a hablar... y a medida que hablaba, un gran rumor, como vuelos de águilas invisibles, un ruido como de tempestad que se aproxima, invadía el recinto que llenaba la ansiosa muchedumbre. En tanto, el soplo de aquel verbo tempestuoso materialmente sacudía los cuerpos y levantaba las almas del mismo modo que en el huracán agita los árboles de un bosque y encrespa las ondas del océano. En aquella hora transcendental, la cabeza del orador se había convertido

en un centro dinámico o, para ser más claro, una especie de motor eléctrico; y a tal punto es exacta la comparación, que el rostro se le veía envuelto en una extraña irradiación. Probablemente así era la luz que envolvía a las pitonisas de Delfos en el momento de decir sus oráculos. La exposición del programa, resultó franca, sincera y categórica; el discurso resultó magnífico; una pieza de bronce. Diríase, un clarín sonoro, tocando la primera diana de un jocundo amanecer. Por supuesto que hasta allí el maestro no sabía que aquel auditorio era una mezcla de hombres de buena fe, de estudiantes y de murciélagos, y que mientras los hombres de buena fe y la juventud loca de entusiasmo aplaudía al tribuno que dejaba entrever los albores de un nuevo día, los murciélagos, o mejor dicho la clerecía de entonces, ofuscada por aquella repentina claridad, inmediatamente se sublevó contra el precusor de la Reforma que en sólo las primeras palabras había descorrido el velo». Y luego: «Hombre lleno de fe, entusiasta y ardiente, sintiéndose con alientos de atleta, adonde quiera que iba lanzaba el reto para las gallardas luchas del pensamiento. Y eso hizo aquí, mas no contaba el paladín con los disparos salidos del matorral y los golpes dados por la espalda. En efecto: disparo salido del matorral, golpe dado por la espalda fué aquel tribunal *ad hoc,* tribunal torquemadesco que se organizó en secreto y siguiendo una tramitación sumarísima de aquellas de los tiempos inquisitoriales, falló declarando: «Que el

profesor importado era un elemento nocivo para la juventud, un demagogo peligroso para la santa Religión Católica, y, por lo tanto, impropio para quedar al frente de aquel plantel de enseñanza». El rebelde polaco que había preferido dejar la Patria para no sentir de cerca la tiranía de los zares, sin saberlo a qué horas, había caído en las garras de otra tiranía peor: la tiranía de la sombra. Entonces, el proscripto, viéndose acribillado por los venablos de la intriga frailesca, como las aves nómadas, levantó su vuelo en busca de otras latitudes menos lóbregas y de otros climas menos inclementes: si tornó a Nicaragua, fué cuando le dijeron que iba pasando ya la cruda estación del invierno. La palabra pomposa de Maldonado os hace ver claramente cuál fué la tormenta que fué el polaco a desencadenar en Nicaragua. Pero la simiente quedaba en la tierra. Los espíritus combativos siguieron el camino señalado. Algún tiempo después salían expulsados los miembros de la Compañía de Jesús.

* * *

Había sido en verdad un atrevimiento. Leonard conocía más o menos, por fidedignos amigos, el medio en que iba a actuar. Y sin embargo, en la exposición de su plan de enseñanza, delante de los severos licenciados, de los ceremoniosos y graves canónigos, de las honestas y religiosas damas que todavía se guardan de aroma colonial, es

osado hablar de Kant y de Hegel, de la filosofía positiva, de la escuela independiente de toda influencia eclesiástica, de enseñanza laica, de libertad de cultos, de matrimonio civil, de secularización de cementerios, de ruptura de concordato. Creyóse en sus pasadas bregas españolas. Se consideró románticamente apóstol. Por cierto, era apóstol. Pero claro que se le sintió el olor a azufre, y los inquisidores, en su derecho de defensa, al pronunciar su vaderetro, hicieron bien.

No cesó de predicar el santo hombre—pues era un santo laico—, no cesó de predicar por donde quiera que anduvo, en aquellas cinco Repúblicas centroamericanas. Y puede decirse que dos generaciones le fueron deudores de luces y conocimientos.

Las necesidades del medio, en tantos años que permaneció en la América Central, le obligaron a tomar parte en la política. Fué redactor de diarios, consejero de Gobiernos, y aun representante diplomático de una de las Repúblicas en México. Su principal actividad la consagró a la fracmasonería. «Mordiendo en silencio el amargo laurel, dice Maldonado, aspirando quizá el aroma triste y lejano de los recuerdos natales, y en medio de la discreta compañía de sus libros—los únicos amigos que jamás son pérfidos—, el viejo patriarca ha vivido sus últimos días en el seno de nuestra sociedad, no visto como antes, es decir, como *hereje pestilente y demagogo pernicioso,* sino querido y respetado por los hombres de corazón y de talento,

declarado por nuestro Gobierno: Huésped Honorable del Estado; y hoy que ha caído en la tumba, lejos de los suyos y de su amada Polonia, le cubren las guirnaldas de la consideración oficial y lo reciben los regazos de la fraternidad masónica, mientras él se lleva a la eternidad, como un trofeo, después de la lucha tremenda de la vida, un *título* insospechable de hombre de bien—un Regio Collar de Soberano Gran Inspector del Supremo Centroamericano—, un cerebro brillante y un alma doliente y sufrida, envuelta en pálidos nimbos, formados por todas sus nostálgicas tristezas y por todos sus apostólicos martirios». El Presidente de Nicaragua, general Zelaya, «en atención a los positivos méritos del ilustre cosmopolita», le concedió una considerable pensión, en sus últimos años. Su muerte fué casi tenida como pérdida nacional. El entierro fué una manifestación general de simpatía y duelo.

¿Y el hombre? El hombre era encantador, bueno, amable, afable, gentil. Excelente *gourmet,* era una delicia acompañarle a la mesa. Conversador y narrador de primera fuerza, los rusos o polacos, o alemanes, o ingleses, o italianos, o españoles, se complacían en oírle contar cuentos o decir versos en sus idiomas respectivos, pues se diría que era de todos los países.

¡Pobre maestro Leonard! Incapaz de daño, alma de perla, corazón de excepción, flor humana.

L E Ó N B L O Y

«EL VIEJO DE LA MONTAÑA»

El *Viejo de la Montaña.* Tal es el título de un nuevo libro de M. León Bloy. Es un «diario» que forma continuación al *Mendigo ingrato*, a *Mi diario*, a *Cuatro años de cautiverio en Cochonssur-Marne* y a *El invendible.*

Hace ya largos años di a conocer a los lectores de *La Nación* al terrible «empresario de demoliciones». Mi entusiasmo era vivo por ese «raro» que renovaba en pleno París a los furiosos profetas de los antaños bíblicos. Así le dediqué mis prosas entusiásticas y mis loas sinceras.

El gran vociferador se ha quejado y se queja del silencio que se ha hecho alrededor de sus veintitantos volúmenes. El hecho es que, no habiendo dejado casi a nadie sin insultos, lo más natural es que ninguno de los ofendidos, que son todos los que aquí manejan la Prensa, han querido que apareciese en las hojas de publicidad el nombre de quien se llamara a sí mismo «El mendigo ingrato».

Éste no ha variado en nada con el tiempo. Sigue tal como os lo presentara en *Los raros:* Creyente, fanático de Cristo y de la Virgen, confiando en su predestinación y padeciendo su pobreza entre relámpagos y truenos verbales. Su nuevo libro está dedicado a un amigo nuevo, M. Henri Barbot. «Yo

os ofrezco esta quinta rueda de la carroza de mis lamentables memorias. Si estuviese en mi poder el haceros un regalo tres mil veces más precioso, lo estimaría aún indigno de vos, y he aquí por qué: Vos habéis sido, por la misteriosa predestinación, el instrumento de María Dolorosa, el útil escogido y preciso, el más obediente y el más humilde que haya visto nunca; habiendo realizado por Ella, con simplicidad, cosas verdaderamente imposibles que ningún otro hombre hubiera sido suficientemente loco para emprender. Yo veo vuestro corazón en Su mano toda llena de las Espinas arrancadas a la Frente de Su Hijo, y os suplico llorando, como hacen los viejos pobres, ser mi intercesor cerca de ella».

Los que conocen a M. Bloy afirman que esa manera de expresarse, incambiable desde sus primeros libros, es natural en él, justa y sincera. No es posible «cabotinismo» alguno cuando se trata de un creyente probado y de hondos asuntos de conciencia y de alma.

* * *

Este nuevo libro viene precedido de una introducción sobre «León Bloy y el dinero», que es una bella página. El el título se ve la influencia del gran panfletista. Firma M. André Dupont: «Se debería, después de tantas y tan altas obras, no tener más necesidad de desenvainar espada cuando se habla de León Bloy. Hay que hacerlo; los

perros gritan siempre y los temblorosos admiradores temen lanzar un grito de aliento, así fuese como una limosna. Después de treinta años de miseria y de falta de éxito, se ha conservado, sin embargo, todo puro y vibrante, el gran Pobre. Aislado entre los escritores de este tiempo, yergue una alta figura de monje guerrero. De los grandes y nobles seres que ha conocido y que hubiesen podido socorrerle, los unos, han cerrado sus labios y cegado su conciencia; los otros, han lanzado un grito de admiración, uno solo, y se han alejado abandonando para siempre al gladiador desgarrado. Él camina «delante de sus pensamientos en destierro en una gran columna de silencio».

De tiempo en tiempo, a la aparición de un libro de Bloy, un jornalero de pluma sucia, deseoso de aerear su estupidez, se sienta en su papel, desempolva la figura de Benoit Labre para hacer ver hasta qué punto se parece a León Bloy, y trae, en un período buscadamente cruel, el recuerdo de Ezequiel, que comía porquerías.

Esos dos clisés, un poco deformados y ensuciados, por haber circulado en tantas manos de periodistas, continúa sirviendo.»

No hay duda que la personalidad de Bloy es excepcional, sobre todo en Francia y en nuestro tiempo. Se ha formado a su derredor una leyenda, o, mejor dicho, varias leyendas. Esto, entre los hombres de letras que le conocen, pues el gran público le ignora completamente. Para unos, según las palabras del mismo M. Dupont, «es un alma

baja, un cerebro estéril, un mendigo que para arrancar algunos centavos hace, a los papanatas, visitar su alma, dolorosa, como un museo. Es incapaz de todo, salvo de eyacular injurias. Sólo le sigue el grupo de las almas fuertes que la vida ha herido, que «aman la Belleza y la Justicia hasta morir», y, levantados a su palabra, marchan más intrépidos y más ardientes a través de senderos llenos de espinas horribles». Lo cierto es que M. Bloy ha exhibido él mismo sus intimidades y sus miserias, juzgándolas de gran importancia para el mundo, puesto que se cree en comunicación con lo divino, y venido a la tierra con una providencial misión. Después de todo, ¿por qué no?

Su elemento es lo Absoluto. Elemento poco simpático para las gentes contemporáneas. Un hombre inactual, un varón de infinito, mal puede comprender las políticas al uso y las lileraturas de negocio.

«Cuando a sesenta años, un escritor no ha agarrado todavía un millón, y su pecho no se esponja bajo una pasamanería multicolor, y no ha conquistado, no importa a qué precio, el inmortal honor de colaborar en un sillón, en el diccionario, «il décourage les meilleures volontés». Hay quienes le tienen seguramente por un fracasado, por un «raté». Sin embargo, su *Revelador del Globo* es un admirable libro, de lo mejor que se haya escrito sobre Colón. *Le Pal* y los *Propos d'un Entrepreneur de Démolitions,* son temibles y relampagueantes cosas que habrían encantado a Juvenal;

Le Desesperé es una novela que encierra capítulos extraordinarios, y de la que Huysmans mismo y algunos otros, no pequeños, han aprovechado. *Un brelan d'Excommuniés* son tres prodigiosos retratos de Barbey, Hello y Verlaine. *Christophe Colomb devant les taureaux* reanuda la campaña por la glorificación y beatificación del gran descubridor. *La Chevalière de la Mort* presenta a María Antonieta en la fatalidad de su vida y el misterio de su martirio. *Le Salud par les Juifs*, interpreta, más allá de la teología, el destino de la raza del Cristo. En *Sueur de Sang*, cuenta en cuentos crispadores y macabros sus impresiones de soldado en la guerra francoprusiana. En *Leon Bloy devant les cochons*, afianza su poder de maestro de injurias. En *Histoires désobligeantes*, hiere en narraciones la vida burguesa. En *Ici on assasine les grands Hommes,* trata del desventurado Ernest Hello, mártir de su época y hasta de su virago de mujer. En *La femme pauvre,* cuenta una amarga y verídica historia. En *Le Mendiant ingrat,* comienza su diario, un diario en que, con sus nombres y apellidos aparecen denotados célebres personajes, y aun mediocres y desconocidos. En *Le fils de Louis XVI,* se ocupa de la cuestión de la supervivencia del Delfín. En *Je m'acusse...*, llueve fuego y algo peor, sobre Zola. *L'Exegese de Lieux Communs,* dice M. Dupont, «uno de sus libros menos conocidos, y ciertamente uno de los más originales, nos lo muestra bajo sus tres aspectos de místico, de lírico y de libelista». En *Las Dernières*

colonnes de l'Eglise, hace una limpieza furiosa, a imitación de su Divino Maestro. *Mon Journal* continúa el diario del *Mendiat ingrat,* como *Quatre ans de captivité á Cochons-sur Marne,* continúa *Mon Journal. Belluaires et Porchers* es también obra de demolición. *L'Epopée bizantine et Gustave Schlumberg,* revela al erudito y siempre al dueño del verbo. *La resurrección de Villiers de l'Isle Adam,* celebra a aquel hombre genial y a su estatuario. *Celle qui pleure,* trata del misterio de N. S. de la Salette. *L'Invendable,* continúa al *Mendiant ingrat,* y a los otros «diarios» de que ya he hablado. «*Le sang du Pauvre,* manifiesta, como él lo dice claramente, una voluntad absoluta de odio y de execración por los ricos...» «Todo hombre que se enriquece vende al Cristo. No se puede ser rico sino vendiendo el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y por eso es, que Jesucristo ha pronunciado esta palabra terrible: «¡Vœ divitibus!». Sin embargo, él se explica. «Jesús no quiere hablar aquí sino de los malos ricos. Los buenos ricos, al contrario, le son agradables. Ved las riquezas con que colmó a Salomón». De todas estas reflexiones, de toda esa comprensión profética, y de la amargura de su vida de penas y de labor ímproba, viene lo que él llama la ingratitud de su mendicidad.

Por los «diarios» de M. Bloy sabemos sus intimidades de familia. Su esposa es hija de un famoso poeta danés. Según tengo entendido, él la convirtió al catolicismo. El pintor Henry de Groux y

un músico y oculista antillano, Gonzalo Núñez, me han referido episodios curiosos e interesantes de la vida del extraño escritor que vive fuera de su siglo, anacrónicamente. Se sabe también que tiene dos hijas, una de ellas llamada Verónica, dotadas de un gran talento para la música, y que estudian en la Schola Cantorum. Tanto M. Claude Debussy como M. Ricardo Viñes, les han predicho y anunciado un porvenir muy brillante en el arte a que se han dedicado. Puedan ellas ser el consuelo del anciano terrible, en sus últimos años.

Y he allí un caso único. Un escritor, quizá el mejor dotado de su generación, que ha tenido la amistad y la admiración de hombres como Barbey d'Aurevilly, Villiers de l'Isle Adam y otros; a quien críticos como Rachild y otros ponen sobre su cabeza, que ha sido algunas veces calificado como el mejor prosista de Francia. Un carácter, porque, a pesar de todo, es un carácter. Y, sin embargo, por inadaptado, por singular, se ve rechazado por los católicos, a cuya religión pertenece, por los israelitas, a quienes ha defendido, por todo el mundo. Y es una prueba más demostrativa de la inutilidad de la violencia.

FIN

INDICE

Págs.

Prólogo, por Alberto Ghiraldo 9

SEMBLAZAS ESPAÑOLAS:

Miguel de Unamuno 26
Jacinto Benavente 35
Ramón Pérez de Ayala 39
Eduardo Marquina 43
Salvador Rueda 53
Ignacio Iglesias 57
Agustín Querol 65
Antonio de Zayas 69
Mariano Miguel de Val 75
Los hermanos Álvarez Quintero 81
G. Martínez Sierra 85
José Nogales 89

SEMBLANZAS AMERICANAS:

Roberto J. Payró 95
Amado Nervo 103
Balbino Dávalos 113
Fontaura Xavier 125
Santiago Argüello 135
Fabio Fiallo 139
Luis Bonafoux 147
Dulce María Borrero de Luján 149
Jorge Castro Fernández 153

Págs.

Carlos Reyles 157
José M. Vargas Vila 161
Los Borrero 167
Graça Aranha 175

SEMBLANZAS EXTRANJERAS:

Richepin 179
Maeterlink 183
Wells 185
José Leonard 191
León Bloy 201

ACABÓSE
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
19 DE NOVIEMBRE DE 1927
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
DE G. HERNÁNDEZ Y
GALO SÁEZ, MESÓN
DE PAÑOS, 8
MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

RUBÉN DARÍO

PUBLICADAS:

I.—POEMAS DE ADOLESCENCIA.
II.—POEMAS DE JUVENTUD.
III.—PRIMEROS CUENTOS.
IV.—PÁGINAS DE ARTE.
V.—EL SALMO DE LA PLUMA.
VI.—A. DE GILBERT.
VII.—EPÍSTOLAS Y POEMAS.
VIII.—POEMAS EN PROSA.
IX.—CRONICA LITERARIA.
X.—RIMAS Y ABROJOS.
XI.—CRÓNICA POLÍTICA.
XII.—IMPRESIONES Y SENSACIONES.
XIII.—EPISTOLARIO (Tomo I).
XIV.—CANTO ÉPICO A LAS GLORIAS DE CHILE Y OTROS CANTOS.
XV.—SEMBLANZAS.

EN PRENSA:

XVI.—EL CASTELLANO DE VÍCTOR HUGO Y OTRAS PÁGINAS.

XVII.—EN LA ISLA DE ORO.

XVIII.—EL ORO DE MALLORCA.

XIX.—EL HOMBRE DE ORO.

XX.—SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA, Y OTROS QUE SE ANUNCIARÁN OPORTUNAMENTE.

OTRAS PUBLICADAS

La caravana pasa.
Prosas profanas.
Tierras solares.
Azul...
Parisiana.
Los raros.
Cantos de vida y esperanza.
Letras.
Canto a la Argentina.
Opiniones.
Poemas de otoño y otros poemas.
Peregrinaciones.
Prosas políticas.
Cuentos y crónicas.
Autobiografía.
El canto errante.
Viaje a Nicaragua e historia de mis libros.
Todo al vuelo.
España contemporánea.
Prosas dispersas.
Lira póstuma.
Cabezas.
Alfonso XIII.
El mundo de los sueños.
Baladas y canciones.

De venta en todas las buenas librerías de América y España.

RUBEN DARIO

Suscripción a sus OBRAS COMPLETAS

La BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO pone en venta colecciones completas de las obras del gran lírico, cuidadosamente encuadernadas en pergamino y en piel valenciana e impresas en tipos seleccionados.

Se atienden, desde ahora, pedidos de suscripción. Dirigirse a la *BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO, Villarejo del Valle (Avila), España.*

CONDICIONES

Los suscriptores, tanto de España como de América, recibirán los libros libres de todo gasto.

Precio por volumen: Encuadernación en pergamino o piel valenciana, papel de hilo: España, DIEZ pesetas; América, DOS pesos oro.

Encuadernación en tela, papel de hilo: España, SEIS pesetas; América, UN peso oro.

Pago adelantado, en giros bancarios o de Correos, a nombre de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO.

Los suscriptores a estas Obras Completas podrán adquirir, por mediación de la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO, otra clase de libros, que se anunciarán oportunamente, tanto literarios como científicos, sin recargo ninguno, siendo por nuestra cuenta los gastos de embalaje y remisión.

Al terminar la publicación de estas Obras Completas, la BIBLIOTECA RUBÉN DARÍO obsequiará a sus suscriptores con un *Album* que contendrá sus nombres, así como preciosos autógrafos y fotografías del gran escritor que es gloria de América y España.

Abdista pregunta

BIBLIOTECA RUBEN DARIO
VILLAREJO DEL VALLE (ÁVILA)

ESPASA-CALPE, S. A.
Pesetas